

Trabajo, y sindicatos migraciones

en el marco de la globalización neoliberal



Ronaldo Munck

COLECCIÓN



SINDICALISMO DEL SIGLO XXI

Traducción: *Lucía Nosti Sierra*

Ilustraciones (interior y portada): *Javi Guerrero*

Diseño y Maquetación: *José Ramón Fuentes*

Índice

1. Globalización, crisis y transformación social: Una mirada desde el Sur	9
2. Sindicatos, globalización e internacionalismo: resultados y perspectivas.....	39
3. Globalización y el movimiento obrero: desafíos y respuestas.....	79
4. Globalización, migración y trabajo: cuestiones y perspectivas	113
5. ¿Más allá del Norte y el Sur? Migración, informalización y revitalización de los sindicatos	147



La crisis consiste en
que muere lo viejo y no
puede nacer lo nuevo

El mercado es un buen
siervo, pero un mal amo



Gramsci y Polanyi

1. GLOBALIZACIÓN, CRISIS Y TRANSFORMACIÓN SOCIAL: UNA MIRADA DESDE EL SUR

RESUMEN.

El discurso predominante sobre la extendida crisis capitalista está claramente centrado en las economías dominantes, y en particular en la de EEUU. Esto es comprensible en vista de que las causas de la crisis radican en el centro del imperio y las medidas tomadas para solucionar la crisis tendrán un impacto global. Pero es necesaria una “mirada desde el Sur” para restaurar el equilibrio y prevenir la posibilidad de que sea aniquilada la mayoría global, presentada como un mero daño colateral.

La primera parte de este capítulo aborda la crisis desde una perspectiva global (globalización), enfatizando su impacto en el Sur y qué podría significar en términos de perspectivas políticas. Después desarrollaré una teoría híbrida combinando elementos de Karl Polanyi y de Antonio Gramsci sobre movimientos de oposición basados en sus escritos relativos a la última crisis sistémica del capitalismo en la década de los treinta. Finalmente, vuelvo a la forma en que el movimiento obrero internacional y el mundo sometido y post-colonial están luchando por los espacios abandonados por el mercado capitalista no regulado. Como Gramsci dijo, “lo viejo se está muriendo, pero lo nuevo está aún por nacer”.

GLOBALIZACIÓN

El 11 de septiembre de 2001, el atentado de un pequeño grupo islamista de acción directa destruyó los símbolos de la dominación económica y militar de EEUU, dando lugar al desarrollo de una serie de complejos acontecimientos relacionados entre sí. La ‘guerra del terror’ dio comienzo pero entonces tuvo su final en Irak, y pronto sucederá lo mismo en Afganistán. Pero, con una mirada desde el Sur, lo que ocurrió sencillamente fue el final de la hegemonía ideológica norteamericana, similar a la pérdida de hegemonía del Imperio Británico.

Apenas seis años más tarde, otra crisis de hegemonía tiene lugar en EEUU, esta vez detonada por otro simple mecanismo, esto es, la incapacidad de las familias más pobres de hacer frente al pago de las hipotecas de las viviendas que les habían endilgado los especuladores financieros (ver Sassen, 2010). Con la crisis de las hipotecas “subprime” en 2007, el fracaso de las principales instituciones bancarias como Lehman Brothers, el colapso del mercado en 2008 y la recesión global de 2009 otro monolito capitalista ha sido derribado y su hegemonía (aunque no necesariamente su dominio), prácticamente se ha desmoronado. Mientras la situación económica global se mantiene en permanente cambio y las consecuencias de la crisis son claramente inciertas, existe un consenso general de que el modelo económico predominante e indiscutible a lo largo de las décadas de los ochenta y de los noventa ha llegado a su fin. Robert Wade (2008) ha denominado a este período de transición “cambio del régimen financiero”.

Desde la crisis de los años treinta se puede decir que el capitalismo se ha embarcado en dos grandes regíme-



nes políticos. El primero era el Keynesianismo que condujo a la creación del orden de Bretton Woods que duró aproximadamente hasta 1975. Su “liberalismo incrustado (*embedded*)” (Ruggie, 1984) tuvo en cuenta la asignación de recursos, pero obligado por el proceso político, hubo de considerar las necesidades sociales. Este modelo fue seguido por el modelo neoliberal en el que la “hipótesis del mercado eficiente” (Farmer & Lo, 1999) estaba considerada más allá de toda duda.

Este enfoque proporcionó el fundamento para la globalización y la extensión del nuevo orden económico mundial, facilitado en gran parte por el colapso repentino del orden alternativo comunista en la década de los noventa. Sin embargo desde septiembre de 2008, los hechos indican que este modelo está agotado y no puede proporcionar la base para una recuperación sostenible de la crisis ni los cimientos para una nueva fase de acumulación de capital. El mes de septiembre de 2008 fue algo fuera de lo normal en la economía global incluso si lo contemplamos desde una perspectiva histórica. Comenzó en EEUU con los rescates financieros de los gigantes hipotecarios Freddie Mac y Fannie Mae, que estaban al borde del colapso y sólo podían salvarse con intervención estatal. Esto dio pie a otras bancarrotas de grandes firmas como Merrill Lynch en EEUU o HBOS en el Reino Unido. Se sembró el pánico en todo el sistema financiero y los flujos de crédito empezaron a cortarse. Sencillamente no había ya confianza en el mecanismo básico de intermediación financiera que apuntala al sistema capitalista. Los gobiernos de todo el mundo se vieron obligados a implicarse en rescates financieros sin precedentes que en ocasiones estaban muy cerca de la nacionalización (ver Elliot & Atkinson, 2009,



para profundizar en esta cuestión). Estas medidas pueden haber salvado al capitalismo de su colapso total pero no pudieron evitar una recesión total en el año 2009. Estaba claro que el nuevo modelo económico que había sacado al mundo capitalista del estancamiento y la inflación a finales de los setenta ya no funcionaba.

Cuando la crisis financiera comenzó a desarrollarse en septiembre del 2008, fue en general percibida como un fenómeno “Made in USA” y que impactó en todos los países del Sur incluyendo, tal y como Joseph Stiglitz (2009) nos recuerda, los que habían emprendido “sólidas” políticas macroeconómicas y una “buena” regulación del mercado financiero. No existía la percepción de que esta crisis fuera el resultado de políticas macroeconómicas “equivocadas”, algo que se había repetido constantemente cuando las políticas económicas nacionales del Sur fueron acometidas en la década de los ochenta. La dependencia del desarrollo en el Sur quedaba clara ahora para todo el mundo (para conocer respuestas críticas a la crisis en el Sur ver Bello, 2009; Hausman, 2009; y Choike, 2009) y la atención se dirigió a los grandes desequilibrios en la economía global y a la omnipresente situación neocolonial de buena parte del Sur. También hacia un orden alternativo alter-mundista, a imagen y semejanza de la famosa Conferencia de Bandung en 1955, que dio origen al Movimiento de Países No Alineados. Cualesquiera fueran las perspectivas para un Segundo Bandung en 2010 (ver Palat, 2008) está claro que el Sur está (re)encontrando un sentido de identidad en el transcurso de la gestión de los efectos de la crisis global. La arquitectura del sistema financiero global fue cuestionada. El enfado de los países del Sur se hizo evidente en la pregunta retórica del Presidente Lula de si alguien había



visto alguna vez algún gran banquero que no fuera blanco. Las reacciones a la crisis fueron de capital importancia. Con bastante rapidez, todas las verdades aceptadas en materia de política económica fueron derrocadas (para un profundo análisis sobre este asunto ver Gills, 2008) y dio comienzo un esfuerzo masivo para contrarrestar el orden existente con muy pocos países resistiéndose a esta estrategia. Para algunos analistas, lo que hacía falta era un “regreso a Keynes”, como si el mundo estuviera reviviendo la depresión de los años treinta.

Así, el biógrafo de Keynes, Robert Skidelsky (2009) afirmaba que “la lección parece haber sido aprendida: varios planes de rescate y paquetes de estímulo económico han activado las economías deprimidas lo suficiente como para que podamos tener la razonable expectativa de que lo peor de la depresión ha pasado”. En realidad, el keynesianismo no sería una alternativa adecuada al neoliberalismo global. Más revelador es el punto hasta el que muchos de los anteriores propagandistas de la globalización como Martin Wolf (ver Wolf, 2004) tienen claro ahora que “Es ilusorio esperar ahora una rápida vuelta a la normalidad de 2006” (Wolf, 2009).

Muchos de los que antes apoyaban el modelo neoliberal ahora argumentan que es necesario un replanteamiento desde la raíz, que conduzca implícitamente a un “cambio del régimen financiero”. En la cumbre del G20 de septiembre del 2009 el entonces Primer Ministro Británico, Gordon Brown, incluso en pleno declive, dijo a los líderes mundiales: “El mundo se está uniendo para hacer lo que debería haber hecho hace muchos años...crear un sistema que pueda prevenir las crisis y gestionarlas cuando acontezcan” (citado en Wintour & Clark, 2009, p. 18).



A un nivel, esta afirmación contradice los intereses objetivos del sistema británico dada su profunda implicación en los circuitos financieros transnacionales. Pero dejando esto aparte, no deberíamos subestimar el cambio que esta afirmación representa incluso considerando que fue demasiado optimista. Siendo realistas, parece bastante improbable que un orden global (re)regulado y estable se base en los patrones actuales. Sin duda el ciclo capitalista alcanzará cierta recuperación tras la eufemísticamente llamada “sacudida”. Pero un ajuste estructural al estilo de Latinoamérica es inviable en los países prósperos del Norte y así, inevitablemente, las actuales contradicciones económicas continuarán, y, muy probablemente, se profundizarán. La solución, si podemos llamarla así, podría conducir a una maniobra estática (*holding pattern*) llevando a un cambio de época y un estado estacionario’ como dice Gopal Balakrishnan (2009, p. 9).

Así, las consecuencias de las medidas de rescate emprendidas en los países occidentales bien podrían constituir un equilibrio estático a largo plazo como una vez imaginó John Stuart Mill, mejor que una depresión pero difícilmente una recuperación del legendario espíritu del capitalismo. La crisis económica global de 2008-2009 fue mayoritariamente observada a través de lentes occidentales. Ciertamente tendría algunos efectos colaterales desafortunados en el Sur, pero esto no se consideraba importante. Había otra versión, no obstante, que, más optimista, se aferraba a la esperanza de que en las grandes economías del Sur como China, India y Brasil, no acusaría un impacto importante. En realidad, por supuesto, el sistema global financiero siempre fue la principal fuente de inestabilidad en el Sur. Cuando ocurrió la crisis del este asiático



en 1997 presagió lo que iba a suceder una década más tarde en el Norte, el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial (BM) respondieron con una llamada a una mayor apertura de los sistemas financieros nacionales y se mostraron horrorizados a cualquier posible restricción de movimientos del capital.

Robert Wade ya había escrito en el 2006 que “Hay pocas evidencias para apoyar la propuesta de que abrir los mercados al capital generará un orden mundial más estable y equitativo; y muchas para apoyar, por el contrario, que incrementará la volatilidad y la propensión a la crisis financiera (Wade, 2006, p. 11). De hecho, hoy está bastante claro para todas las partes inmersas en este debate que el opuesto exacto es más verdadero. Buena parte del discurso dominante sobre el Sur tiene un aire de irrealidad sobre esto. China e India podrían ralentizar su paso y crecimiento económico pero actuarían como motores de la recuperación global. Y en el Sur el sector informal podría actuar como una red de seguridad para aquellos expulsados del mercado laboral. “La situación en países desesperadamente pobres no es tan mala como pensarían”, declaró el ex Director Gerente del FMI (citado en Bremen, 2009, p. 30). En realidad la situación de los países más pobres del mundo ha pasado de mala a dramática. Piensen simplemente en los millones de trabajadores en la región costera de China que han sido forzados a volver a una ya empobrecida economía rural donde no existen puestos de trabajo. La tendencia global a un incremento de las desigualdades económicas (ver Arrighi et al., 2003) y a una mayor profundización en los niveles de exclusión social (Munck, 2005) documentados ya en la década de los noventa están ahora sufriendo una rápida aceleración.



El miedo de las clases dominantes a las “clases peligrosas (*les classes dangereuses*)” durante la Revolución Industrial se verá muchas veces aumentado a lo largo del desarrollo de la Revolución de la Globalización. Los ministros de finanzas de los países ricos del G7 renunciaron al dominio que han tenido durante un cuarto de siglo sobre las decisiones políticas y económicas cuando en octubre del 2009, decidieron poner fin a la recomposición de los pedazos (Elliott, 2009, p. 5).

El papel de China a la hora de superar la recesión global fue demasiado importante para este país como para ser excluido del gobierno global. Pero no hay demasiadas evidencias de que esta expansión o sus mecanismos representen ninguna “entrega del dominio” por parte de los poderes occidentales. Más bien parecería un mero ejercicio cosmético y en cualquier caso el coste sería menor, como la pérdida de Gran Bretaña de un asiento propio en la mesa principal del gobierno global. Además es importante destacar que la crisis global representa algo más importante que el estallido de la burbuja inmobiliaria en EEUU. Como Peter Gowan (2009) ha afirmado repetidamente, si la crisis es sistémica su solución no puede ser cosmética, y requerirá, al menos, la construcción de un nuevo orden mundial.

Finalmente, a la hora de evaluar la actual crisis, es bueno recordar el famoso dicho de Marx “Ningún orden social desaparece antes de que todas las fuerzas productivas que caben en él se hallan desarrollado”. Podríamos afirmar en esta línea que el prodigioso reciente desarrollo del capitalismo en China, India y Brasil bien podría desatar una nueva fase de dinamismo en el sistema capitalista global (para una evaluación formal de los dos



primeros países mencionados ver Smith, 2008; y para Brasil consultar Paulini & Oliveira, 2007). Pero no hay signos de que este va involucrar un crecimiento tecnológico que podría tirar de las debilitadas economías atlánticas hacia otro largo “boom” o suministrar una base de consumo de masas para las comodidades del Norte. Tampoco los antecedentes del actual sistema son tan buenos dado que todo el despliegue de los años noventa sobre una transición hacia una Nueva Economía y una revolución cibernética (compartido por algunos marxistas) no se materializó.

Contra el mito de una Nueva Era tecnológica la realidad fue considerablemente más prosaica: “Internet y la telefonía móvil, Walmart y Prada, Black-Scholes e hipotecas subprime- son los hitos tecnológicos de este período” (Balakrishnan, 2009, p. 6). La energía renovable y otras perspectivas similares probablemente no generarán una nueva era de expansión capitalista. No solo la inversión sería demasiado elevada en las actuales circunstancias, si no que la recesión ha abaratado tanto los combustibles fósiles que esta no sería una buena línea de inversión. Sin embargo, un punto de vista orientado al desarrollo sostenible sigue siendo necesario.

MOVIMIENTOS DE OPOSICIÓN

El *crash* de 1929 y la Gran Depresión de los años treinta fue el último período de crisis sistémica global. Dos intelectuales socialistas Antonio Gramsci (quien estuviera encarcelado por los fascistas en Italia) y Karl Polanyi (en exilio a causa del nazismo, primero en el Reino Unido y después en Estados Unidos) analizaron, en formas diferentes pero, podría decirse, complementarias, esta crisis, el



auge del fascismo y los movimientos de oposición que superarían la crisis construyendo un orden social alternativo.

Gramsci desarrolló una lectura “política” de Marx, rechazando la perspectiva puramente económica de algunos de sus seguidores. Polanyi, menos explícitamente marxista que Gramsci, creó una lectura “social” de Marx en cuya sociedad se generarían movimientos de resistencia a la depredación del mercado no regulado. Ambos pensadores respondían a una crisis sistémica del capitalismo y al auge del fascismo como respuesta a la misma. Un marco Gramsciano–Polanyiano combinado y fluido bien podría orientarnos en la comprensión y el desarrollo de los actuales movimientos de oposición a la globalización neoliberal de una forma efectiva capaz de aprender de los errores del pasado. Ciertamente deberíamos empezar por la premisa de que “lo normal” ya no es más viable para los sistemas anti-hegemónicos que lo es para los intelectuales del orden dominante.

Antonio Gramsci (1891–1937) comenzó su carrera política bajo la influencia de la Revolución Rusa que él llamó “Revolución contra el Capital”, declarando así su firme anti-economicismo (para conocer su biografía, ver Fiori, 1990). Tenía poco tiempo para el marxismo alemán ortodoxo dominante hasta entonces y se sintió más cautivado por los Bolcheviques y su compromiso con el “asaltar los cielos”. Las políticas de Gramsci se formaron decisivamente entre 1919 y 1920, cuando vio que los Consejos de Fábrica organizados por los trabajadores de la industria automotriz de Turín resumían la “voluntad colectiva”. Tras su caída, Gramsci se centró en la fundación del Partido Comunista Italiano en 1921 y su estrategia hacia la creciente amenaza del fascismo.



Es discutible si hubo de hecho una crisis revolucionaria en 1919–1920, pero ciertamente el partido revolucionario que podía llevar al proletariado a la victoria se formaría solo tras el final de la crisis. Los partidos políticos eran para Gramsci agentes indispensables del cambio social y solo el Partido Comunista podía suministrar los “vínculos capaces de dar a las masas forma y fisionomía (Gramsci, 1978, p. 371).

Gramsci se convirtió en la principal fuente de inspiración para el “nuevo marxismo” de la década de los setenta, “los post-marxistas”, que vieron en él a un teórico político de transición y una próspera política económica internacional (IPE, por sus siglas en inglés) busca inspiración en su trabajo (para conocer su enfoque ver Germain y Kenny, 1998; Rupert, 2005)

Éste era el Gramsci de “*Cuadernos de la Cárcel*”, que escribió bajo condiciones extremadamente difíciles tras ser encarcelado por Mussolini en 1926. Gramsci buscaba una respuesta a por qué la esperanza de una Revolución en occidente no se había materializado y, más específicamente, a por qué el fascismo había llegado al poder en Italia. Así creó uno de los temas políticos más poderosos del léxico marxista, el llamado discurso de la hegemonía.

Mientras en el Oriente (donde la Revolución de Octubre había triunfado) la sociedad civil era débil, en el Occidente existía una relación adecuada entre el estado y la sociedad civil (Gramsci, 1971, p. 238) de manera que siempre se buscaba el consenso antes de utilizar la coacción. En términos de estrategia esto significaba un cambio de rumbo de una “guerra de maniobras” a una “guerra de posiciones” a través del cual las clases sometidas buscaban la “hegemonía” política/ideológica/cultural más que la



“Toma de la Bastilla”. Éste es ahora el sentido común de la mayoría de los movimientos contestatarios, incluyendo muchos de los radicales islamistas.

Antonio Gramsci murió en una prisión fascista y sus últimos escritos fueron marcados por la necesidad del Partido Comunista Italiano de hacer frente al surgimiento del fascismo. Dentro del movimiento comunista internacional había dos tendencias opuestas con respecto al fascismo. Para una de ellas no había fase de transición o espacio entre el fascismo y la dictadura del proletariado. Para la otra, una tendencia derechista afirmaba que había un período estable de transición entre ambos, y que los comunistas deberían apoyar la democracia de la burguesía y post-poner su lucha contra la social democracia.

Gramsci evitó esta oposición binaria e incluso si supuestamente subestimó la fuerza del fascismo desarrolló un análisis original de este fenómeno. Los conceptos interrelacionados de Gramsci de cesarismo, crisis orgánica y equilibrio catastrófico¹ alimentaban su urgente teorización del Fascismo Italiano (ver Gramsci, 1973). Su contexto estaba determinado, por supuesto, por la gran crisis capitalista de 1929 en la que Gramsci se centró de manera consistente en sus escritos sobre americanismo y for-

1 Los conceptos políticos de Gramsci son notablemente evasivos y sujetos a interpretaciones contradictorias. Pero para el propósito que nos ocupa podemos afirmar lo siguiente; el cesarismo expresa una situación en la que las fuerzas en conflicto están en un equilibrio catastrófico cuya continuación sólo puede resultar en la destrucción mutua. Existen tanto la forma progresista como la forma reaccionaria de cesarismo. Puede representar la estrategia de la clase dominante para superar la crisis o ser el resultado nacional-popular o populista de un equilibrado conflicto de clases. La crisis orgánica representa una sacudida total del bloque histórico (el sistema hegemónico de Gramsci) en el que no sólo el progreso económico está bloqueado, si no que también la clase dominante ha perdido su liderazgo moral e intelectual (hegemonía). Si una crisis orgánica se prolonga puede conducir a un período de gran inestabilidad política. En este caso podría utilizarse una fuerte represión para decapitar el liderazgo o cabezas visibles de las clases sometidas.

dismo. Finalmente, en términos de “una perspectiva del Sur”, algunos teóricos marxistas estaban tan imbuidos por la comprensión de un desarrollo desigual como Gramsci. Sus propios orígenes en el Mezzogiorno dieron forma a su trabajo sobre la cuestión del Sur en Italia; esencialmente proponía la necesidad de que los trabajadores del Norte industrial se aliaran con el campesinado del Sur para que la revolución tuviera éxito. Sin querer arrancar esta conceptualización de su marco nacional, no es demasiado forzado transportarla a la era de la globalización con el Sur global y los pueblos sometidos del mundo en el lugar del Mezzogiorno (ver Brennan, 2001).

Un desarrollo desigual existe a los niveles nacional y transnacional y hay abundante evidencia de que la línea divisoria entre el Norte y el Sur se ha perpetuado, de hecho profundizado, durante la era de la globalización (ver Arrighi et al., 2003).

Desde los Zapatistas en adelante, la cuestión del Sur global se ha fortalecido en el movimiento altermundista, recogiendo mucho del espíritu de un “Gramsci global” (Bieler & Morton, 2006).

Karl Polanyi (1886–1964) comenzó su carrera política durante y después de la Primera Guerra Mundial, primero en Hungría y después en Viena (para conocer su biografía consultar Polanyi-Levitt, 1990). Si bien simpatizaba con la Revolución Rusa, se identificaba más con los objetivos de los Socialistas Revolucionarios que con los de los Bolcheviques. El *crash* del 29 en el mercado de valores estadounidense y la Gran Depresión de los años treinta intensificó su pensamiento crítico pero el ascenso de Hitler al poder en 1933 le llevó al Reino Unido (donde dio clases en la Asociación Educativa de Trabajadores) y a EEUU a prin-



cipios de la década de los cuarenta. Mientras su principal trabajo, *La Gran Transformación* (Polanyi, 2001) trataba sobre la transición al capitalismo en Inglaterra su obra posterior adquirió una perspectiva más global.

Como escribía a un amigo poco antes de su muerte, “Mi vida fue una vida del mundo. Viví la vida del mundo humano...mi trabajo es para Asia, para África, para los nuevos pueblos” (Polanyi, 2001, p. xxi). Probablemente Polanyi estaba más cerca de ser un socialista cristiano que un comunista, pero su trabajo no sólo estaba fuertemente influenciado por Marx si no que es totalmente compatible con la tradición marxista abierta o no dogmática.

El clásico de Polanyi, *La Gran Transformación*, fue escrito en la soledad del exilio en los EEUU. El estudio de Polanyi se centraba en la “gran transformación” del siglo XIX que derivó en el dominio de los principios del libre mercado. Mostraba como este cataclismo condujo a un movimiento de oposición a través del cual la sociedad se protegía de los efectos de un libre mercado desbocado. Así la historia aparece como una serie de “dobles movimientos” a través de la cual la expansión del mercado genera reacciones sociales contrarias. El neoliberalismo en la era actual ha desarrollado un discurso fundamentalista similar a aquél de los teóricos en la primera gran transformación. Y para Polanyi (2001, p. 145) las implicaciones del liberalismo económico son claras: “Nada como un mercado auto-regulado a escala mundial puede garantizar el funcionamiento de este formidable mecanismo”. Lo que Polanyi ha analizado a nivel nacional- en términos de la separación de la economía del ámbito social- ahora se ha hecho realidad y se ha empoderado a nivel global. Polanyi se ha convertido en un referente para muchos teóricos



anti-globalización (por ejemplo, Evans, 2008). No es difícil ver cómo la ola de movimientos anti-globalización en la década de los noventa pudo ser vista como un movimiento social de oposición respondiendo a las políticas neoliberales de libre mercado.

Grupos colectivos en lucha por la soberanía nacional o regional, medioambientales, y toda una plétora de movimientos que reivindican reconocimiento o transformación social, son parte de este amplio movimiento altermundo. Los movimientos se cuestionan la mercantilización establecida, y reivindican la “desmercantilización” de la sociedad y la reafirmación de los valores morales y culturales.

Contra cualquier forma de reduccionismo Polanyi afirmaba que la clase social no siempre es determinante y que de hecho existen muchos movimientos sociales que no se organizan en torno a cuestiones de clase. Lo que quizá no está tan claro es cómo esta reacción social, basada en el organizacionismo, generará una alternativa política. Como Gramsci, la trayectoria intelectual de Polanyi es inseparable de la lucha contra el fascismo. W. L. Goldfrank (1990, p. 87–88) afirma que *La Gran Transformación* “fue concebida y escrita en la desesperada y apasionada creencia de que sólo comprendiendo las instituciones e ideas que causaron la catastrófica depresión, el fascismo feroz, agresivo, y la guerra devastadora, podría el mundo de post-guerra huir del flagelo de todos estos elementos interrelacionados”.

El fascismo, contra algunas de las más crudas interpretaciones del marxismo, fue para Polanyi una perversa reacción social contra el caos del mercado no regulado, como lo fue, para él, el stalinismo. Hoy estamos en el me-

dio de una depresión global y un agresivo imperialismo asola el mundo. El viejo régimen neo-liberal ha perdido su hegemonía pero nos encontramos en un inestable interregno sin un sistema alternativo visible. El pensamiento urgente y crítico de Polanyi puede ser una inspiración para la atención centrada en los interdictos de esta coyuntura.

No estoy sugiriendo de manera simplista que Gramsci y Polanyi sean los nuevos Marx de la era post-neoliberal. Pero hay muy buenas razones por las que estos dos intelectuales de la crisis han sido considerados de manera conjunta (ver Birchfield, 1999; y particularmente Burawoy, 2003) y puede que sea un momento oportuno para renovar esta tarea. Ambos teorizaron sobre el capitalismo y su lucha en formas explícitamente no deterministas y radicalmente anti-economicistas. Si Gramsci fue el teórico de la hegemonía por excelencia, Polanyi puede considerarse el teórico de la resistencia anti-hegemónica. Ambos proporcionan un sugerente marco- adecuadamente ampliado a un nivel global- para el pensamiento crítico sobre globalización y su lucha hoy (ver Munck, 2006, 2007, para una interpretación). De Gramsci podemos tomar su enfoque sobre lo político y los partidos políticos como expresión de la voluntad popular. De Polanyi podemos recoger su énfasis en lo social y la sociedad como el lugar principal de la lucha de los movimientos en respuesta a la depredación del mercado no regulado. De lo que se llamaba en el marxismo ortodoxo la “base” económica Gramsci nos llevó al ámbito político, crucial para la transformación, pero Polanyi destacó la importancia de lo social, que con demasiada frecuencia había sido considerado un mero terreno “sociológico” por muchos marxistas.



TRANSFORMACIÓN SOCIAL

Lo que necesitamos preguntarnos es si las profundas transformaciones sociales que ahora se están produciendo están conduciéndonos, o podrían conducirnos, hacia una globalización alternativa. ¿Estamos presenciando un movimiento altermundista Polanyiano, o incluso un momento anti-hegemónico Gramsciano? Si no... ¿por qué no? Necesitamos entender qué significa esto ahora que China e India son miembros del G5 (junto con EEUU, UE y Japón), y si se constituirán las reglas de una nueva gobernanza global. También tenemos que estudiar hasta qué punto el movimiento obrero internacional ha superado sus diferencias para suponer un reto real al capital global. Y desde Latinoamérica nos llega una noción sobre qué nuevos desafíos al Imperio podrían surgir. Finalmente, hemos de tener muy claro que el futuro es incierto, pero en cualquier caso, casi con seguridad, no volveremos a paradigmas pasados del orden dominante. Hemos dejado atrás la era de “No Hay Alternativa” (TINA, “There is no alternative”, por sus siglas en inglés) cuando el consenso de Washington imperaba y establecía los términos del debate incluso para los progresistas. Ahora hay una búsqueda activa de paradigmas alternativos con el discurso del “consenso post-Washington” tratando de resistir (ver Broad, 2004).

Hay un gran apoyo en el mundo a la noción de que “otra producción es posible” (Sousa Santos, 2006). Por supuesto, una vez los marxistas habrían proclamado que otro mundo era inevitable. Pero aún así, tras la larga noche de visiones alternativas a la hegemonía neoliberal, incluso utopías (ver El-Ojeili & Hayden, 2008) están surgiendo, articulando poderosamente una forma de vida diferente y



otro tipo de interacción social. Y en este florecer de nuevas alternativas, el centro de gravedad está claramente ubicado en el Sur. La emancipación social en el siglo XXI está siendo imaginada y construida principalmente en el mundo oprimido.

El concepto Polanyiano de movimiento social de oposición es poderoso y persuasivo cuando examinamos la actual conyuntura. Contra los valores determinados por el mercado, una plétora de movimientos sociales altermundistas generados por la globalización neoliberal traen a primera plana valores sociales y la prioridad de proteger los vínculos sociales. Como Polanyi (2001, p. 151) afirmó en su día, pero igualmente aplicable hoy, “La gran variedad de formas en que apareció el movimiento de oposición “colectivista” se debía al amplio espectro de intereses sociales vitales que se veían afectados por los mecanismos de mercado en constante expansión”. Hemos de tener claro que una alternativa o globalización altermundistas no sólo está siendo construida por organizaciones como el Foro Social Mundial, expresamente dedicado a esta tarea. Más bien, como Polanyi previó, la resistencia y los movimientos opositores ocurren a todos los niveles de la sociedad, de lo local a lo global, y adquiere muchas formas políticas, algunas literalmente reaccionarias volviendo la vista atrás, a la era pre-globalización.

Si fuéramos a utilizar los métodos de previsión estratégica (*foresight* en inglés) podríamos tener una comprensión más clara de los parámetros de la situación que ahora se está desarrollando. El nuevo mundo que ahora está saliendo de la crisis de la globalización neoliberal seguramente no será una continuación de modelos anteriores como el keynesianismo nacional. Hay indicios de un cierto



nivel de cooperación internacional para gestionar la crisis pero, ¿cuánto tiempo durará? ¿Qué significado tiene realmente un Premio Nobel de la Paz para un presidente de unos EEUU en plena fase intervencionista? Parece probable que este recién hallado espíritu de colaboración tendrá una corta vida y se verá confinado a un club de naciones de la élite, y a determinadas agrupaciones sociales. Pero si el futuro no será una repetición del pasado, ¿cómo vamos a distinguir las tendencias futuras y los múltiples futuros que ahora están desarrollándose? Para los marxistas ortodoxos no habría necesidad de prever metodologías; el futuro era pronosticado y el camino tecnológico hacia una sociedad sin clases podía tomar desviaciones pero no había duda sobre su destino final.

Desde la década de los sesenta, como parte del “nuevo capitalismo” hemos visto predicciones aplicadas a disciplinas de la ciencia, la tecnología, y la planificación empresarial. Más recientemente ha habido un auge de este enfoque más crítico que podría proporcionar una óptica convincente para examinar los diversos escenarios alternativos que están desarrollándose para el capitalismo global (como ejemplo de este enfoque crítico ver Slaughter, 1996). En una situación caracterizada por una gran incertidumbre (quizá el tema dominante de esta era) y una complejidad creciente, necesitamos métodos creativos para pensar el futuro y generar movimientos hacia el resultado que queremos. Podemos trazar nuevas tendencias económicas, geopolíticas, sociales y culturales y esbozar escenarios alternativos. Incluso la Fundación Rockefeller está entrando en acción con su *Foresight for Smart Globalization: Accelerating and Enhancing Pro-poor Development Opportunities* (Previsión para una globalización inteligente:

Acelerando y mejorando oportunidades pro-pobres, Bezold, 2009). Desde mi punto de vista, sería negligente por parte de los progresistas no aceptar el desafío porque consideraran la previsión contaminada por el origen capitalista de la planificación económica.

Un actor social clave en determinar el resultado de la actual crisis es la clase obrera internacional. Duramente golpeada y más directamente por las políticas de libre mercado desde los años ochenta, este sector no comenzó su recuperación hasta la segunda mitad de la década de los noventa. Como en anteriores ciclos de acumulación de capital y crisis, hay siempre una demora en la recuperación de la clase obrera. No podemos subestimar el impacto de la financiarización, la desindustrialización, la precarización, y la informacionalización de las clases trabajadoras, tanto del Norte como del Sur. Esto ha debilitado enormemente a la clase trabajadora en términos del equilibrio de poder *vis-a-vis* con el capital.

En cualquier caso, el movimiento obrero se adentra en la actual crisis del capitalismo con un considerable grado de reorganización y recomposición en sus filas, habiendo logrado, sobre todo, ajustar cuentas con el viejo discurso “No Hay Alternativa” del apogeo neoliberal (para consultar diversas perfectivas sobre el “movimiento obrero global” hoy ver Gray, 2008; Drainville, 2008; Novelli & Ferus-Comelo, 2009; y Munck, 2008).

Hoy los sindicatos tienen cúpulas unificadas- el Congreso Internacional de Sindicatos (ITUC, por sus siglas en inglés)- lo que se hizo posible hacia el final de la Guerra Fría. El ITUC desde sus comienzos en 2006 ha tratado de consolidar a sus 175 millones de militantes y canalizar la voz del movimiento obrero en torno al futuro de la globali-



zación. Por su parte los antiguos Secretariados Profesionales Internacionales (SPI) volviendo a los primeros tiempos de la organización obrera, se revitalizaron convirtiéndose en Global Unions, red sindical organizada por sectores (el metal, educación, servicios públicos, ingeniería, transportes, etc). En un sentido amplio podemos decir que el movimiento laboral está cada vez más organizado para hacer frente a la actual globalización (se puede consultar una declaración sobre la crisis económica en ITUC/CSI/IGB, 2009). Esto lo lleva por los caminos del marxismo clásico con el surgimiento del proletariado en el Sur y en posible alianza con movimientos sociales a través del estilo Polanyiano es decir de movimientos opositores formados por todos los sectores marginados, empobrecidos, y desposeídos por la globalización.

Una región clave que impactará en la capacidad de EEUU para perpetuarse en el poder hegemónico es Latinoamérica, frecuentemente caracterizada como el “eslabón más débil” (Sader, 2008). Esta es la zona en la que el neoliberalismo ha hecho un recorrido de prueba a principios de los setenta, en el Chile de Pinochet, con los llamados “Chicago Boys”. Podríamos argumentar que Latinoamérica hoy es un presagio de las tendencias futuras a medida que los movimientos sociales ganen fuerza. Durante los noventa el neoliberalismo se convirtió en el nuevo “sentido común” a lo largo y ancho del continente, adoptado incluso por la socialdemocracia y las fuerzas a su izquierda. Pero Latinoamérica también fue el lugar donde se dieron cita los más catastróficos fracasos del nuevo modelo económico. México en 1994 y Brasil en 1999 ocuparon todas las cabeceras pero la auténtica debacle de la economía argentina en 2002, haciendo equilibrios sobre el



dólar americano, convenció a la clase política de que una alternativa no sólo era posible, si no fundamental para la supervivencia del país.

Cuando nos remitimos a mediados de la década del 2000, nos encontramos con un cuadro muy distinto. En 2006 Lula fue el primer trabajador reelegido presidente en Brasil, el controvertido Chávez también fue reelegido en Venezuela, y el peronista radical Kirchner fue sucedido en el gobierno de Argentina por su mujer, Cristina Fernández. La izquierda o centro-izquierda ostentaba el poder en el continente a excepción de la devota aliada de EEUU, Colombia, aún luchando contra la tradicional insurgencia comunista. Como en la década de los setenta, Latinoamérica está sometida a una exhaustiva vigilancia, ya que es mucho lo que está en juego (para conocer diferentes perspectivas, consultar Chávez et al., 2005; Lievesley & Ludlam, 2009; Veltmeyer & Petras, 2009; Castañeda & Morales, 2009). ¿Ha sido Latinoamérica domesticada por el neoliberalismo y no es Lula su último representante, como alegan sus críticos? ¿O el “patio trasero” de EEUU se ha convertido en un territorio hostil a su ambición imperial, siendo el primer territorio reivindicado por el “socialismo del siglo XXI”, como sugieren los seguidores de Chávez?

Para concluir, creo que deberíamos coincidir con Andrew Gamble (2009, p. 141) en que “Sencillamente no sabemos qué va a pasar, o cuán profunda y crítica será la recesión, o cuánto durarán los efectos a largo plazo de la crisis financiera”. En vista de que esto son aguas inexploradas y que ni la Gran Depresión puede orientarnos en la era de la globalización, necesitamos profundizar en nuestra capacidad de previsión y pensamiento crítico. Los dirigentes del capitalismo global y las instituciones finan-



cieras internacionales se muestran optimistas y afirman que el sistema se recuperará rápidamente. Así, a finales del 2009 el Banco Mundial emitió un comunicado optimista sobre el capitalismo global, aunque en letra pequeña este organismo líder de la globalización reconocía que: “muchos países aún sienten el dolor de la caída...unos 43 países de bajos ingresos aún sufren las consecuencias de la crisis alimentaria, de combustibles, y económica...El Banco Mundial estima que financiar el déficit para cubrir el gasto puede necesitar unos 11,6 billones de dólares para estos países. Más de 90 millones de personas vivirán en extrema pobreza, con menos de 1,25 dólares al día, para el final del 2010”, predice el Banco...En regiones pobres como África, cuando los ingresos empiezan a decaer, y el crecimiento de la renta *per cápita* es negativo, “hay un efecto en las vidas de las personas”, afirma Shanta Deva-
rajan, economista Jefe del Banco Mundial para la región de África. “Una de las estadísticas más inquietantes que hemos encontrado, es que cuando ocurren estas recesiones, mueren niños y niñas. Uno de mis compañeros ha hecho la estimación de que para las dimensiones de esta recesión en África, podríamos perder del orden de entre 30.000 y 50.000 niños/as antes de cumplir su primer año” (World Bank, 2009).

Desde la perspectiva de un movimiento altermundista, parece muy claro que desde ahora es urgente encontrar una alternativa viable a la globalización neoliberal (ver Aglietta, 2008). El Keynesianismo nacional no podrá ofrecer una alternativa global. Los movimientos anti-hegemónicos necesitarán tomar una perspectiva global para ser viables, incluso operan a los niveles local, nacional y regional. Pero quizá deberíamos reconocer que la amplia



familia que conforma los movimientos alter-mundistas no ha hecho mella en el sistema hegemónico en su momento de necesidad más extrema. Para muchos ciudadanos/as globales la necesidad es ahora la de protegerse de la tormenta, no la de dar un salto hacia la oscuridad.

Polanyi tiene un muy interesante análisis sobre estos momentos catastróficos y propone la necesidad de grupos sociales que asuman los intereses generales. Se refiere a “esas fases críticas de la historia, cuando una civilización está en peligro o atraviesa una transformación”, cuando los nuevos grupos sociales pasan a primera plana y “a menos que la alternativa al sistema social esté sumida en la destrucción total, no hay clase, por egoísta que sea, capaz de mantenerse en el liderazgo” (Polanyi, 2001, p. 163). Tanto la derecha como la izquierda deberían poder adoptar una forma de populismo (no utilizado aquí de manera peyorativa) para tender puentes hacia el tan reivindicado “sentido común” sobre las causas tan claras de la crisis global y el espectacismo en torno a la noción de que existe, de hecho una alternativa viable.



REFERENCIAS

- Aglietta, M. (2008) *La Crise* (Paris: Ed Michalon).
- Arrighi, G., Silver, B. & Brewer, B. (2003) *Industrial convergence, globalization and the persistence of the North-South divide*, *Studies in Comparative International Development*, 38(2), pp. 3–31.
- Balakrishnan, G. (2009) *Speculations on the stationary state*, *New Left Review*, 59 (September–October), pp. 5–26.
- Bello, W. (2009) *Alternative views of the economic crisis*, BBC News Online. <http://news.bbc.co.uk/2/hi/business/7874667.stm>
- Bezold, C. (2009) *Foresight for Smart Globalization: Accelerating and Enhancing Pro-Poor Development Opportunities* (Washington, DC: The Rockefeller Foundation and Institute of Alternative Futures).
- Bieler, A. & Morton, A. D. (eds) (2006) *Images of Gramsci. Connections and Contentions in Political Theory and International Relations* (London: Routledge).
- Birchfield, V. (1999) *Contesting the hegemony of market ideology: Gramsci's 'good sense' and Polanyi's 'double movement'*, *Review of International Political Economy*, 6(1), pp. 27–54.
- Bremen, J. (2009) *Myth of the global safety net*, *New Left Review*, 59, September–October, pp. 29–36.
- Brennan, T. (2001) *Antonio Gramsci and postcolonial theory: 'Southernism'*, *Diaspora*, 10(2), pp. 143–187.
- Broad, R. (2004) *The Washington consensus meets the global backlash: shifting debates and policies*, *Globalizations*, 1(2), pp. 129–154.
- Burawoy, M. (2003) *For a sociological Marxism: the complementary convergence of Antonio Gramsci and Karl Polanyi*, *Politics and Society*, 31(2), pp. 193–261.
- Castañeda, J. & Morales, M. (eds) (2009) *Leftovers: Tales of the Latin American Left* (London: Routledge).
- Chavez César, A., Garavito, R. & Barrett, P. S. (2005) *La nueva izquierda en América Latina. Sus orígenes y trayectoria futura* (Bogotá: Grupo Editorial Norma).

Choike (2009) *The Global Financial Crisis: Implications for the South*, <http://www.choike.org/2009/eng>

Drainville, A. (2008) *Present in the world economy: the coalition of Immokalee workers*, *Globalizations*, 5(3), pp. 357–377.

El-Ojeili, C. & Hayden, P. (eds) (2008) *Utopia in a Global Age: New Critical Perspectives* (London: Palgrave).

Elliott, L. (2009) *G7 elite group makes way for G20 and emerging nations*, *The Guardian*, <http://www.guardian.co.uk/business/2009/oct/04/g7-g20-economic-policy>

Elliott, L. & Atkinson, D. (2009) *The Gods That Failed. How the Financial Elite Have Gambled Away on Futures* (London: Vintage Books).

Evans, P. (2008) *Is an alternative globalization possible?* *Politics and Society*, 36(2), pp. 271–305.

Farmer, D. J. & Lo, A. W. (1999) *Frontiers of finance: evolution and efficient markets*, *Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States of America*, 96(18), pp. 9991–9992.

Fiori, A. (1990) *Antonio Gramsci* (London: Verso).

Gamble, A. (2009) *The Spectre at the Feast. Capitalist Crisis and the Politics of Recession* (Basingstoke: Palgrave Macmillan).

Germain, R. D. & Kenny, M. (1998) *Engaging Gramsci: international relations theory, and the new Gramscians*, *Review of International Studies*, 24(1), pp. 3–22.

Gills, B. (2008) *The swinging of the pendulum: the global crisis and beyond*, *Globalizations*, 5(4), pp. 513–522.

Goldfrank, W. (1990) *Fascism and The Great Transformation*, in K. Polanyi-Levitt (ed.) *The Life and Work of Karl Polanyi* (Montreal: Black Rose Books), pp. 87–92.

Gowan, P. (2009) *Crisis in the heartland*, *New Left Review* (September/October), pp. 51–70.

Gramsci, A. (1971) *Selections from the Prison Notebooks* (London: Laurence and Wishart).

Gramsci, A. (1973) *Sul Fascismo* (Roma: Editora Riuniti).

Gramsci, A. (1978) *Selections from the Political Writings (1921–1926)* (London: Lawrence and Wishart).

Gray, K. (2008) *The global uprising of labour? The Korean labour movement and neoliberal social corporatism*, Globalizations, 5(3), pp. 483–499. Globalization, Crisis and Social Transformation 245

Hausmann, R. (2009) *Dealing with the global crisis: a view from the South*, Vox, <http://www.voxeu.org/index.php?q¼node/3092>.

ITUC/CSI/IGB (2009) *Global Unions London Declaration*, http://www.gpn.org/ituc-csi_org_No_16_-_G20_London_Declaration_FINAL.pdf.

Lievesley, R. & Ludlam, S. (eds) (2009) *Reclaiming Latin America: Experiments in Radical Social Democracy* (London: Zed Books).

Munck, R. (2005) *Globalisation and Social Exclusion: A Transformationalist Perspective* (Bloomfield CT: Kumarian Press).

Munck, R. (2006) *Globalization and contestation: a Polanyian problematic*, Globalizations, 3(2), pp. 175–186.

Munck, R. (2007) *Globalization and Contestation, the New Great Counter-Movement* (London: Routledge).

Munck, R. (2008) *Globalization and The Labour Movement: Challenges and Responses*, Address to Special Conference of the International Transport Workers Federation, Oslo, http://www.globallabour.info/en/2009/12/globalisation_and_the_labour_m.html

Novelli, M. & Ferus-Comelo, A. (eds) (2009) *Globalization, Knowledge and Labour* (London: Routledge).

Palat, R. A. (2008) *A new Bandung?: Economic growth vs. distributive justice among emerging powers*, Ravi Arvind

Palat Futures, 40(8), pp. 721–734.

Paulini, L.M. & Oliveira, F. (2007) *Financialization and barbarism: a perspective from Brazil*, in P. Bowles (ed.) *National Perspectives on Globalization* (London: MacMillan).

Polanyi, K. (2001) *The Great Transformation. The Political and Economic Origins of our Times* (Boston: Beacon Press).

Polanyi-Levitt, K. (ed.) (1990) *The Life and Work of Karl Polanyi: A Celebration* (Montreal: Black Rose Books).

Ruggie, J. (1984) *International regimes, transitions and change: embedded liberalism in the postwar economic order*, International Organizations, 36(2), pp. 397–415.

Rupert, M. (2005) *Reading Gramsci in an era of globalising capitalism*, Critical Review of International Social and Political Philosophy, 8(4), pp. 483–497.

Sader, E. (2008) *The weakest link?* New Left Review, 52 (July–August), pp. 5–31.

Sassen S. (2010) *A savage sorting of winners and losers: contemporary versions of primitive accumulation*, Globalizations, 7(1–2), pp. 23–50.

Skidelsky, R. (2009) *Economic reform needs a close of reality*, The Guardian, <http://www.guardian.co.uk/commentisfree/2009/jul/27/economic-reform-banking-markets>

Slaughter, R. (1996) *The Knowledge Base of Future Studies*, 3 vols (Melbourne: Future Studies Centre).

Smith, D. (2008) *The Dragon and the Elephant: China and India and the New World Order* (London: Profile Books).

Sousa Santos, B. de (ed.) (2006) *Another Production is Possible*. Beyond the Capitalist Canon (London: Verso).

Stiglitz, J. (2009) *'Made in USA' Crisis now affecting developing countries*, SUNS # 6659, 13 March.

Veltmeyer, H. & Petras, J. (2009) *What's Left in Latin America?: Regime Change in New Times* (London: Ashgate).

Wade, R. (2006) *Choking the South: world finance and underdevelopment*, New Left Review, 38 (March–April), pp. 115–127.

Wade, R. (2008) *Financial regime change?* New Left Review, 53 (September–October), pp. 5–21.

Wintour, P. & Clark, A (2009) *World leaders map out new economic order*, The Guardian, 26 September.

Wolf, M. (2004) *Why Globalization Works* (New Haven and London: Yale University Press).

Wolf, M. (2009) *After the storm comes a hard climb*, <http://blogs.ft.com/economistsforum/2009/07/after-the-stormcomes-a-hard-climb>

World Bank (2009) *Financial Crisis*, <http://www.worldbank.org/financialcrisis>





2. SINDICATOS, GLOBALIZACIÓN E INTERNACIONALISMO: RESULTADOS Y PERSPECTIVAS.

INTRODUCCIÓN.

Los sindicatos y la clase trabajadora a la que representan siempre han sido parte de un sistema transnacional de relaciones laborales. El capital siempre ha sido móvil y la relación capital/trabajo asalariado nunca ha estado limitada por fronteras nacionales. En cualquier caso, hasta muy recientemente, el sistema dominante de relaciones industriales había estado limitado casi exclusivamente al marco nacional. En los años setenta emergió una “nueva” división internacional del trabajo cuando los países de las antiguas colonias empezaron a industrializarse y las corporaciones multinacionales comenzaron a jugar un papel esencial en el sistema global neo-colonial. Este período fue testigo de una próspera actividad del trabajo transnacional y de la esperanza, pronto hecha pedazos, de que el internacionalismo obrero actuaría como un poder capaz de contrarrestar el de las multinacionales. Más tarde, en la década de los noventa, comenzó la era de la globalización, caracterizada por la hegemonía de la economía neoliberal, la victoria del mundo occidental en la Guerra Fría y el auge de instituciones internacionales como la Organización Internacional del Trabajo.

El movimiento obrero internacional se mantuvo unido durante esta fase y reconoció claramente los principales desafíos planteados por la globalización. Hoy, desmoronado el consenso liberal y su modelo global de desarrollo en 2008, se abre un nuevo período de crisis e incertidumbre. ¿Un mayor internacionalismo formará parte de este repertorio y

será el turno del movimiento obrero de ser un movimiento realmente globalizado?

Este capítulo explorará la relación cambiante que une a sindicatos, globalización e internacionalismo a través de un enfoque histórico estructural, es decir, se considera que los sindicatos operan dentro de un sistema histórico específico de producción con sus particulares relaciones productivas. En términos económicos, los sindicatos por lo general reflejan las estructuras de la producción capitalista, organizando a los trabajadores en especializaciones industriales en función de cómo se han ido desarrollando.

Cuando los sindicatos actúan en el lugar de trabajo pueden asumir posiciones políticas dentro/contra el estado capitalista en nombre de sus miembros. Pero los sindicatos son también parte de la sociedad y pueden hacer alianzas con otros colectivos sociales o movimientos. Esta tríada económico/político/social toma diferentes formas en función de los distintos países, y, cómo no, a lo largo del tiempo. Así, un análisis estructural ha de ser dinámico y traer a primer plano el contexto histórico. Los cambios en los sindicatos durante los años noventa tienen que situarse en el contexto de los pasos dados en los setenta hacia el internacionalismo, y además, tenemos mucho que aprender de la primera ola de internacionalismo obrero en 1870.

A veces se asume que el internacionalismo obrero emergerá con el del capital (ej. Nash 1998), como si el alcance global del capital generara automáticamente internacionalismo obrero. El internacionalismo debería considerarse como un proyecto político que ha de ser construido. Tampoco es un proyecto eterno, atemporal, que debería conducir, sin fisuras, hacia la formación de la Primera Internacional en 1864. El internacionalismo obrero no anula las otras for-



mas de actividad sindical a nivel local, nacional y regional. El internacionalismo ha sido utilizado contra los trabajadores que luchan de una forma muy local y, particularmente, contra aquellos en el mundo colonial/neo-colonial que enarbola las banderas de la liberación nacional. Así, si bien este capítulo examina el desarrollo estructural e histórico de los sindicatos en un contexto transnacional, no da por sentada la existencia de un rumbo internacionalista.

LA NUEVA DIVISIÓN INTERNACIONAL DEL TRABAJO (1973-1988)

“El desarrollo de una nueva división internacional del trabajo contiene la *posibilidad* de una solidaridad internacional entre los trabajadores” (Fröbel et al. 1981:35).

El período de posguerra de la Segunda Guerra Mundial estuvo marcado por un gran crecimiento económico en el mundo occidental y la consolidación de una relación post-colonial con el Sur. Para algunos, la relación desigual entre el mundo industrializado y el no industrializado significaba la necesidad de superar las vanas ilusiones del internacionalismo (Emmanuel 1970). Arghiri Emmanuel expresó con claridad el punto de vista de que las diferencias dentro de la clase obrera global eran tales, que la base objetiva para el internacionalismo había desaparecido: “La desintegración nacional ha sido posible en los grandes países industriales al coste de la desintegración internacional del proletariado” (Emmanuel 1970:18). Así, mientras el estado de bienestar benefició a la clase trabajadora en el Norte, en el Sur los trabajadores eran explotados abiertamente. Así, no habría base objetiva para el internacionalismo obrero. En cualquier caso, en la década de los setenta el modelo capitalista occidental entró en crisis, y, en un proceso paralelo, el mundo

una vez colonial comenzó a industrializarse, creando una “nueva” clase obrera.

La llamada crisis del petróleo de 1973 sólo fue lo más destacado de un período de caos del capitalismo. Las revueltas de mayo del 68 habían mostrado que las relaciones sociales del neo-capitalismo no eran seguras ni inmutables. En 1971, por orden del presidente Richard Nixon, el dólar dejó de ser convertible en lingotes de oro, momento que señaló el principio del fin de la hegemonía estadounidense. Esto se afirmó en 1975 con la derrota en Vietnam de la más poderosa máquina militar conocida hasta entonces. Los trabajadores en occidente se encontraban entonces en pleno levantamiento, como el llamado “otoño caliente” italiano de 1969 que se extendió ampliamente por el mundo capitalista.

Las ganancias se estaban viendo amenazadas por la militancia de la clase trabajadora. La creencia de que la clase trabajadora occidental había sido pacificada a través del consumo y el estado de bienestar fue destituida.

A finales de los años setenta y principios de los ochenta el capital había preparado su contraofensiva con el primer Thatcherismo en el Reino Unido y el Reaganismo en los Estados Unidos, declarando la guerra a la clase trabajadora y a los sindicatos. Esta ofensiva neoliberal basada en la liberalización financiera, haciendo retroceder el sector público y recortando los derechos de la clase trabajadora estableció la base para una nueva acumulación global capitalista que hoy día llamamos globalización.

En el Sur los años setenta contemplaron el surgimiento de una nueva división internacional del trabajo (NDIT) sustituyendo al viejo modelo colonial en que la producción había sido relegada a la producción de materia prima para



la industrialización occidental. La NDIT reestructuró las relaciones de producción en el Sur y condujo al surgimiento de un sector manufacturero orientado al mercado mundial. Estas nuevas “fábricas del mercado mundial”- basadas fundamentalmente en trabajo femenino- fueron el síntoma de un desplazamiento histórico de la manufactura básica hacia los países del Sur. La NDIT condujo a una ola de deslocalizaciones de plantas textiles y de electrónicos desde el Norte hacia los “países recién industrializados” (PRI)

Cuando los sindicatos del Norte protestaron por la explotación de la clase trabajadora en el Sur con frecuencia fueron acusados (en el Sur) de estar comprometidos en un proteccionismo nacional tras una fachada de solidaridad internacional. El papel del estado en los países del Sur era crucial en el proceso de industrialización, en contra de lo que afirman mitos posteriores del neoliberalismo. Cuando la época dorada del “boom” económico de posguerra tocó a su fin en el Norte, el Sur atravesó un período dinámico de crecimiento que resultó en un proceso masivo de proletarianización y el surgimiento de una “nueva” clase obrera (ver Silver, 2003, para un análisis completo de este período histórico). Volviendo la vista a los años setenta, la principal característica de esta época fue sin duda el nacimiento de las corporaciones multi o transnacionales (CMN o CTN). Esta fase se caracteriza por la internacionalización del ciclo de capital productivo.

Mientras en fases anteriores fueron el capital mercantil (comercio) y el capital financiero quienes se internacionalizaron en la era del imperialismo clásico, es ahora la producción misma la que se internacionaliza. Las multinacionales o transnacionales se convirtieron en titulares o agentes de estas nuevas relaciones de producción, como lo habían sido en el siglo XIX los cárteles y fundaciones.



Gracias a sus ventajas competitivas las multinacionales consiguieron dominar la producción global de bienes y servicios, llegando a ejercer un papel preponderante en los años setenta y ochenta, basándose en estas ventajas ya sea en la superioridad tecnológica, mejores técnicas de dirección o simplemente en sus tácticas de oligopolio (ver Dunning 2000). Posiblemente la globalización de la producción se ha exagerado, como argumentan algunos escépticos (Hirst and Thompson 1996) y está bastante claro que las multinacionales no gozaban de tanta libertad como algunos consideraban entonces, pero, aún así, sin duda han cambiado el mundo del trabajo y actuado como un poderoso foco de la actividad obrera.

La cuestión que se planteaban los sindicatos era cómo responderían a esta nueva configuración transnacional del empleo. Un estratega líder en la época era Charles Levinson, Secretario General de la Federación Internacional de Organizaciones Sindicales de Trabajadores de la Química e Industrias Diversas, quien argumentaba que “en términos de acción internacional a la hora de desarrollar una nueva respuesta sindical ante las compañías multinacionales, lo más importante es que aquí existen negociaciones colectivas con estas garantías” (Levinson 1972:106).

Esta era una derivación lógica de las tradicionales negociaciones salariales nacionales a escala transnacional. Mientras que había varios niveles preliminares de negociación transnacional los sindicatos podían implicarse, y lo más hábil a largo plazo era buscar negociaciones colectivas integradas en torno a demandas comunes. Esta teoría de Levinson recibió un furibundo ataque por parte de los académicos Northrop y Rowan quienes afirmaban haber examinado todas las evidencias citadas de negociaciones



colectivas multinacionales e intentos de los sindicatos de influir sobre la conducta de una compañía o emprender acciones más allá de las fronteras nacionales, y descubrieron que no existían (Northrop y Rowan 1978:331). Como quiera que sea (y había múltiples ejemplos de acciones sindicales multinacionales) Levinson había metido el dedo en la llaga. En una reunión de ejecutivos de Kodak en 1973 uno de los ponentes admitió que “hoy uno de nuestros mayores miedos es que el movimiento sindical internacional oriente sus acciones hacia las corporaciones multinacionales” (citado en Munck 1998: 56).

También en oposición a la teoría de Levinson, pero desde una perspectiva de izquierda, Olle y Schoeller (1974) proponían que la internacionalización del capital a través de las multinacionales no proporcionaba ni nuevas ni únicas condiciones objetivas para el internacionalismo obrero. Estaban en contra de la afirmación de Levinson de que la internacionalización del capital producida merced a las multinacionales ofrecía por primera vez una base “objetiva” para el internacionalismo obrero, y contra el intento implícito de Levinson de encontrar una base económica superficial para la necesidad y la posibilidad de una política sindical internacional. Desde este ángulo, dicha política sindical internacional parecía una forma de proteccionismo nacional. Para Olle y Schoeller la única opción progresista era moverse “en la dirección de la politización de la actividad sindical combinando la lucha por... (mejores sueldos)... con la perspectiva de desarrollar el poder del proletariado (Olle y Scholler 1994:71). Otros autores señalaban la asimetría básica entre capital y trabajo sin estar luchando en el mismo terreno, por lo que no había razón por la que el trabajo tuviera que seguir la dirección marcada por el capi-



tal. Harvie Ramsay, uno de los protagonistas de este debate, escribiría tiempo después sobre este “pesimismo de la izquierda” que parecía padecer “una combinación cambiante de determinismo estructural y pensamiento político voluntarista” (Ramsay 1999:203). Hoy la mayoría aceptarían que el destino del sindicalismo internacional es un hecho contradictorio y contingente.

Uno de los principales mecanismos empleados por el trabajo durante la década de los ochenta fueron los llamados Códigos de Conducta para promover buenas prácticas en las multinacionales. Esta era una forma voluntaria de regulación que pretendía establecer unas pautas de comportamiento en las compañías con respecto a sus trabajadores y proveedores. Como apuntaron Fairbrother y Hammer: “Algunos de estos códigos incluían un enfoque en derechos laborales, las consecuencias que las acciones de la compañía tenían sobre el medio ambiente y otro tipo de prácticas” (Fairbrother y Hammer 2005 :410). Un asunto obvio surge entonces sobre cómo controlar el cumplimiento de estos Códigos de Conducta. En algunos casos los sindicatos promovían estos códigos y buscaban el compromiso de las compañías, en otros, las propias multinacionales adoptaban estos códigos como una forma inicial de Responsabilidad Social Corporativa. Una limitación es que la mayoría de estos códigos se referían a asuntos de salud y seguridad, mientras que solo una minoría aludían a la libertad de asociación. Lo que es más significativo de esta primera generación de Códigos de Conducta desde nuestra perspectiva es que a menudo conducían a códigos para accionistas como los Acuerdos Marco Internacionales que desempeñarían un papel importante en la década de los noventa.



Las principales influencias en la internacionalización del trabajo en este período fueron los Secretariados Profesionales Internacionales (SPI) cuyo origen se remontaba al año 1880. Incluían la Federación de Trabajadores del Transporte, la Federación Internacional de Trabajadores del Metal y la Federación Internacional de Organizaciones Sindicales de Trabajadores de la Química, Energía, Minas e Industrias Diversas (ICEM, por sus siglas en inglés). Durante esta fase un número importante de SPI respondían al poder creciente de las multinacionales a través de la formación de Consejos Mundiales de Empresas diseñados para coordinar el fortalecimiento de la cooperación intersindical de determinadas empresas. Esto estaba en el núcleo de la campaña de Levinson de crear un poder a favor del trabajo que contrarrestara la creciente supremacía del capital.

A finales de los años setenta esta campaña se había extinguido pero, como apuntan Stevis y Boswell, “el impacto a más largo plazo fue una apertura de horizontes de estas organizaciones sectoriales que habían permanecido inactivas por mucho tiempo” (Stevis and Boswell 2008:65). Así, fracasó la primera ola de recomposición del trabajo cara a cara ante la reestructuración básica del capital a través de las multinacionales (por razones políticas, prácticas e ideológicas pero también, probablemente, porque era demasiado pronto) pero puso en movimiento la reactivación de los instintos internacionalistas del trabajo y colocó a los Secretariados Profesionales Internacionales en una posición en la que desempeñarían un papel destacado en la siguiente fase.

En la relación con el Sur, la forma dominante de solidaridad internacional era sin duda “política” y se asentaba firmemente en el discurso de la cooperación para el desarrollo. En parte como respuesta a la escasa repercusión



de la perspectiva economicista de la negociación colectiva algunos sindicatos viraron entonces hacia el compromiso activo con asuntos relacionados con el desarrollo global. Esta tarea construyó una campaña sin precedentes de solidaridad con los emergentes sindicatos negros de Sudáfrica desde la década de los setenta en adelante. De acuerdo a un estudio sobre esta campaña, “el cuadro resultante de internacionalismo sindical es incoherente, inconsistente, turbio, y definitivamente, escasamente heroico; sin embargo, aunque el internacionalismo sindical se puede haber distanciado de su base, la clase obrera, nunca estuvo totalmente desconectado” (Southall 1994:167). La ayuda moral y material suministrada por el movimiento laboral internacional a sus contrapartes en Sudáfrica fue de crucial importancia en la lucha contra el apartheid. En términos generales, sin embargo, los sindicatos internacionales se involucraron en la cooperación al desarrollo de acuerdo a las líneas del famoso Informe Brandt (Informe de la Comisión Independiente sobre Problemas Internacionales del Desarrollo, 1981) que era esencialmente sobre pacificar el Sur a favor de la socialdemocracia del Norte.

En el mismo Sur, la Nueva División Internacional del Trabajo había impulsado un masivo proceso de industrialización y había generado una “nueva” clase obrera. Durante este período se formaron multitud de sindicatos independientes en Brasil, Sudáfrica, y Corea del Sur que comenzaron a articular el poder de los trabajadores de forma radical. En particular en la industria automovilística emergió una nueva militancia que tuvo un considerable impacto transnacional, sobre todo en el Sur. Las huelgas que convocaron, bajo regímenes muy autoritarios, movilizaron a grandes sectores de la población. Nació una nueva forma de sindi-

calismo comunitario o movimiento social que en períodos posteriores encontraría su eco en el Norte. Como un analista apuntaba sobre Brasil, “la identificación de la población con la causa de los trabajadores del metal transformó a la ciudad en una enorme red de apoyo en la que la lucha ganó múltiples y variados espacios de solidaridad” (Kowarick 1985:85). Un nuevo modelo de sindicalismo se estaba desarrollando más allá de la impuesta tradición estadounidense del “sindicalismo económico” (*business unionism*) y el “sindicalismo político” autóctono viró hacia una visión más social del trabajo y el papel de los sindicatos. A largo plazo este modelo tendría gran influencia internacional que se visibilizaría a través del Partido de los Trabajadores.

En cualquier consideración retrospectiva de las décadas de los años setenta y ochenta, sin duda la principal característica de la época es la Guerra Fría como división ideológica y material del movimiento sindical internacional.

El movimiento sindical estaba profundamente dividido entre el “Mundo Libre” (Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres), el respaldado por la Unión Soviética (Federación Sindical Mundial), y el mucho más pequeño Confederación Mundial del Trabajo, afín ideológicamente a la Democracia Cristiana (ver Myconas, 2005, para conocer más sobre esta historia). En Europa Occidental, donde la social-democracia tenía la hegemonía en muchos aspectos, la actividad transnacional obrera (por ejemplo en la industria automovilística) era frecuentemente obstaculizada por estas divisiones, así como por el virulento anti-comunismo de la época. Tal y como planteaba un líder de un Secretariado Profesional Internacional, “los primeros años noventa fueron difíciles porque algunos sindicatos de la Europa Occidental estaban determinados a aplastar to-



dos los veteranos sindicatos del Este y señalar con el dedo a cualquiera, de Oriente u Occidente, sospechoso de ser comunista” (entrevista). En América Latina, donde muchos sindicatos estaban alineados con fuerzas nacionalistas y anti-imperialistas, el conflicto con los sindicatos de Occidente estaba aún más agudizado. En esta zona la Federación Americana del Trabajo y el Congreso de Organizaciones Industriales) actuaba como un brazo del Departamento de Estado de los Estados Unidos, y de la CIA. No era exagerado aplicar el término “imperialismo sindical” (ver Thompson y Larson, 1978) a esta etapa de la historia de las organizaciones sindicales.

Desde una perspectiva actual, las décadas de los setenta y ochenta podrían considerarse como un período de transición. El capitalismo a un nivel global empezó a tropezarse con contradicciones estructurales que finalmente desembocarían en la crisis de 2008-2009. De todas formas, al mismo tiempo que la lucha de clases se intensificaba, el capitalismo se preparaba para el gran salto hacia la globalización neoliberal. Los trabajadores y sus sindicatos en el Norte comenzaron un incipiente proceso de organización transnacional. Si bien no desembocó en las negociaciones colectivas transnacionales que muchos esperaban, comenzó la ruptura de sus posturas nacional-estatales. El Sur comenzaba a desempeñar un papel más importante con muchas iniciativas sindicales pioneras en esta zona del mundo. Aunque podríamos cuestionarnos el dualismo de contraponer una condición “objetiva” a respuestas subjetivas, sin duda esta fase de la historia preparó el terreno para una mayor expansión global de la fuerza del trabajo y para una mejor interacción entre sus facciones nacionales y sectoriales.



Todo ello sentó las bases para que el capital diera un gran salto adelante con el fin de superar sus contradicciones inherentes y reforzar su posición cara a cara ante una clase trabajadora en el mundo occidental cada vez menos dispuesta a colaborar y un Sur en abierta sublevación.

EL AUGE Y CAÍDA DE LA GLOBALIZACIÓN (1989-2007)

“Una nueva forma de vida se expande por el planeta afirmando una universalidad que no se había visto desde que el Cristianismo comenzó su trayectoria, sólo que esta vez el movimiento es en su dimensión más material....la verdadera implicación, si el liberalismo económico puede ser asumido de una vez. Solo un *mercado capaz de auto-regularse a escala mundial* (con énfasis) puede asegurar el funcionamiento de este fantástico mecanismo” (Polanyi 2001:136-145).

Una transformación cualitativa en la naturaleza del capitalismo global comenzó a discernirse a lo largo de la década de los noventa. Las corporaciones multinacionales estaban cada vez más desconectadas de la “economía real” y se convirtieron en verdaderas entidades globales. La revolución del transporte y las comunicaciones que se había gestado a lo largo de años setenta y ochenta se extendió rápidamente al comercio y a todas las transacciones económicas. Por supuesto, la abrupta eliminación de economías alternativas de los estados socialistas y el agotamiento del modelo nacional de desarrollo económico en el Sur despejaron el camino para el único verdadero modelo económico de la globalización neoliberal, que se convertiría en el nuevo sentido común de la época.

Mientras el capitalismo en la llamada Edad Dorada tras la II Guerra Mundial era esencialmente nacional, ahora la



transnacionalización de las relaciones económicas, políticas y sociales marcaron el comienzo de una nueva era. Lo que Karl Polanyi había predicho al inicio de este período era que los mecanismos de un mercado no regulado conducirían inevitablemente a la transformación del mundo en “un mercado mundial”. Lo que permitió este giro neoliberal a finales de los años ochenta fue precisamente esto. El capitalismo entró en un período de gran dinamismo, se dio rienda suelta a los “espíritus libres” de los mercados financieros y los tan pregonados logros de los trabajadores occidentales estaban seriamente amenazados. Para Manuel Castells, en un importante tratado sobre economía global, el efecto sobre el trabajo estaba muy claro: “Dividido por la internacionalización de las finanzas y la producción, incapaz de adaptarse a la red empresarial y la individualización del trabajo, y desafiado por la creación de empleo, el movimiento obrero se desvanece como principal fuente de cohesión social y representación de la clase trabajadora” (Castells 1997:354).

Si bien estos retos eran, y son, absolutamente reales, presentaré ahora un análisis que muestra como el movimiento obrero fue capaz de reinventarse y, de hecho, hizo de la adversidad una oportunidad para la revitalización.

En el período posterior a la Guerra Fría las divisiones ideológicas del movimiento internacional sindical comenzaron a perder su lógica. Para el año 2006 se habían dado las circunstancias para la formación de la Confederación Sindical Internacional (CSI). El CSI une centros nacionales de 156 países que, a cambio, están integrados por sindicatos sectoriales con 168 millones de militantes en todo el mundo. Poniendo fin a más de un siglo de divisiones políticas este fue, sin duda, un significativo avance en la respuesta de los sindicatos a la globalización. Por supuesto, aún



existían vestigios de la era comunista con algunos afiliados. Sobre todo, los aproximadamente 150 millones de la fuerte Federación China de Trabajadores (ACFTU, por sus siglas en inglés). A nivel regional el proceso de unificación continuaba a ritmo acelerado, aunque con algunos altibajos a la hora de buscar su posición con respecto a la oficina central. Tal y como afirman Traub-Merz y Eckl, a pesar del movimiento obrero estadounidense yendo en dirección opuesta, la nueva tendencia era la de “superar la fragmentación y recuperar influencia a través de la fuerza organizacional” (Traub-Merz and Eckl 2007:3).

Este período también fue testigo del dramático auge de las Federaciones de Sindicatos (GUFs, por sus siglas en inglés) cuando los antiguos Secretariados Profesionales Internacionales (SPI) se hicieron conocidos a partir del 2002. La antigua denominación “secretariado profesional” ya no resultaba precisa puesto que la línea divisoria entre las diferentes categorías laborales se había difuminado. En un informe de gran alcance sobre las actividades de los SPI/GUFs Heinz Bendt afirmó que estos órganos “son los más importantes oponentes directos de las transnacionales cuando llega la hora de intervenir” (Bendt 2003:34), lo que se deriva lógicamente de la globalización de las actividades de las corporaciones. Admite que los acuerdos colectivos vinculantes en el sentido de los sindicatos tradicionales sigue siendo la excepción hasta hoy. Esta conclusión está apoyada por el descubrimiento de la Fundación Europea para la Mejora de las Condiciones de Vida y Trabajo (2009), que declaró que, “si bien un creciente número de multinacionales han negociado acuerdos marco transnacionales (...) éstos rara vez se refieren a los sueldos o a las horas de trabajo, considerados temas centrales de las negociaciones a nivel



sectorial y empresarial entre países” (EFILWC 2009:21). Sin embargo, hay un significativo incremento, al menos en Europa, desde el año 2000, del número de acuerdos firmados por sindicatos transnacionales, principalmente contra las multinacionales que operan en canales de abastecimiento dirigidas por el productor.

Entre los SPI y los GUFs había una división del trabajo bastante explícita. De acuerdo con sus propias afirmaciones, los SPI “se enfocan en asuntos políticos y en defensa de los derechos de los sindicatos, y representa los intereses de la clase trabajadora dentro de las organizaciones” (SPI 2009). Por otro lado, los GUFs representan a los trabajadores en diferentes sectores económicos (desde la educación hasta la manufactura, desde los servicios públicos a la minería) y su preocupación principal es la de introducir unas mínimas condiciones sociales en las corporaciones multinacionales. De esta forma, podemos distinguir claramente entre el ala política (los SPI) y la económica (GUFs), que es bastante tradicional y, podría decirse, no adecuada para la era de la globalización.

Existe una crítica articulada por Asbjørn Wahl, a saber, que mientras que “es bueno que exista una coordinación entre SPI y las federaciones industriales, el principal problema sigue siendo que ambos están muy alejados de sus militantes” (entrevista). También están muy orientados hacia la política, y no hacia la coordinación de acciones y actividades. Producen un gran número de documentos y declaraciones (bastante moderados), pero no muestran mucho interés en movilizar acciones industriales o iniciar movimientos solidarios. La distancia entre palabras y hechos parece aún mayor a nivel internacional. A un alto nivel se requiere cierta diplomacia y la prolongada relación con el



modelo tripartito de trabajo, patronal y estado mucho después de que ha dejado de funcionar, da buenos resultados a la hora de asumir responsabilidades por la desconexión con un análisis radical y formas bastante tradicionales de acción e inacción.

La tendencia hacia la fusión o al menos hacia la formación de alianzas estratégicas también ha sido evidente al nivel de sindicatos nacionales. Cada vez más sindicatos están estableciendo relaciones bilaterales con organizaciones hermanadas en otros países con el fin de hacer frente a problemas comunes. En la industria naval los sindicatos de los sectores marítimos de Holanda y Reino Unido se unieron en el 2009 constituyendo el sindicato Nautilus Internacional, habiendo ambos reivindicado el salario común dos años antes. En vez de la carrera en espiral descendente en términos de condiciones laborales que se había conducido, ésta cooperación llevó hacia una estabilización de los salarios y las condiciones. Quizá la fusión más radical fue la del mayor sindicato en Reino Unido e Irlanda, Unite, con 1 millón cuatrocientos mil trabajadores, y el sindicato más grande del sector privado en Estados Unidos y Canadá, United Steelworkers (USW), con 850.000 personas afiliadas. La nueva organización se conoce ahora como Workers Uniting (Unión de Trabajadores) y cubre un amplio espectro de sectores incluyendo manufactura, servicios, minas y transportes. Sin duda impulsará una más efectiva coordinación de negociaciones colectivas transnacionales y campañas políticas.

Los Acuerdos Marco Internacionales (IFAs, por sus siglas en inglés) fueron sin duda el principal vehículo para la actividad laboral transnacional durante este período (ver Gallin 2008 para una perspectiva crítica desde los sindicatos). Los



IFA, que tuvieron sus orígenes en los años ochenta, tienen como objetivo garantizar los derechos laborales en toda la cadena de abastecimiento de las multinacionales. Estos derechos básicos incluyen la prohibición de la explotación laboral infantil, la no discriminación en el empleo, mínimas condiciones salariales y horarias así como la libertad de asociación. En algunos casos las multinacionales son obligadas a informar a sus proveedores sobre el IFA. Anteriormente, firmas “socialmente responsables” como Danone fueron elegidas por los promotores de los IFAs, práctica que desde el año 2000 está bastante extendida. Dentro de la UE existen en vigor unos 70 IFAs, y su número continúa en aumento.

Esto apunta al surgimiento de un sistema transnacional para los derechos laborales, aunque no necesariamente para una negociación colectiva como tal. En cualquier caso, en vez de centrarnos en cómo la negociación colectiva transnacional de Levinson aún no se ha materializado, sería más útil señalar con Hammer que “una de las más importantes innovaciones de los IFAs es que permiten a los sindicatos el contacto con la cadena global de abastecimiento, extendiendo el núcleo de los derechos laborales más allá de las fronteras nacionales” (Hammer 2005:525).

Existen, por supuesto, importantes diferencias sectoriales en las modalidades y efectividad de la actividad sindical transnacional. La competición en el núcleo de la globalización neoliberal debilitó seriamente la capacidad organizativa de los sindicatos. Así, los sindicatos han respondido a las subcontrataciones en el extranjero (outsourcing) con el establecimiento de vínculos sindicales a nivel internacional. En sectores como el del transporte existía una larga tradición previa de solidaridad internacional. Así, en el sector naval



la Federación Internacional de Trabajadores del Transporte (ITF, por sus siglas en inglés) representa con muy buenos resultados a sus militantes en todo el mundo fijando los sueldos y organizando campañas contra las llamadas “banderas de conveniencia” (ver Lane 2000). En el sector del transporte aéreo la representación a nivel transnacional no es tan fuerte pero, sin embargo, los sindicatos han protestado por la reestructuración de la agenda de los trabajadores (ver Blyton et al 2001). En la industria automotriz, fueron clave los intentos en los años ochenta por crear redes sindicales a nivel de empresa en cuyo contexto nacerían los Consejos Mundiales de Trabajadores; estos espacios permitían a los trabajadores compartir información entre ellos/as, y con las patronales de todo el mundo. Pero como apunta Anner, “los vínculos entre sindicalistas de diferentes empresas no son lo suficientemente fuertes como para sacar los salarios de la competición a escala industrial” (Anner et al 2006:15).

Por muy desigual que haya sido el proceso de internacionalización, los/las sindicalistas, desde el año 2000, se cuestionan cada vez más el control sin rienda del capital sobre los mercados de trabajo. Podemos observar esto en algunas ramas de la industria (por ejemplo, en los puertos, Turnbull 2006) o en determinadas áreas del mundo (como Centroamérica, según el estudio de Rodríguez Garavito 2005, y Kay 2005) pero también en el surgimiento de múltiples informes sobre el “revival” del movimiento internacional obrero desde el año 2000 (ver, por ejemplo, Waddington 1999, Jose 2002, y Bronfenbrenner 2007) que describen una plétora de iniciativas de los sindicatos a nivel internacional, tanto oficiales como desde la base.

Sin duda desde el año 2000 la actividad sindical internacional tuvo considerable importancia y alcanzó niveles



sólo soñados en la década de los setenta. La comunicación transnacional y el trabajo en red es más sencillo y muchos de los obstáculos políticos se han superado. Pero puede decirse que esta necesidad de internacionalismo también ha cambiado. Según Asbjørn Wahl “tras treinta años de desregulación neoliberal, la coordinación internacional es un imperativo” (entrevista). En un amplio espectro de asuntos, ahora incluso las luchas en apariencia más locales necesitan adoptar una óptica global. De hecho, se podría argüir que hay un nuevo terreno local-nacional que no necesariamente atraviesa el nivel nacional. Las luchas locales pueden convertirse directamente en una serie transnacional de acciones.

Fairbrother y Hammer se han referido al reciente surgimiento de una “forma polifacética de sindicalismo” con diferentes niveles trabajando para lograr el reconocimiento y el impacto en sectores y regiones a escala internacional” (Fairbrother y Hammer 2005:418). También podríamos pensar en este sindicalismo más complejo como una respuesta a la globalización a múltiples niveles que ha tenido un impacto en la clase trabajadora a nivel local, nacional, regional y transnacional. Por supuesto, es discutible si el movimiento sindical internacional ha superado por completo los obstáculos estructurales y políticos para alcanzar la solidaridad internacional obrera. Según Moody escribía a mediados de los noventa, “a todos los niveles el movimiento obrero internacional no parece dar una respuesta adecuada a los cambios que se están produciendo en la internacionalización de la economía y en los lugares de trabajo de todo el mundo” (Moody 1997:247).

Con todos los Secretariados Profesionales eliminados del lugar de trabajo sus campañas de solidaridad parecían



alejadas de los militantes de base. Con la mayoría de los sindicatos nacionales aún comprometidos con el desfasado concepto de “asociación” (partnership) internacional, la solidaridad quedó reducida a un ritual. Para Moody, la única alternativa (aprendiendo de los debates en el Sur a lo largo de la década de los ochenta) era un movimiento social sindical que maximizara el poder de la clase trabajadora adoptando “la diversidad de la clase trabajadora con el fin de superar su fragmentación” (Moody 1997:290). Esta perspectiva reconoce el rol social del movimiento obrero y los sindicatos, que habían estado demasiado tiempo confinados a su dimensión política y económica. Sin embargo, sería un desafío tomar esta perspectiva que desempeñó un papel importante en la lucha contra los regímenes autoritarios del Sur construyendo un sindicalismo comunitario y ampliándolo a escala global.

En fin, quizá la globalización abrió tantas puertas al movimiento obrero como cerró. El neoliberalismo como estrategia dominante de acumulación del capital por supuesto representaba una ofensiva contra los trabajadores y las organizaciones que los representaban. Pero en términos generales, el movimiento obrero recuperó buena parte de su capacidad organizativa durante este período. Al final, las inherentes contradicciones del capitalismo habían resurgido con ganas tras la gran burbuja de especulación financiera que dominó su fase final. La crisis capitalista empezó a desvelarse en el 2007, pero alcanzó su punto más crítico en septiembre de 2008 cuando un número importante de bancos quebraron. Sencillamente, desapareció la confianza en el mecanismo básico de intermediación financiera que apuntala al sistema capitalista. Los gobiernos de todo el mundo se vieron obligados a garantizar el rescate de los



bancos mediante urgentes programas de estímulo económico. Estaba claro que el “nuevo modelo económico” que había sacado al mundo del estancamiento y la inflación en los años setenta, ya no era válido.

La arquitectura del sistema financiero global estaba ahora siendo abiertamente cuestionada. ¿Pero serían los/as trabajadores/as del mundo y sus órganos de representación, como los sindicatos, capaces de articular un sistema económico viable y creíble?

Cuando las restricciones crediticias del capitalismo se convirtieron en una recesión global en el año 2008 (ver Wade 2009 y Peck et al 2009 para una visión crítica) el movimiento sindical reaccionó primero desconcertado, como muchos otros sectores en la sociedad. El fantasma del *crack* del 29 estaba en las mentes de todas las personas. A principios del 2009 existía al menos un análisis más claro y una alternativa creíble presentada por los sindicatos, aunque no fuera llevada a la práctica debido al escaso poder social para impulsarla. La Declaración Sindical ante la Cumbre del G20 en Londres en abril del 2009 partía de la premisa de que no habría vuelta a la “normalidad”; “La crisis debe marcar el final de una ideología basada en mercados financieros descontrolados, donde la regulación automática se ha probado fraudulenta y la avaricia ha anulado todo juicio racional en detrimento de una economía real”. Sería necesario reformular la dirección de la actual economía global poniendo en primer plano los asuntos sociales y medioambientales.

Cualesquiera los medios para implementar este programa alternativo- un “revival” de las estructuras tripartitas de la post-guerra implicando a gobiernos, capital y sindicatos- parecería un anacronismo en vista del colapso de este



modelo en los años noventa y sus inherentes limitaciones incluso en el Norte, donde este modelo se había arraigado.

¿REGRESO AL FUTURO? (2008-?)

En el año 1863, los “trabajadores de Inglaterra” se dirigieron a sus homólogos franceses. Al año siguiente, nació la Primera Internacional fundando formalmente la historia del internacionalismo del proletariado. Durante este período el internacionalismo obrero estaba en el mismo núcleo del internacionalismo socialista. Los artesanos de este período eran los principales titulares del internacionalismo en ideología y práctica. Esto se producía en el entorno de Europa Occidental, con Londres en la cabecilla de muchas de las iniciativas. Era un internacionalismo que no excluía la solidaridad con el nacionalismo de pueblos oprimidos como el irlandés o el polaco. La emigración era una forma natural de movilidad laboral y la xenofobia era poco común entre los trabajadores. Podría ser caracterizada como una fase pre-nacional (Van der Linden 2003), aunque desde 1870 hasta fin del siglo vimos el declive de este viejo internacionalismo mientras la incorporación nacional de la clase obrera avanzaba a gran velocidad.

La clase obrera no nació en grandes fábricas, ni fue el proletariado industrial como tal el pionero del internacionalismo obrero. Más bien fue el “jornalero” (procedente del francés, *journée*, que significa día) definido como trabajador manual o artesano que ha sido aprendiz de un maestro, y no ha llegado a convertirse él mismo en capataz o maestro. Estos jornaleros, trabajadores ambulantes, desempeñaron un papel fundamental en el desarrollo del internacionalismo. Como resultado de su patrón de migración, desarrollaron una clara comprensión del sistema capitalista emergente.



Así, Gerd Callesen señalaba que esta experiencia de las contradicciones entre trabajo y capital significaba que “Marx y Engels fueron capaces de formular la experiencia internacional de trabajadores dentro de una teoría coherente reconocible para estos grupos” (Callensen 2002:3). Esto supuso un problema tal que muchos grupos dominantes trataron de limitar la migración transnacional. Este proceso alcanzó su punto álgido en 1870, y de ahí en adelante prevaleció un camino más institucional con la creación del Congreso de Sindicatos Británicos en 1868 seguido por la mayoría de los países europeos que tenían organizaciones sindicales punteras al final del siglo. De similar manera, los Secretariados Profesionales Internacionales comenzaron a surgir después de 1890, siendo creados 17 a finales del siglo XIX. El movimiento obrero se estaba convirtiendo entonces en un movimiento de masas y el nivel de organización creado requería, quizás inevitablemente, una permanente burocracia. Mientras el movimiento obrero alcanzaba la mayoría de edad, aumentando su influencia hacia el año 1914, el internacionalismo espontáneo era ya parte del pasado.

Así, si el internacionalismo obrero se convirtió en primer lugar en un factor significativo en la fase pre-nacional... ¿cuáles son sus perspectivas hoy, en lo que podríamos llamar la fase post-nacional de la historia global? Mirando hacia el futuro de los sindicatos en un momento en que atraviesan una profunda crisis, ¿podemos proponer una estrategia de “Regreso al futuro” con el internacionalismo en su filosofía de acción? Richard Hyman ha afirmado que “Los sindicatos en el siglo XXI afrontan antiguos dilemas, pero con nuevas formas” (Hyman 2002:10). De acuerdo con Hyman, algunas de las principales características de los sindicatos en el pasado era que estaban contruidos principalmente en solida-



ridades pre-existentes y en una identidad colectiva anterior al capitalismo (hoy los sindicatos necesitarían construir una identidad colectiva, no previamente dada ni pre-capitalista, por supuesto); cuando pasaban de movimientos de la oposición a alcanzar la aceptación, había siempre una tensión entre sus grandes objetivos de transformación social y su representación de sectores relativamente privilegiados (este dilema aún existe hoy, cuando se acusa a los sindicatos de representar a la “aristocracia obrera” comparada con la clase obrera más empobrecida de la mayor parte del mundo); muchos tenían su base en relaciones laborales estándar a jornada completa donde había “fibra” industrial (este es el caso en muchas ocasiones aunque muchos sindicatos aceptan la necesidad de organizar capas más amplias de la clase obrera); se consideraba que representaban a la mayoría incluso cuando excluían a las mujeres y categorías laborales más precarias (probablemente no es el caso hoy ya que la gran mayoría de los sindicatos se consideran lejanos y escasamente representativos de las mayorías populares); mientras los sindicatos promulgaban el internacionalismo estaban incrustados en sociedades nacionales y de ello derivaba su eficacia (las cosas son distintas ahora, y todos los sindicatos necesitan tener una perspectiva y estrategia internacionales si quieren ser efectivos) (Hyman 2002:7-8). Al planear estrategias sindicales alternativas para superar el difícil período de los años ochenta y noventa, se ha generado extensa literatura sobre la revitalización de los sindicatos (ver Frege y Kelly, eds, 2004).

Si bien la mejora de los condicionantes externos no conduce automáticamente a la revitalización, sí que crean las condiciones para que esto suceda. Normalmente los sindicatos reaccionan con considerable retraso a las crisis.



Por eso no es sorprendente que haya tomado una década que los sindicatos respondan de forma decisiva a los perniciosos efectos del neoliberalismo, adaptando su misión y estructura. Frege y Kelly enumeran una serie de formas a través de las que los sindicatos han emprendido la urgente tarea de su revitalización. Esto incluye la organización de los sindicatos para la recuperación de militantes; ampliar la agenda de negociación colectiva para aumentar la efectividad sindical; acciones para incrementar el poder político de los sindicatos; reestructuración a través de fusiones y vínculos entre confederaciones; creación de alianzas con la sociedad civil; y, finalmente, reconstrucción de formas de acción sindical internacional (Frege y Kelly 2004:33-35). Esta estrategia para la revitalización sindical no es muy distinta de la desarrollada por los movimientos sociales en el Sur en la década de los ochenta. Esto puede considerarse como un impacto de la globalización, y el final de la concepción del movimiento obrero internacional como un simple añadido nostálgico.

En general, los sindicatos que en el pasado eran bastante tradicionales o conservadores, están adoptando estrategias innovadoras. El Sindicato de Transportistas de Estados Unidos ha pasado de ser a mediados de los noventa el arquetipo del sindicalismo económico a convertirse en un sindicato de orientación social (ver Teamsters 2010). La Federación de Sindicatos Holandeses (Federatie Nederlandse Vakbeweging) ha lanzado un llamamiento muy explícito a la renovación sindical dada “la crisis en el movimiento sindical” (Kloosterboer 2007). Hay un nuevo énfasis en la investigación de estrategias (ver Juravich 2007) y en la renovación de antiguos compromisos con la educación de los trabajadores (ver Croucher y Cotton 2009). Los sindicatos



están respondiendo a la disminución de la densidad con campañas de captación de militantes en sectores no tradicionales. Y, por encima de todo, como apuntan los sindicatos holandeses; “Cada vez más sindicatos son conscientes de la importancia del sindicalismo internacional en un entorno de globalización del capital, no solo por solidaridad con trabajadores de otros países, si no como necesidad estratégica”. (Kloosterboer 2007:51). Yo llamaría a esto la integración de la solidaridad laboral internacional, y es uno de los más importantes pasos adelante.

Mi argumento aquí, como he desarrollado previamente (Munck 2002), es que nos enfrentamos ahora a una nueva forma de internacionalismo (ver también Howard 2007 y Lerner 2007). La era de la globalización ha creado un novedoso y complejo terreno para el internacionalismo obrero, donde los niveles local, regional y global interactúan y donde los niveles de comunidad, consumo y producción están presentes. Existe ahora una cada vez más extensa literatura que se centra en las dimensiones espaciales de la las luchas obreras (ver Waterman y Wills 2001, Webster et al 2008, Mc Grath et al 2010), y ya no nos podemos permitir ignorar la compleja interacción de la dimensión espacial de la actividad obrera, mucho menos cuando es a nivel internacional, una vez contemplada como un campo separado de los niveles nacional o local, más alto o más bajo jerárquicamente en función de la postura política de cada cual. De similar manera, las campañas de boicot de productos de consumo de los ochenta y de los noventa están inspiradas en el análisis del movimiento sindical, reivindicando formas más tradicionales de lucha obrera en vez de agotar toda la energía en campañas para los consumidores de gran visibilidad (ver Frank 2003, Seidman 2008).

Los sindicatos están desarrollando nuevas estrategias para tender un puente entre los abstractos estándares globales y los problemas a nivel local. La globalización ha minado la estrategia de unión nacional y la eliminación de costos laborales como un factor en competición. Mientras que los obstáculos para la solidaridad sindical internacional son inmensos, no menos los recursos que se requieren, deberíamos reconocer el evidente potencial. Como Brecher cita; “Los sindicatos han intentado, con diversos niveles de éxito, utilizar la solidaridad internacional en luchas particulares. Construir un movimiento obrero global requiere algo más; un enfoque proactivo diseñado para hacer que la comunicación internacional y la cooperación sean parte de la práctica diaria de la acción sindical a todos los niveles, local, nacional, e internacional” (Brecher et al 2006:17).

Por supuesto, hay muchos analistas que rechazan como ilusorio este análisis relativamente positivo de las actuales perspectivas del movimiento obrero internacional. Así, por ejemplo, Stuart Hodgkinson desarrolla un estudio detallado de la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres (ICFTU, por sus siglas en inglés) desde el año 1996 hasta el 2002, y concluye que la nueva orientación simbólica de ICFTU de crear alianzas y movilizar a los/las militantes es principalmente una maniobra estratégica para sobrellevar esta debilidad tanto en los espacios de poder internacionales como en los foros radicales del “movimiento de justicia global” (Hodgkinson 2005:37).

Sin duda algunos estrategias del movimiento oficial se sintieron presionados por la globalización tanto desde arriba como desde abajo, pero no podemos descartar un cambio genuino. En este sentido Peter Waterman enumera las características clave del “nuevo internacionalismo



obrero”- debe darse a nivel de las bases, superar los modelos burocráticos de organización, ir más allá de las declaraciones verbales y del modelo asistencial, basarse en las necesidades expresadas por la clase trabajadora común, superar la dependencia económica, etc. (Waterman 1986) – y entonces, no es sorprendente, el sindicalismo oficial esquivaba las deficiencias del internacionalismo. La crítica de las prácticas sindicales transnacionales actualmente existentes podría realizarse en términos de las eternas críticas de reformismo dentro del movimiento obrero. Por supuesto que la burocratización es un problema para los sindicatos. Ciertamente que los líderes sindicales con frecuencia parecen más preocupados en mantener su respetabilidad con el estado que en dirigir. Pero hemos de reconocer el gran paso representado por John Sweeney de la Federación Americana del Trabajo-Congreso de Organizaciones Industriales (AFL-CIO) reivindicando en Davos en el 2001 “un nuevo amanecer” y declarando que “Este movimiento por un nuevo internacionalismo se está construyendo desde los cimientos, no de arriba hacia abajo...su espacio natural es la plaza pública, no la sala de juntas” (AFL-CIO:2001).

La apertura de los líderes sindicales a los nuevos movimientos sociales al menos desde Seattle en 1999 es solo uno de los síntomas de este nuevo espíritu. Quizás, como Dan Gallin apunta, la división Norte/Sur y otros asuntos importantes “sólo pueden resolverse si (el movimiento obrero) se desespera lo suficiente como para democratizarse y radicalizarse de manera importante” (entrevista). Aunque irregular, parcial y dubitativo, parece que este proceso ha comenzado y ha confundido a los críticos de la izquierda.

El futuro del internacionalismo obrero no depende de si los analistas somos optimistas o pesimistas. Es importante

reconocer los importantes cambios que se han producido a lo largo de los últimos veinte años, en que el movimiento sindical ha reconstruido parte de la estructura que había sido minada por el neoliberalismo. Si el movimiento sindical está ahora alcanzando la larga campaña de internacionalización del capital (conocida como globalización), ahora es el turno del movimiento de globalizarse. Estoy de acuerdo con Peter Evans, para quien “Nuevas orientaciones por parte de los sindicatos, como la concatenación de diversas formas de organización, son aún incipientes en términos de su capacidad para contrarrestar la ofensiva del capital global y sus aliados políticos. Sin embargo, la gradual acumulación de experiencia y construcción institucional, y el continuo surgimiento de nuevos e innovadores casos apuntan hacia un incremento de la movilización transnacional obrera” (Evans 2010: 367)

CONCLUSIÓN

En conclusión, destacaré tres cuestiones aparentemente sencillas; quiénes son hoy los sujetos de la actividad sindical, qué temas se abordan principalmente y, para terminar, cuál puede ser la mejor forma de tratarlos. La clase obrera de la globalización es muy diferente de la de la post-II Guerra Mundial. Está más fragmentada y la “norma” de tiempo completo y empleo permanente ha pasado a ser la excepción. La fuerza de trabajo está más feminizada y la informalización/flexibilización ha destruido todo vestigio de estabilidad. La entrada masiva de trabajadores procedentes de China o de la India en la fuerza de trabajo global han alterado totalmente las dimensiones Norte/Sur tal como las conocíamos. Aunque aún no está claro el papel que desempeñarán estos dos movimientos laborales (ver Bowles y Ha-

riess 2010) lo cierto es que se han modificado los términos de referencia para la pregunta “¿Quién es la clase trabajadora?”. En Occidente, al marchitarse el estado de bienestar y ser socavado el marco de negociación nacional por la globalización, se ha producido una grave descomposición del movimiento obrero. Los sindicatos ahora vuelven sus miradas hacia las contrataciones “no tradicionales” y han ampliado su visión de la esfera económica a la política y al ámbito social de la actividad obrera.

La principal tarea a la que ahora debe hacer frente el movimiento obrero internacional es la (re)regulación del capital global tras un período de actividad desenfrenada. Esto puede tener lugar a un nivel de gobierno global donde los SPI están presionando, junto con otros actores, por la (re)regulación financiera tras el *crack* de 2008-2009. También sucede a nivel empresarial con los IFA (Acuerdos Marco Internacionales) antes mencionados. Esto será un avance positivo para la cooperación sindical, si, como apuntan Stevis y Boswell, “los acuerdos no fragmentan a los trabajadores en torno a líneas empresariales y refuerzan, en vez de debilitar, la organización global sindical” (Stevis y Boswell 2008 :132). Deben ser juzgados en base a si han contribuido a la recomposición del movimiento producida como consecuencia de la globalización neoliberal. Una tarea a largo plazo es la construcción de un movimiento social sindical que una a los trabajadores en el lugar de producción con la sociedad a un nivel más amplio. Estas tareas son necesariamente multi-escalas y ahí está el principal desafío. Según Amanda Tattersall “La campaña multi-escala es la principal dificultad para lograr alianzas globales, desde lo local a lo global, precisa de recursos, y un compromiso local significativo requiere acciones locales importantes que constituyen un desafío” (Tattersall 2007:17).

Para Haworth y Hughes “La internacionalización de la negociación colectiva debía ser el antídoto para la internacionalización del capital. Esto no ha sucedido” (Haworth y Hughes 2002:79). La visión de Levinson en la década de los setenta de los sindicatos como un poder que contrarrestaría al del capital es hoy inapropiado debido a la profunda informalización del trabajo que ha tenido lugar bajo la globalización neoliberal. Solo un movimiento con una base mayor es adecuado a los nuevos desafíos planteados por la globalización. Los trabajadores encuentran cada vez más difícil “mejorar sus condiciones laborales y de vida solo a través de organizaciones locales con objetivos nacionales” (Anner 2006:85.) Esta tarea solo puede lograrse operando a nivel global desde la comprensión de la acumulación del capital a escala global. Existe un gran número de movimientos sociales que protestan contra el sistema capitalista dominante. Las clases trabajadoras globales serán un componente clave de ese “movimiento de movimientos” articulando una estrategia multi-escalas que una a la fuerza de trabajo hoy aumentada, y al mismo tiempo mucho más fragmentada, producto de la globalización.

REFERENCIAS:

Anderson, P. (1977) ‘*The limits and possibilities of trade union action*’ in Clarke, T. and Clements, L. (eds.) *Trade Unions under Capitalism*, Fontana, London, pp 333-340.

Anderson, P. (2002) ‘*Internationalism: a breviary*’ *New Left Review* 14:5-25.

Anner, M. (2006) ‘*The paradox of labour transnationalism: trade union campaigns for labour standards in international agreements*’ in Phelan, C. (ed.) *The Future of Organised Labour. Global Perspectives*, Peter Lang, Berne, pp 63-90.

Anner, M., Greer, I., Hauptmeier, M., Lillie, N. and Wineherler, N. (2006) *'The industrial determinants of transnational solidarity: global interunion politics in three sectors'* European Journal of Industrial Relations, 12/1:7-27.

Bendt, H. (2003) Worldwide Solidarity - the activities of the global unions in the era of globalization, Friedrich Ebert Stiftung, Bonn.

Blyton, P. Lucio M., M. Mc Gurk, J. and Turnbull, P. (2001) *'Globalization and trade union strategy: Industrial restructuring and human resource management in the international civil aviation industry'* The International Journal of Human Resource Management, 12/3, pp445-463.

Bowles, P. and Harriss, J. (ed) (2010) *'Special Issue on Globalization(s) and Labour in China and India'* Global Labour Journal < www.digitalcommons.mcmaster.ca/global labour > .

Brecher, J., Costello, T. and Smith, B. (2006) *'International Labor Solidarity: The New Frontier'* New Labor Forum, 15/1 pp9-18.

Bronfenbrenner, K. (ed) (2007) *Global Unions Challenges Transnational Capital Through Cross-Border Campaigns*, Cornell University Press, New York.

Callesen, G. (2002) *'Aspects of internationalism at the turn of the 19th/20th century'* (mimeo).

Castells, M. (1997) *'The Information Age Vol II: The Power of Identity'*, Blackwell, Oxford.

Clawson, D. (2003) *'The Next Upsurge, Labour and the New Social Movements'*, ILR Press, London.

Croucher, R., and Cotton, E. (2009) *'Global Unions, Global Business: Global Union Federations and International Business'*, Middlesex University Press, London.

Dunning, J. (2000) *'The New Geography of Foreign Direct Investment'* in N. Woods (ed) *The Political Economy of Globalisation*, Macmillans, Houndmills, pp 20-53.

Emmanuel, A. (1970) *'The Delusions of Internationalism'* Monthly Review XXII, 2.

European Foundation for the Improvement of living and Working Condition (2009). *'Multinational Companies and Collective Bargaining'*. Dublin, EFILWC

Evans, P. (2010) *'Is it Labour's Turn to Globalise? Twenty first Century opportunities and Strategic Responses'*, Global Labour Journal, 1/3, pp 352 – 379.

Fairbrother, P., and Hammer, N. (2005) *'Global Unions: Past Efforts and Future Prospects'*, Relations Industrielle /Industrial Relations 60/3, pp 405-31.

Frege, C., and Kelly, J. (eds) (2004) *'Varieties of Unionism: Strategies for Union Revitalization in a Globalizing Economy'*, Oxford University Press, Oxford.

Froebel, F., Heinrichs, J., and Krey, O. (1981) *'The New International Division of Labour'*, Cambridge University Press, Cambridge.

Gallin, D. (2008) *'International Framework Agreements: A Reassessment'* in K. Papadakis (ed) *Cross-Border Social Dialogue and Agreements: An Emerging Global International Relations Framework*, Geneva, ILO, pp 15 – 42.

Global Unions London Declaration (2009), 'http://www.ituc-csi.org/IMG/pdf/No_16_-_G20_London_Declaration_FINAL.pdf'

Hammer, N. (2005) *'International Framework Agreements: global industrial relations between rights and bargaining'*, Transfer 11/4 pp511-30.

Harrod, J., and O'Brien, R. (eds) (2002) *'Global Unions? Theory and strategies of organized labour in the global political economy'*, Routledge, London.

Haworth, H., and Hughes, S. (2002) *'Internationalisation, industrial relations theory and international relations'* in J. Harrod and R. O'Brien (eds), *Global Unions? Theory and strategies of organized labour in the global political economy*, Routledge, London, pp 64-80.

Hirst, P., and Thompson, G. (1996) *'Globalisation in Question'*, Polity Press, Cambridge.

Hodkinson, S. (2005) *'Is there a New Trade Union Internationalism? The International Confederation of Free Trade Unions Response to Globalization'*, 1996-2002', Labour, Capital and Society, 38 1/2 pp37-65.

Hyman, R. (2002) *'The Future of Unions'*, Just Labour, 1: 7-15.

Hyman, R. (2005) *'The International Labour Movement on the Threshold of Two Centuries. Agitation, Organisation, Bureaucracy, Diplomacy'*, Labor History 42/2 pp137-54.

ICEM (1999) *'Facing Global Power: Strategies for Global Unionism'*, ICEM, Durban.

Jose, A.V. (ed) (2002) *'Organised Labour in the 21st Century'*, International Institute for Labour Studies, Geneva.

Juravich, T. (2007) *'Beating Global Capital: A Framework and Method for Union Strategic Corporate Research and Campaigns'* in K. Bronfenbrenner (ed) *Global Unions, Challenging transnational capital through cross-border campaigns*, ILR Press, Ithaca.

Kloosterboer, D. (2007) *'Innovative trade union strategies'*, Utrecht, FNV.

Kowarick, L. (1985) *'The Pathways to Encounter: Reflections on the Social Struggle in São Paulo'* in D. Slater (ed), *New Social Movements and the State in Latin America*, CEDLA, Amsterdam.

Lane, T. (2001) *'The Global Seafarers Labour Market: Problems and Solutions'*, Cardiff, Seafarers International Research Centre.

Levinson, C. (1972) *'International Trade Unionism'*, Allen and Unwin, London.

Linden, M. van der (2003) *'Transnational Labour History, Explorations'*, Ashgate, Aldershot.

Linden, M. van der (ed) (2000) *'The International Confederation of Free Trade Unions'*, Peter Lang, Bern.

Mason, P. (2007) *'Live Working or Die Fighting. How the Working Class Went Global'*, Harvester, London.

Moody, K. (1997) *'Workers in a Lean World. Unions in the International Economy'*, Verso, London.

Munck, R. (1998) *'The New International Labour Studies'*, Zed Books, London

Munck, R. (2002) *'Globalisaton and Labour The new 'Great Transfomation'*, Zed Books, London

Myconas, G. (2006) *'The Globalizations of Organized Labour: 1945- 2004'*, Palgrave Macmillan, London

Nairn, T. (1997) *'Internationalism: A Critique in Faces of Nationalism'*, Janus Revisited, Verso, London.

Nash, B. (ed) (1998) *'Globalizing Solidarity: Praxis and the International Labor Movement,'* Journal of World Systems Research 4:1 (winter).

Northrup, H. (1978) *'Why Multinational Bargaining Neither Exists nor is Desirable'*, Labor Law Journal.

Olle, W., and Scholler, W. (1984) *'World Market Competition and Restrictions Upon International Trade Union Policies'*, Capital and Class, pp 56-75.

Peck, J. N. Theodore and N. Brenner (2009) *'Postneoliberalism and Its Malcontents'*, Antipode, Vol 41, No.1, pp 94-116.

Phelan, C. (ed) (2006) *'The Future of Organised labour: Global Perspectives'*, Peter Lang, Oxford.

Polanyi, K. (2001) *'The Great Transformation. The Political and Economic Origins of our Times'*, Beacon Press, Boston.

Ramsay, H. (1999) *'In search of International Union Theory'* in J. Waddington (ed) *Globalization and Patterns of Labour Resistance*, Mansell, London, pp 192-220.

Seidman, G. (2007) *'Beyond the Boycott: Labor Rights, Human Rights and Transnational Activism'*, Cambridge University Press, Cambridge.

Silver, B. (2003) *'Forces of Labour. Worker's Movements and Globalisation Since 1870'*, Cambridge University Press, Cambridge.

Stavis, D., and Boswell, T. (2008) *'Globalizaton and Labour. Democratizing Global Governance'*, Lanham, Rowland and Littlefield Publishers, Lanham.

Tattersall, A. (2007) *Labor-Community Coalitions, Global Union Alliances, and the Potential of SEIU's Global Partnership* in K. Bronfenbrenner (ed) (2007) *Global Unions Challenges Transitional Capital Through Cross-Border Campaigns*, Cornell University Press, New York, pp 155-173.

'Teamsters Union' (2010) *Global Solidarity*, <http://www.teamster.org/content/teamster-partners-around-world>.

Thompson, D., and Larson, R. (1978) *Where Were You, Brother? An account of trade union imperialism*, War on Want, London.

TIE (Transnational Information Exchange) (1985) *Meeting the Corporate Challenge: a handbook on corporate campaigns*, TIE, Amsterdam.

Traub-Merz, R., and Ecklin, J. (2007) *International Trade Union Movement: Mergers and Contradictions*, Friedrich Ebert Stiftung Briefing Paper No 1.

Wade, R. (2009) *From global imbalances to global reorganisations* Cambridge Journal of Economics, 33, pp 539-562.

Waddington, J. (ed) (1999) *Globalisation and Patterns of Labour Resistance*, Mansell, London.

Waterman, P. (ed) (1986) *For a New Labour Internationalism*, ILERI, The Hague.

Waterman, P. (1999) *Globalization, Social Movements and the new Internationalisms* Mansell, London.

Waterman, P., and Wills, J. (ed) (2001) *Place, Space and the New Labour Internationalisms* Blackwell, Oxford.

Webster, E., Lambert R., and Bezuidenhout A. (2008) *Grounding Globalisation Labour in the Age of Insecurity*, Blackwell, Oxford.





¿Quién es la clase
trabajadora?

3. GLOBALIZACIÓN Y EL MOVIMIENTO OBRERO: DESAFÍOS Y RESPUESTAS

RESUMEN

Hace una década muchos estrategas y analistas del movimiento obrero probablemente habían pensado (que no necesariamente expresaron en voz alta) que estaban siendo testigos del principio del fin del trabajo organizado como una fuerza política principal. “No hay alternativa” era no solo el eslogan triunfalista de la derecha política si no un sentimiento palpable en todo el espectro político. Pero con el cambio de siglo la actitud general también experimentó un giro y el movimiento obrero recuperó terreno tras las violentas arremetidas neoliberales.

Quizá estábamos realmente en el “final del comienzo” de una nueva era en la que los/las trabajadores/as y sus organizaciones empezarían a tener un verdadero impacto en el nuevo orden global que han ayudado a crear a través de su trabajo... Esta es, en cualquier caso, la premisa de este artículo. No se trata, sin embargo, de una visión declaratoria, si no que busca presentar una evaluación realista de los desafíos de la globalización y las posibles respuestas por parte del movimiento obrero. Dichos desafíos son muchos; desde la informalización de las migraciones internacionales, hasta la consolidación de malas prácticas en el ámbito laboral en un intento sostenido del capital de hacer que los/las trabajadores del mundo paguen por el colapso del modelo de globalización neoliberal del 2008.

Puede decirse que es el momento de una evaluación en profundidad de dónde se encuentra el movimiento obrero global en términos de un contraataque o, quizás, en términos de ofrecer una visión alternativa de la humanidad.

INTRODUCCIÓN

‘Sesudos sindicalistas han llegado a reconocer que jugar seguro es la estrategia más arriesgada. El presente o bien es el final del principio, o el principio del fin’. (Hyman 2004: 23)

Si retrocedemos un siglo veríamos un movimiento sindical siendo creado como parte de la formación de la clase obrera nacional (ver Van Der Linden 2003). La industrialización, urbanización y sindicalización vinieron de la mano. Y todo sucedió en el marco de los claros parámetros del existente, o en formación, estado-nación.

En los países industrializados la formación de un movimiento sindical era inseparable de la integración nacional y social de la clase trabajadora. En el mundo colonial la creación de una clase obrera era inseparable del desarrollo de un movimiento nacionalista anti-colonial. A partir del comienzo del ciclo de grandes revoluciones, desde la Rusia de 1917 hasta la China de 1945, el movimiento obrero estaba inevitablemente ligado a la fortuna de la “madre patria socialista” luchando contra un hostil entorno imperialista.

Así, desde 1870 hasta 1970, los/las trabajadores/as se organizaron en el marco de estados nación (sindicatos) establecidos dentro de estos parámetros y dirigieron sus quejas hacia ese estado nación visto como el árbitro de una lucha de clase predominantemente nacional sobre la distribución de la riqueza. Lo que comenzó a ocurrir en el último cuarto de siglo XX fue la ruptura del modelo económico basado en el estado nación dominante que dió lugar a lo que ahora conocemos como globalización.

La internacionalización económica había surgido previamente (1870-1914) pero esta vez su impulso parecía imparable. La amenaza potencial de un orden social y político



alternativo se había evaporado con la caída del Muro de Berlín en 1989. La década de los 90 fue un período de fácil globalización: las corporaciones, las organizaciones económicas internacionales y los estados nación dominantes allanaron el camino para nuevo orden “amigo del mercado”. Los sindicatos orientados hacia los estados nación se encontraron con que el centro de gravedad se había desplazado a otra parte.

En la década de los setenta había habido movimientos esporádicos hacia el internacionalismo obrero en diversos sectores pero ahora se hacía obligada una mirada global. De forma gradual, el movimiento obrero se fue dando cuenta de que los antiguos acuerdos corporativos y partenariados con empleados ya no eran un mecanismo viable para defender, mucho menos para avanzar, en los intereses de la clase trabajadora. Es reconocido que históricamente a los movimientos obreros les ha llevado una década responder a los patrones de cambio de la acumulación de capital y de las estrategias patronales (ver Arrighi 1996).

Lo que hemos empezado a observar a partir del año 2000 es un claro reconocimiento por parte del movimiento sindical internacional de que la globalización es un nuevo paradigma que exige nuevas estrategias, tácticas, y modalidades organizacionales. En 1997 la Confederación Internacional de Sindicatos había declarado que la globalización representaba “el principal desafío para los sindicatos en el siglo XXI” (ICFTU 1997). Si la creación de una economía mundial estaba produciendo una fuerza de trabajo mundial, entonces los sindicatos mundiales (globales) podrían considerarse un paso lógico en la evolución de los acontecimientos. Pero el poder global económico no necesariamente requiere un movimiento social de oposición global y



simétrico. La Confederación de Sindicatos de Holanda captó adecuadamente el nuevo clima cuando declaró que “el movimiento sindical debe reinventarse a sí mismo si quiere ser capaz de hacer frente a los desafíos del siglo XXI” (Kloosterboer 2007: 1). Esto implica acción local, nacional e internacional, organización básica y compromiso en la lucha de ideas. Nuestra tarea colectiva es valorar los logros y limitaciones de esta compleja y difícil tarea, especialmente con la demostración del fracaso del modelo financiero neoliberal, basado en el libre mercado, tras la crisis financiera de 2008.

Mientras subrayamos desafíos muy serios, también sugerimos que estamos ahora “al final del comienzo” de una nueva era cuando el movimiento obrero está finalmente preparado para afrontar la era de la globalización.

DESAFÍOS

En los años noventa se produjo una transformación cualitativa en la naturaleza del capitalismo global. Las corporaciones multinacionales estaban cada vez más desconectadas de la “economía real” y llegaron a ser verdaderamente “globales”. La revolución del transporte y las comunicaciones que se gestaba a lo largo de las décadas de los setenta y de los ochenta aceleró enormemente el comercio y todas las transacciones económicas. Por supuesto la eliminación del modelo económico alternativo socialista y el agotamiento del modelo de desarrollo económico nacional en el Sur allanaron el camino para que el modelo económico de globalización neoliberal se convirtiera en el nuevo sentido común de la época.

Mientras el capitalismo de la llamada Era Dorada tras la II Guerra Mundial era un período esencialmente nacional,



ahora la transnacionalización de las relaciones económicas, políticas y sociales marcaron el inicio de una nueva era. Lo que Karl Polanyi había anticipado al comienzo de este período era que los mecanismos del mercado no regulado conducirían inevitablemente a “un mundo mercado”. Lo que este giro neoliberal a finales de los ochenta propició fue precisamente este resultado. El capitalismo entró en un período de gran dinamismo, los “espíritus salvajes” de los mercados financieros tuvieron libertad de acción y las tan pregonadas conquistas de los/las trabajadores/as occidentales estaban ahora gravemente amenazadas. Según Manuel Castells en uno de los más importantes escritos sobre la nueva economía global, el efecto en el movimiento obrero fue bastante claro: “Desgarrado por la internacionalización de las finanzas y la producción, incapaz de adaptarse a las redes empresariales y a la individualización del trabajo, y desafiado por la creación de empleo, el movimiento obrero desaparece como la principal fuente de cohesión y representación de los/las trabajadores” (Castells 1997:354).

Mientras estas amenazas eran –y son– indudablemente reales, el movimiento obrero fue capaz de reinventarse y hacerse cargo de los complejos desafíos de la globalización tal como argumentamos en la segunda parte de este artículo. La globalización señaló claramente el final de la “normalidad” por parte del movimiento obrero y ha generado un amplio espectro de respuestas innovadoras, así como una mayor corriente de análisis crítico (ver Munck 2002; Harrod y O’Brien 2002; Silver 2003; Phelan 2006; Broffenbrenner 2007; Stevis and Boswell 2008; Webster, Lambert and Bezuidenhout 2008; Bieler, Lindberg and Pillay 2008; y Huws 2008). Esta creciente innovación se ha observado a nivel local, nacional, regional y global. A veces las transfor-

maciones han sido de tipo pragmático, o solo parciales, lo que podíamos esperar desde la perspectiva de un desarrollo desigual.

En cualquier caso, podemos ahora convenir que la globalización ha abierto tantas puertas como ha cerrado para el movimiento sindical. Así mismo hemos de darnos cuenta que las respuestas del este movimiento a nivel global no están en una relación suma cero con otras respuestas locales o nacionales. No existe “la mejor forma” (como el taylorismo reivindicaba) para las respuestas del movimiento sindical a la globalización, donde la única certeza es la flexibilidad.

Los sindicatos holandeses han defendido una serie de “estrategias sindicales innovadoras” que hoy son necesarias para responder a la globalización neoliberal: “Implicará organizar nuevos grupos que hasta la fecha han tenido escasa representación en el movimiento, acciones locales y transnacionales, una clara orientación hacia la justicia social y coaliciones con otros colectivos comunitarios y por último, aunque no menos importante, un fuerte compromiso con la lucha de ideas en términos de búsqueda de un orden social alternativo” (Kloosterboer 2007: 2-13). Por supuesto, poner en práctica esta visión no es tan simple; requiere “abastecimiento” y un cambio de mentalidades a todos los niveles dentro del movimiento sindical.

Al final del siglo XX el sindicalismo internacional se enfrentó a una trágica paradoja². Había más personas asalariadas que antes, en torno a tres billones según Freeman (2006). La nueva Confederación Sindical Internacional y la Federación Sindical Mundial (ITUC y GUF, respectivamente,

2 Este epígrafe surge de un texto escrito conjuntamente por R. Munck y P. Waterman (2010). He mantenido con Peter Waterman un externo y productivo diálogo sobre el trabajo y no estoy siempre seguro donde terminan sus ideas y dan comienzo las mías.

por sus siglas en inglés) han congregado en total a más de 150 millones de militantes y cubierto más países, sindicatos y trabajadores/as que nunca antes. Esto es debido a la incorporación de la mayoría de los sindicatos antes comunistas y nacional-populistas.

Pero la globalización neoliberal implicaba, simultáneamente, el despertar del sindicalismo tradicional de un siglo de antigüedad con base nacional-industrial, el desplazamiento de esta base hacia los países del Sur (particularmente China), el debilitamiento de la seguridad laboral y de los derechos de los/las trabajadores/as, y el declive o desaparición del apoyo por parte de partidos socialdemócratas, gobiernos reformistas y los más poderosos agentes interestatales. Además, los sindicatos se estaban encontrando con algo a lo que, apoltronados en sus caparazones de relaciones industriales o nacionales, nunca antes habían sentido la necesidad de hacer frente; en este globalizado mundo laboral, apenas un trabajador/a de cada dieciocho estaba afiliado/a a un sindicato.

Finalmente, con la desaparición de sus competidores en sindicatos comunistas o nacional-populistas, el ITUC/GUFs se encontró ante un mundo hostil, ajeno, e ideológicamente desorientado. Antes había podido considerarse no solo como el más avanzado modelo de unión sindical si no como parte del “occidente libre”, opuesto tanto al sindicalismo comunista como al nacional-populista. Ahora se encontraba con que la globalización del capital le había dejado atrás y el cada vez menor interés político de las hegemonías internacionales. Si los sindicatos internacionales respondieron inicialmente desorientados y acobardados en igual medida, ahora están resucitando la antigua noción de



“partenariado social” con el capital y el estado desde el nivel nacional hasta el global.

Esto ha significado una serie de campañas específicas, dirigidas unas veces directamente a las corporaciones multinacionales, otras a las instituciones financieras internacionales y otras entidades promotoras de la globalización como la Organización Mundial del Comercio (OMC), el Foro Económico Mundial, etc. A lo largo de los años, las federaciones de sindicatos han establecido un continuo diálogo social con diversas empresas multinacionales de sus sectores e industrias (Justice, 2002: 96). Las tres áreas principales de este trabajo sindical son las condiciones laborales internacionales, los códigos de conducta y las políticas de responsabilidad social de las corporaciones (Jenkins, Pearson y Seyfang 2002). Tales contratos sociales de carácter voluntario han sido presentados en un escenario público a través de la adhesión sindical al Pacto Mundial de las Naciones Unidas. Esta es otra iniciativa voluntaria, tratando de generalizar actividades comerciales socialmente responsables a través del diálogo, el aprendizaje y otros proyectos locales. El apoyo sindical al Pacto Mundial, pese a que la iniciativa tiene un carácter no vinculante, e incluso carece de mecanismos de supervisión, fue puesto de manifiesto en una declaración conjunta UN/ITUC/GUF, en el año 2000: ‘Se acordó que los mercados globales requerían normas globales. El objetivo sería el de posibilitar que los beneficios de la globalización se extendieran progresivamente a toda la población construyendo un marco efectivo de normas multilaterales para una economía mundial que está siendo transformada por la globalización de los mercados...el Pacto Mundial contribuiría a este proceso ayudando a construir



partenariados sociales en las actividades comerciales y laborales' (ICFTU, 2000b)

Más recientemente hemos visto la participación de los sindicatos en la Comisión Mundial sobre la Dimensión Social de la Globalización (creada por la Organización Internacional del Trabajo -OIT-) que ha publicado un informe "Por una Globalización Justa: Creando oportunidades para todos". Desde el gran derrumbe financiero en otoño del 2008, esta perspectiva parece extremadamente limitada. Cuando los órganos políticos de la burguesía financiera como el Financial Times y The Economist reconocieron abiertamente el fin del mercado capitalista no regulado, no parece demasiado radical hablar de una globalización "justa". Si bien tales esfuerzos sugieren una reorientación en reacción a la globalización, los sindicatos internacionales mantienen así mismo su tradicional empeño en la unión sindical, la defensa de los derechos laborales y el apoyo de la clase trabajadora y de los sindicatos a escala internacional (ver reseña de Fairbrother y Hammer 2005). Esto implica un lenguaje nuevo y más asertivo. Un ejemplo podría ser el de la Federación Internacional de los Trabajadores del Transporte, que en 2002 dedicó un congreso al tema "Globalizando la solidaridad". Un punto de inflexión en su práctica de actividad solidaria está marcado, por un lado, por el fracaso de apoyar de manera efectiva a los trabajadores portuarios de Liverpool durante el gran cierre que tuvo lugar en 1995-98, y su más efectivo apoyo a los trabajadores portuarios australianos en circunstancias similares unos años más tarde.

Pero buena parte de la actividad solidaria sindical nacional e internacional se desarrolla todavía bajo el epígrafe de la "cooperación al desarrollo" y es financiada por organizaciones estatales e interestatales. En otras ocasiones tal acti-



vidad se combina con solidaridad de sindicato a sindicato o de trabajador/a a trabajador/a, como en el Congreso Irlandés de Sindicatos (ICTU Solidaridad Global). En cualquier caso es notable que gran parte de esta solidaridad parece ir direccionada de Norte a Sur. Aún tiene que emerger una noción más holística, multifacética y multidireccional de solidaridad obrera, y la página web de ICTU revela poco reconocimiento de un movimiento solidario a mayor escala.

Lo que nos enseñan los paralelismos históricos de finales del siglo XIX y el surgimiento de los movimientos sindicales contemporáneos es que este cambio necesario no será fluido y orgánico. Es más probable que fuerzas sociales alternativas (el sector informal, por ejemplo) y nuevas ubicaciones geográficas (China, India, y el Sur a un nivel más general) representarán un desafío y subvertirán todas las actuales estructuras y estrategias. Lo que está claro es que la acumulación acelerada de capital generada por la globalización ha producido un incremento masivo del proletariado global en sentido clásico marxista en China y en India en particular. Mientras que hasta veinte millones de estos nuevos trabajadores han perdido sus trabajos en China tras la crisis financiera de 2008, han transformado completamente la naturaleza de la clase obrera a escala mundial. El primer ejemplar del *Global Labour Journal* (editado por Bowles y Harriss, 2010), estaba dedicado al complejo patrón de la recomposición capitalista y activación sindical en China e India. Apparentemente no había patrones generalizados de resistencia o de aceptación en ninguno de los dos países. La mayor parte de los colaboradores en este número apuntan al desigual desarrollo de la resistencia sindical y están de acuerdo en que, cualquiera que haya sido la reacción, particularmente en las áreas rurales, a este proceso masivo



de proletarización, no podemos referirnos a un movimiento generalizado de la sociedad civil. Por el contrario, uno de los editores afirma que “en vez de resistencia desde abajo, lo que es más sorprendente es que se trata de un movimiento desde arriba” (Harriss 2010: 5) mientras el estado pretende desarrollar una estrategia preventiva estilo Polanyiano para contrarrestar los efectos de la expansión basada en el libre mercado. Claramente el surgimiento de una clase trabajadora en estos dos países tan diferentes se enfrenta a enormes desafíos, incluyendo una creciente informalización, y el auge del legalismo en las relaciones laborales que puede servir para desarmar y fagocitar el naciente movimiento obrero. Cuando estas nuevas formaciones laborales surgen están necesariamente sujetas a la amenaza de convertirse en rutinarias y a lo que se ha llamado la “ley de hierro de la oligarquía” que conduce a la burocratización y a cierta acomodación con los poderes existentes.

Dos movimientos obreros que prácticamente se convirtieron en un icono en los estudios de la década de los ochenta fueron el de Brasil y el de Sudáfrica. En Brasil, los sindicatos de las áreas industriales representaron un papel clave en el proceso de democratización que comenzó a mediados de los setenta. En los años noventa fueron la columna vertebral de un movimiento político que por primera vez nombró a un obrero presidente del Brasil, “Lula” da Silva, en tiempos líder sindical de los trabajadores del metal. Desde mitad de los años noventa la indudable legitimidad política de los sindicatos ha de ser comparada con su rol mayormente defensivo frente a la reestructuración industrial. El dramático incremento de la deslocalización y la subcontratación no ha tenido que enfrentarse a una dinámica organización de los sindicatos. La representación polí-



tica del Partido de los Trabajadores se ha convertido en un arma de doble filo cuando éste ha alcanzado el gobierno sin cumplir ninguna de sus promesas. Mientras su pertenencia a la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres (ICFTU, por sus siglas en inglés) desde 1992 ha ayudado a fomentar las relaciones laborales Sur-Sur, en Brasil la situación sindical ha llegado a ser comprometida por su apoyo al gobierno.

En Sudáfrica la transición desde la oposición a formar parte integral de la maquinaria estatal ha sido incluso más dramática en tanto en cuanto había grandes expectativas de un futuro no capitalista anterior a la transición de los años noventa. Mientras que el movimiento sindical rechaza la acusación de que se ha convertido en representante de trabajadores/as pertenecientes a minoría privilegiada se ha comprometido, sin duda alguna, con el estado, lo que es más notable en relación a las políticas económicas. No han tenido más éxito que sus homólogos brasileños en cuanto a la organización del sector del trabajo informal. Admiten un problema en el incremento de la burocratización y oligarquía dentro de la federación sindical (Pillay 2009: 59). El Sindicato de Mujeres Autónomas (The Self Employed Women's Union, SEWU, por sus siglas en inglés), ha servido de modelo a la exitosa organización india Asociación de Mujeres Autónomas (SEWA) que ha afirmado de manera convincente que los sindicatos sudafricanos necesitan enfrentarse a los desafíos de la reestructuración industrial y renunciar a su afiliación llegando a la inmensa de capas de trabajadores “no tradicionales” con el fin de crear un nuevo sindicalismo con orientación social. Un enfoque en profundida debería, no obstante, apuntar a la muy limitada



capacidad mostrada hasta la fecha para hacer frente a este desafío.

Pasando del terreno nacional al transnacional terminaré esta sección con una consideración del desafío que suponen las migraciones laborales por una serie de razones. En primer lugar está un asunto que causa gran incomodidad en el pensamiento neoliberal. Se dice que su, en un tiempo gurú, Milton Friedman había afirmado: “Sobre la migración, cuanto menos se diga, mejor”. Esto es comprensible porque no parece haber una razón lógica por la que si el capital, la inversión y las ideas deberían fluir libremente a través de las fronteras, ¿por qué no el trabajo? Actualmente la libertad internacional de movimiento solo está garantizada para una pequeña élite de profesionales cuando su perfil y experiencia es requerido por los países ricos. Para la gran mayoría de trabajadores/as las fronteras nacionales son, en tal caso, menos permeables en la llamada era de la globalización que en el pasado. Sobre la migración se aplican normas de seguridad, y todo el despliegue estatal de vigilancia y represión cae sobre quienes toman la palabra de la globalización y se van para mejorar sus condiciones de vida. Pese a algunos tentativos debates internacionales sobre la necesidad de una Organización Mundial de Migraciones al mismo nivel que la Organización Mundial del Comercio para regular el flujo migratorio, es más probable que se quede como un asunto desordenado, confuso en manos de los dirigentes del capitalismo mundial.

¿Podría ser una oportunidad para los movimientos sociales que ahora están haciendo frente al incuestionable rol del mercado no regulado? Históricamente el movimiento sindical ha tenido serias dificultades para abordar el tema de las migraciones en una forma acorde con sus principios



básicos. Sindicalistas y analistas imbuídos con el espíritu del internacionalismo obrero olvidan con demasiada frecuencia cómo los/las trabajadores/as se valen de formas de identidad no relacionadas con la clase para protegerse de la vorágine de la reestructuración capitalista. Mientras el capital bien podría tratar el trabajo como una mercancía indiferenciada, los/las trabajadores/as invariablemente encuentran vínculos de género, lugar o raza para crear solidaridad en torno a su causa con el fin de mantener una cierta ventaja en el caos ocasionado por la modernización/globalización.

Según Giovanni Arrighi: “Como consecuencia, el patriarado, el racismo y el chovinismo han sido parte intergral en la construcción del movimiento obrero mundial” (Arrighi 1990: 93). Esta es una historia con frecuencia pasada por alto en los anales oficiales del movimiento sindical (y, lo que es más, de sus críticos) que tiende a difuminar el sexismo, el racismo y la xenofobia como elementos integrales de la mayoría de los movimientos obreros. Reconocer esto es, quizás, el primer paso en el camino para abordarlo, mejor que delegar el tema en anodinas historias de solidaridad e internacionalismo.

Quizás existe un argumento persuasivo según el cual “la solidaridad con los trabajadores migratorios está ayudando a los sindicatos a volver a los principios básicos del movimiento obrero” (David, sin datos). Por un lado los sindicatos han estado haciendo frente a lo largo de las dos últimas décadas a una crisis que incluye un importante descenso tanto de sus afiliaciones, como de su influencia. Por otro lado, muchas organizaciones sociales y políticas se encuentran desprovistas de liderazgo en asuntos de migraciones. Por tanto a ambos lados del debate los sindicatos tienen ahora una oportunidad, y al mismo tiempo un reto. Los sindicatos



en el mundo están organizándose con y en nombre de los trabajadores migratorios (ver Kahman 2002; Gray 2007 y Wrench 2004). Han construido una causa común con asociaciones y Organizaciones No Gubernamentales (ONG) en apoyo a trabajadores migratorios y también han buscado organizar directamente colectivos de trabajadores/as (“los trabajadores son trabajadores” es un eslogan común). Por supuesto un efecto de esto conduce a minimizar la capacidad de las patronales de utilizar trabajadores migratorios para rebajar las condiciones laborales o salarios en relación con los nativos. Sin embargo, su impacto neto, tal como David afirma, es que “en respuesta a la globalización económica, los sindicatos están organizando la globalización de la solidaridad en defensa de los/las migrantes” (David, sin datos).

En los próximos años la migración laboral internacional lleva el rumbo de adquirir más importancia en términos tanto cuantitativos como cualitativos, ya que puede representar un punto de anclaje para el movimiento sindical. Un punto de no retorno fue el conflicto de la compañía irlandesa de transporte marino (Irish Ferries) en 2005 (ver Krings 2007). Un grupo de navegantes bien sindicalizado tuvo que hacer frente a una patronal que decidió que tenía sentido contratar a los trabajadores de la agencia Latvian, que cobraban la mitad del salario mínimo. Los sindicatos irlandeses temblaron hasta los cimientos y crecían los rumores de un inminente desplazamiento de la fuerza de trabajo nativa en favor de trabajadores/as de origen extranjero, lo que resultaba mucho más barato. Pronto este conflicto sentó un precedente, ya que además implicaba al sindicato irlandés más grande, el Sindicato de Servicios, Industria, Profesional y Técnico (SIPTU). Tuvieron lugar movilizaciones masivas y

las patronales fueron obligadas a negociar por un gobierno comprometido con los movimientos sociales. Sin embargo la reacción de los/las nativos/as estaba a flor de piel: en una de las movilizaciones pancartas oficiales con el lema “no barcos esclavos en Irlanda” se peleaban (aunque pocos y no oficiales) con otras que reivindicaban “trabajos irlandeses para trabajadores irlandeses”. Al final el movimiento obrero irlandés convirtió la mejora de las condiciones de los/las trabajadores/as extranjeros/as en una condición sine qua non para el cierre de las negociaciones. Igualar las condiciones laborales (mejorando las de los migratorios) venció sobre la tentación de culpar a los/las trabajadores/as “no nacionales” traídos por las patronales.

RESPUESTAS

A lo largo de la pasada década han habido diversas respuestas coherentes a los desafíos de la globalización, tanto desde arriba como desde abajo. En términos de lograr un gobierno mundial estable había quedado claro ya en el 2000 que a menos que la globalización adquiriera una “cara humana” esto no sería sostenible. Así, el Banco Mundial comenzó a preocuparse por establecer una “red de seguridad” para proteger a aquellas personas excluidas de los medios básicos de subsistencia a causa del libre mercado implícito en la globalización. Incluso el muy pregonado Consenso de Washington que marcó la pauta en los años noventa en términos de una política económica centrada en la privatización, mercantilización y liberalización, fue sujeto a revisión y crítica interna. Todas estas reformas desde arriba estaban diseñadas para hacer la globalización más aceptable, pero no para cambiar sus fundamentos. En relación con el mundo laboral fue la Organización Internacional del



Trabajo (OIT) la que en 1999 creó un nuevo paradigma a través de su estrategia de crear “trabajo decente”. El trabajo decente estaba concebido como el principal pilar para el progreso social y económico en la era de la globalización y el vehículo para cumplir las aspiraciones de las personas en sus vidas laborales. La OIT fue creada en 1919 con el fin de promover condiciones laborales justas e insertó la economía en la sociedad. En términos polanyianos sacaría al trabajo del espacio mercantil donde podría ser comprado y vendido como cualquier otra mercancía. La OIT estableció unas condiciones laborales diseñadas de acuerdo a diversos sistemas nacionales de regulación. Esto ayudaría a regular los mercados laborales nacionales y ofrecería protección a los/las trabajadores/as. Se asumía que éstos, predominantemente varones, estaban mayoritariamente en un empleo estable a jornada completa. También se asumía de manera implícita que el modelo de la Europa Occidental de las relaciones industriales tripartitas era universal. Estas eran las políticas de empleo en la era keynesiana basada en el pleno empleo y en la eficacia de la gestión de políticas macroeconómicas.

Todo esto cambiaría a finales de los setenta cuando el keynesianismo fue barrido por la revolución neoliberal. A mediados de los ochenta incluso en el centro industrial de Europa el mundo de la OIT había colapsado. Abundaba el desempleo, y se culpaba de la crisis de “competitividad” al modelo social, incluyendo la regulación protectora en el corazón de la razón de ser de la OIT y las viles interferencias de las negociaciones colectivas, que se consideraba que distorsionaban el mercado. A finales de los ochenta la OIT desempeñó un modesto papel durante la desintegración del sistema soviético a través de la promoción de un modelo



de mercado de tipo social contra los fundamentalismos del libre mercado. En cualquier caso, en los años noventa, a medida que la globalización y la flexibilización en los mercados laborales comenzaban a dominar, la OIT empezó a perder la dirección. La campaña por el Trabajo Decente fue diseñada para superar esta crisis y, al menos a nivel oficial, llegó a ser ampliamente aceptada. Preocupada por presentar el Trabajo Decente como un asunto no ideológico, la OIT parece haber perdido el norte. Como campaña constituye incluso un paso atrás con respecto a las históricas directivas de la OIT, ahora incluidas en imprecisos epígrafes que, en cualquier caso, son parte de la ley internacional, como la prohibición del trabajo infantil.

El principal problema estriba en que el mundo del año 2009 no es el de 1919, ni siquiera el de 1969, cuando la OIT recibió el Premio Nobel de la Paz. Tal y como afirma Guy Standing: “La OIT fue creada como un medio de legitimar el laborismo (labourism), un sistema de relaciones patrón-trabajador basado en las condiciones de empleo, como una forma de sacar al trabajo fuera del comercio internacional” (Standing 2008: 380). Las relaciones laborales tripartitas son escasas, la relación basada en las condiciones de empleo sobrevive solo en pequeños bolsillos, y el trabajo es, dicho con crudeza, una mercancía más del mercado laboral mundial.

Podríamos afirmar que el “trabajo decente” es mejor para la mayor parte de los trabajadores que una carrera en espiral descendente. Ciertamente está motivado por una urgencia reformista pero aún nos podemos cuestionar si hay, o puede haber, un proyecto de un movimiento laboral transformador. Peter Waterman ha caracterizado la campaña por el Trabajo Decente como una campaña “utópica y nostálgi-



ca” (Waterman 2008). Es cierto que se basa en la premisa de un mundo de naciones estado y relaciones industriales ordenadas que, o bien está desapareciendo, o no ha existido nunca en la mayor parte del mundo. También es utópica en el sentido en que se basa en el mito de una era dorada de armonía social, que incluso en los centros industriales de occidente no era tan real. Incluso así, nos podríamos preguntar si el “Trabajo Decente” podría desempeñar un papel en la “reducción de la pobreza y en una globalización justa e inclusiva” (OIT, 2008), tal como argumentan sus defensores.

En cualquier caso, aquí hemos de mostrar escepticismo debido a la debilidad inherente de la OIT comparada con el trío gobernante del mundo constituido por la Organización Mundial del Comercio (OMC), el Banco Mundial, y el Fondo Monetario Internacional (FMI). La gobernanza mundial debe promover una “cara humana” para su proyecto esencialmente neoliberal si quiere que sea legitimado. En todo caso, el proyecto de acumulación de capital y la legitimación social son, por supuesto, parte integral de un programa global para la modernización capitalista en detrimento del trabajo.

Si es improbable que la campaña de la OIT sobre el “Trabajo Decente” signifique un avance importante para los trabajadores/as del mundo, ¿cuál es el potencial entonces del movimiento obrero organizado? Deberíamos comenzar comprendiendo que el trabajo se ubica en un contexto de gran complejidad en el que no es probable que una respuesta simplista tenga mucho éxito. Además, parece que nos encontramos en una coyuntura de transición descrita por Gramsci en términos generales en una transición anterior cuando “lo antiguo está muriendo pero lo nuevo está aún



por venir” (Gramsci 1971: 106). Claramente el viejo modelo nacional-estatal-corporativista ya no tiene hegemonía pero lo que surgirá del actual período de confusión mundial aún no se ha gestado completamente. Existen muchas contradicciones dentro de la clase trabajadora mundial, no menos en las divisiones basadas en su posición social y geográfica dentro de la división global del trabajo. Por tanto, es crucial comprender la naturaleza de la complejidad de las presiones que trabajadores/as y sus organizaciones habrán de soportar. Podemos comenzar a contestar estas preguntas a través de un diagrama básico con un eje social horizontal y un eje espacial vertical que pretende trazar un mapa con los complejos parámetros de la organización obrera y el discurso de acción colectiva.

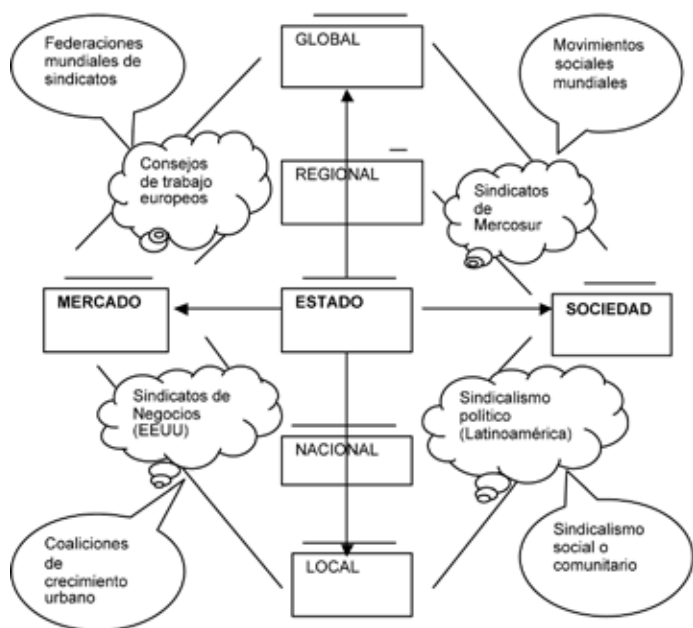
El eje horizontal presenta dos polos de atracción que afectan a las organizaciones obreras, a saber, el mercado y la sociedad. Como Karl Polanyi proponía, la expansión del libre mercado (a la izquierda) es contrarrestada por la sociedad (a la derecha), que siempre busca reinsertar en el mercado las relaciones sociales. El estado se encuentra entre estos dos polos y desempeña un papel clave a la hora de fomentar políticas de libre mercado, proteger a la sociedad, o ambas simultáneamente, por supuesto.

El eje vertical representa la escala espacial de la actividad humana desde lo local (abajo), a través de los niveles nacional (y estado-nación) y regional a la recientemente influyente escala global (arriba). Estos niveles no pretenden ser vistos como una jerarquía en ningún sentido y probablemente no pueden tomarse separadamente desde los polos horizontales de atracción (mercado/sociedad). En términos de lo que este panorama significa para el trabajo y otros movimientos sociales podemos establecer la hipótesis de



Gráfico 1: Los parámetros socio-espaciales de los discursos del movimiento obrero.

Fuente: Munck



una nueva y más compleja matriz espacial/social que sienta el terreno para discursos del movimiento obrero en acción. No es una cuestión de elegir dónde ubicar estrategias de una forma simplista si no de entender las implicaciones de dónde están situadas las organizaciones en la gráfica. Podríamos, sin embargo, ubicar los puntos de presión donde la influencia del movimiento sindical podría ser más efectiva y podrían crearse estrategias flexibles. Sobre todo, el gráfico presenta, bajo mi punto de vista, la necesidad de “hacer conexiones” entre los distintos discursos del movimiento obrero, que con demasiada frecuencia viven en su propio mundo.

Comenzado por arriba a la izquierda podemos proponer que las nuevas Federaciones Mundiales de Sindicatos son organizaciones a nivel global orientadas al mercado. Los sindicatos internacionales representan a los trabajadores en su rol dentro del mercado y pretenden mejorar su capacidad de negociación como “vendedores” de fuerza de trabajo.

En el cuadrante de arriba a la derecha, los diversos movimientos sociales a escala mundial como por ejemplo Vía Campesina son organizaciones a nivel global imbuidas por y orientadas hacia la sociedad.

En el cuadrante que se encuentra abajo a la derecha podemos ver una miríada de movimientos sindicales a escala comunitaria o local, como por ejemplo los que se crearon al principio de la organización sindical en la Sudáfrica de los años setenta. Muchos de los movimientos sociales de estilo polanyano en la era de la globalización tenían una base local con la misión de proteger a la sociedad de los efectos del libre mercado no regulado.



En el cuadrante al fondo a la izquierda tenemos las coaliciones de crecimiento urbano orientadas al mercado donde los sindicatos pueden establecer alianzas con las patronales locales y los gobiernos con el fin de defender intereses locales.

Muchos movimientos urbanos de las ciudades entrar en las alianzas “impulsoras” con el capital y el gobierno local buscando una agenda para la ciudad, tanto en el Norte como en el Sur.

En el centro del gráfico podemos ver como los sindicatos a nivel nacional pueden aceptar el enfoque del sindicalismo de negocios que en tiempos tipificó el sindicalismo estadounidense. Este es un paradigma claramente orientado al mercado. También pueden, sin embargo, desarrollar un sindicalismo político orientado hacia el estado como potencial benefactor, tal como hicieron tradicionalmente en América Latina. La dimensión regional- ignorada con demasiada frecuencia en el análisis del sindicalismo y la globalización- también puede asumir una orientación más mercantil como hace el sindicalismo en Europa, o puede tomar la dirección social o estatal como tiende a hacer en América Latina.

También podemos observar como la Iniciativa del Sur sobre Globalización y Derechos Sindicales (SIGTUR, por sus siglas en inglés) actúa más como un movimiento obrero orientado a lo social a un nivel regional.

Así que si tomamos el diagrama como un todo y lo interpretamos de una forma dinámica, vemos lo complejo que puede ser la elaboración de posibles estrategias. Esto podría actuar como un mecanismo heurístico para determinar posibles estrategias o combinación de estrategias que el movimiento obrero podría utilizar. Se trata sencilla-

mente de articular la complejidad de opciones y dilemas que el movimiento obrero ha de encarar en la era de la globalización para responder a los desafíos subrayados en la anterior sección de este escrito. Contra esto apunta a la urgente necesidad de “hacer conexiones” dentro del universo sindical pero también fuera, con otros movimientos locales/sociales/regionales/nacionales, etc. Ahora, en términos de construir esta fotografía de articular una perspectiva global, podríamos sencillamente argumentar que el nuevo capitalismo crea nuevos tipos de trabajadores y por ello surgirá, inevitablemente, un nuevo sindicalismo. Esto estaría muy próximo a la manera en que se articulan los nuevos movimientos sociales y el Foro Social Mundial. O, dicho de otra forma, una sociedad en red (Castells 1996), requerirá un sindicalismo en red. Como una forma más democrática de coordinación ha capturado la imaginación de algunas partes del amplio movimiento obrero, pero que son claramente una minoría. Hay muchas diferencias nacionales, sectoriales e ideológicas que superar.

Tampoco el viejo problema del movimiento obrero de la burocratización desaparece fácilmente. La organización – de los no organizados y de los sindicatos y otros movimientos laborales- es de obligado cumplimiento. Muchos de los antiguos problemas permanecen, pese a la muy pregonada llegada del nuevo capitalismo. Por ejemplo, podríamos posiblemente reconsiderar el creciente énfasis del dominio global en detrimento del nacional. Como Gay Seidman apuntaba recientemente: “En vez de boicotear marcas, las estrategias transnacionales deberían buscar tácticas para presionar a los gobiernos a reforzar el cumplimiento de las leyes en materia laboral” (Seidman 2008: 142). El nuevo capitalismo se basa en algunos estados-nación extraordinaria-

mente tradicionales y las clases capitalistas en la práctica. En cualquier caso existe clara evidencia de que los sindicatos están asumiendo una orientación social, y no sólo en los países del Sur. Hay síntomas de que los sindicatos están mirando hacia los nuevos movimientos sociales en busca de alianzas y, posiblemente, como fuente de renovación y revitalización. En EEUU, como apunta Dan Clawson: “Los vínculos del movimiento obrero con otros movimientos sociales son más consistentes y fuertes que nunca antes en medio siglo” (2003:205), y esta interacción ha conducido a políticas más nuevas y progresistas, por ejemplo, en relación con los inmigrantes indocumentados.

Así, en el mismo corazón del capitalismo el modelo sindical de negocios ha sido desafiado desde los años noventa por un sindicalismo orientado hacia la justicia social bien descrito por Vanessa Tate (2005). El creciente peso de la economía informal ha forzado a los sindicatos estadounidenses a asumir una orientación más amplia de miras, así que han empezado a tomar “la forma de un movimiento político polifacético no limitado a asuntos como los salarios y las condiciones laborales” (Tate 2005: 8). Así en el sector informal había personas empobrecidas pero también trabajadoras, aunque con frecuencia en una situación de dependencia que les hacía “difícil organizarse”. Pero como trabajadores/as de color y mujeres trabajadoras habían hecho en el pasado, se organizaron y forzaron a los sindicatos a organizarse en estos sectores. Los movimientos de colectivos empobrecidos a menudo mostraban un alto grado de imaginación en un período en que el sindicalismo oficial se tambaleaba a causa del impacto organizacional e ideológico del neoliberalismo. Ayudaron a orientar al movimiento obrero y ampliaron la agenda de los sindicatos para asumir

asuntos como la vivienda, y la salud, e impulsaron la comprensión de que un salario justo es tan importante como un mayor salario.

Frances O'Grady, Secretaria General del Congreso de Sindicatos Británico, ha afirmado que: "La globalización ha demostrado incluso con más claridad que, para los sindicatos, actuar en soledad no es una opción" (O'Grady 2004), y que no solo necesitan comprometerse seriamente con otros movimientos por la justicia social, si no que si desean cambiar el mundo necesitarán primero una transformación interna. Sin duda la actividad del movimiento obrero desde el año 2000 ha tenido un eco y ha alcanzado niveles que solo podían soñarse en la década de los setenta. La comunicación transnacional y el trabajo en red son más fáciles y muchos de los obstáculos políticos se han superado. Pero esta necesidad de internacionalismo también había cambiado. Como Asbjorn Wahl afirma, "tras 30 años de desregulación neoliberal, la coordinación internacional, es hoy, más que nunca, una obligación" (entrevista personal). En un amplio abanico de asuntos incluso la lucha más aparentemente local necesita adoptar una óptica global. De hecho, podríamos argumentar que existe una nueva ruta local-global que no necesariamente pasa por el nivel nacional. Las luchas locales pueden convertirse directamente en formas transnacionales de acción. Fairbrother y Hamner se han referido al reciente surgimiento de "una polifacética forma de sindicalismo", con diferentes niveles trabajando para alcanzar un reconocimiento y un impacto en los sectores internacionales y regiones" (Fairbrother y Hamner 2005:418). También podríamos pensar en este más complejo sindicalismo como una respuesta a todos los niveles a la globalización que ha impactado en los/las trabajadores/as a nivel



local, nacional, regional y transnacional. Es, por supuesto, muy discutible si el movimiento sindical internacional ha superado completamente los impedimentos estructurales y políticos para alcanzar la solidaridad obrera internacional. Según Kim Moody escribía a mediados de los noventa: “el movimiento obrero internacional oficial aparece, a casi todos los niveles, inadecuado para afrontar los cambios que se están produciendo en la economía internacional y el los lugares de trabajo de todo el mundo” (Moody 1997: 247). Con las Federaciones Mundiales de Sindicatos tan alejadas de los espacios de trabajo, sus campañas parecían ajenas. Con la mayoría de los sindicatos nacionales aún comprometidos con el concepto de “la asociación” internacional, ya pasado de efectividad, la solidaridad internacional se reduce a un ritual. La única alternativa para Moody – recogida en debates que se realizaron en el Sur durante la década de los ochenta- “sería un movimiento social sindical global” que maximizaría la capacidad de la clase obrera adoptando “la diversidad de la clase obrera con el fin de superar su fragmentación” (Moody 1997:290).

Sobre todo esta perspectiva reconoce el papel social del trabajo y los sindicatos, confinados durante demasiado tiempo a sus roles político y económico. Sería ciertamente un desafío, sin embargo, asumir esta perspectiva que desempeñó un papel combatiendo los regímenes autoritarios de los países del Sur construyendo un sindicalismo comunitario que ascendió a una dimensión global.

VUELTA AL FUTURO

Mientras que este es un texto preocupado por el futuro, buscando patrones de resistencia para el movimiento obrero frente a la globalización depredadora, y distinguiendo

nuevas y emergentes propiedades, no deberíamos ignorar la perspectiva histórica. Cuando ponemos énfasis en el nuevo- llámese capitalismo, trabajo o sindicalismo- podemos caer en descuidar el valor de mirar hacia el pasado. Marco Berlinguer de Lavoro in Movimento argumenta que “para crear nuevas políticas necesitamos redescubrir el trabajo” (citado en Wainwright 2008: 3). Esto podría conllevar volver a las etapas de formación del movimiento obrero antes de la consolidación de los estados-nación. Lo que la globalización sin duda ha generado es un movimiento obrero potencialmente más fuerte que nunca antes.

Para generar las nuevas políticas laborales adecuadas que la era de la globalización implica, tal y como Hilary Wainwright afirma, “es necesario replantearse y reafirmar el trabajo como un proceso social, cooperativo, y como un bien social en sí mismo” (Wainwright 2008: 3). Varias décadas de campañas de boicot buscando “nombrar y avergonzar” a las corporaciones multinacionales han mostrado sus limitaciones. La tendencia a reconfigurar los asuntos laborales como cuestión de derechos humanos dentro de una sociedad civil global también podría estar perdiendo ímpetu.

Ahora es quizás el momento en que un incipiente movimiento obrero global empieza a redescubrir algunas de sus características originales de la combinación de una economía moral y un internacionalismo instintivo. Al reinventar el movimiento obrero para hacer frente al siglo XXI podrían encontrarse una gran riqueza de recursos en el período pre-nacional, cuando el movimiento obrero salió a la escena por primera vez, reivindicando un mundo mejor.



REFERENCIAS

- Arrighi, G. (1990) '*Marxist Century, American Century: The Making and Remaking of the World Labour Movement*', *New Left Review* 179(1): 29-63.
- Arrighi, G. (1996) '*Workers of the World at Century's End*', *New Left Review* 19(3).
- Broffnenbrenner, H. (ed) (2007) '*Global Unions, Challenging Transnational Capital Through Cross-Border Campaigns*'. Ithaca and London: Cornell University Press.
- Bieler, A., Lindberg, I. and Pillay, D. (eds) (2008) '*Labour and the Challenges of Globalization: What Prospects for Transnational Solidarity?*' London: Pluto Press.
- Bowles, P and Harriss, J (eds) '*Special Issue on Globalization(s) and Labour In China and India*', *Global Labour Journal* 1(1).
- Castells, M. (1996) *The Rise of the Network Society Volume I: 'The Information Age: Economy, Society and Culture'*. Oxford: Blackwell.
- Castells, M. (1997) *The Rise of the Network Society Volume II: 'The Power of Identity'*. Oxford: Blackwell.
- Clawson, D. (2003) '*The Next Upsurge. Labour and the New Social Movements*'. Ithaca and London: Cornell University Press.
- David, N. (2002) '*Migrants Get Unions Back to Basics*', *Labour Education* 129. Geneva: ILO. Fairbrother, P. and Hammer, D. (2005) '*Global Unions: Past Efforts and Future Prospects*', *Relations Industrielles/Industrial Relations* 60(3): 405-443.
- Freeman, R. (2006) '*China, India and the Doubling of the Labor Force: Who Pays the Price for Globalisation?*' <http://www.zmag.org/contents/showarticle.cfm?ItemID=8617>. (con acceso el 21 de junio 2009)
- Gramsci, A. (1971) '*Selections from the Prison Notebooks*'. London: Lawrence and Wishart.
- Harris, J (2010) '*Globalizations(s) and Labour in China and India: Introductory Reflection*', *Global Labour Journal* 1(1): 3-11.

Harrod, J. and O'Brien, R. (eds) (2002) *'Global Unions: Theory and Strategies of Organised Labour in the Global Political Economy'*. London and New York: Routledge.

Gray, K. (2007) *'From Human to Workers' Rights: The Emergence of a Migrant Workers' Union Movement in Korea'*, *Global Society* 21(2): 297-315.

Huws, U. (ed) (2008) *'Break or Weld? Trade Union Responses to Global Value Chain*

Restructuring', a special issue of *Work, Organisation, Labour and Globalisation* 2(1).

Hyman, R. (2004) *'Agitation, Organisation, Diplomacy, Bureaucracy: Trends and Dilemmas in International Trade Unionism'*, *Labour History* 46(2):137-154.

ICFTU (2000b) Joint UN-ICFTU *'State on the Global Compact'*. www.icftu.org (con acceso el 25 de agosto de 2009).

ICFTU (1997) *'The Global Market. Trade Unionism's Greatest Challenge'*. Brussels: ICFTU.

International Labour Office (2008) *'Measurement of Decent Work'*. Geneva: ILO.

Jenkins, R., Pearson, R. and Seyfang, G. (eds) (2002) *'Corporate Responsibility and Labour Rights: Codes of Conduct'*. London: Earthscan.

Justice, D. (2002) *'The International Trade Union Movement and the New Codes of Conduct'*, in R. Jenkins et al (eds) *Corporate Responsibility and Labour Rights*. London: Earthscan.

Kahman, M. (2002) *'Trade Unions and Migrant Workers: Examples from the United States, South Africa and Spain'*. Brussels: ICF-TU.

Kloosterboer, D. (2007) *'Innovative Trade Union Strategies'*. Utrecht: FNV.

Krings, T. (2007) *'Equal Rights for All Workers'*: Irish Trade Unions and the Challenges of *Labour Migration*", *Irish Journal of Sociology* 16(1): 43-61.

Munck, R. (2002) *'Globalisation and Labour: The New 'Great Transformation'*. London: Zed

Books.

Munck, R. and Waterman, P. (2010) *'The Architecture of Labour Organising in the Early 21st'*

Century: Social and Spatial Aspects' in A. Rainnie and S. McGrath-Champ (eds) *'Handbook of Employment and Society: Working Space'*. London: Edward Elgar.

O'Grady, F. (2004) *'Globalisation Makes Unions and Social Movements Natural Allies'*, The Guardian, 16 October. (con acceso el 30 de agosto de 2009)

Phelan, C. (ed) (2006) *'The Future of Organised Labour: Global Perspectives'*. Oxford: Peter Lang.

Pillay, D. (2008) *'Globalization and the Informalization of Labour: The Case of South Africa'* in A. Beiler, I. Lindberg and D. Pillay (eds) *Labour and the Challenges of Globalization* (pp. 45-64). London: Pluto Press.

Polanyi, K. (2001) *'The Great Transformation'*. Boston: Beacon.

Seidman, E. (2008) *'Beyond the Boycott. Labor Rights, Human Rights and Transnational Activism'*. New York: Russell Sage Foundation.

Silver, B. (2003) *'Forces of Labor: Workers' Movements and Globalization Since 1870'*. Cambridge: Cambridge University Press.

Standing, G. (2008) *'The ILO: An Agency for Globalisation?'*, Development and Change 39(3): 355-384.

Stevis, D. and Boswell, T. (2008) *'Globalisation and Labor: Democratizing Global Governance'*. London: Rowman and Littlefield Publishing.

Tait, V. (2005) *'Poor Workers Unions: Rebuilding labor from below'*. Cambridge: South End Press.

Van der Linden, M. (2003) *'Transnational Labour History'*. Aldershot: Ashgate.

Wahl, A. (2009) *'Entrevista con R. Munck'*, 20 de agosto de 2009.



Wainwright, H. (2008) *'The Commons, the State and Transformative Politics'*, Red Pepper, http://www.tni.org/detail_page.phtml?act_id=17760&username=guest@tni.org&password=9999&publish=Y (con acceso el 15 de septiembre del 2009)

Waterman, P. (2008) *'Needed: A Global Labour Charter Movement'*. [Mimeo]

Webster, E., Lambert, R. and Bezuidenhout, A. (2008) *'Grounding Globalisation: Labour in the Age of Insecurity'*. Oxford: Blackwell.

Wrench, J. (2004) *'Trade Union Responses to Immigrants and Ethnic Inequality in Denmark and the UK: The Context of Consensus and Conflict'*, European Journal of Industrial Relations 10(1): 7-30.



Un fantasma recorre el mundo,
y es el fantasma de la migración
(Hardt y Negri, 2000: 213)



4. GLOBALIZACIÓN, MIGRACIÓN Y TRABAJO: CUESTIONES Y PERSPECTIVAS

RESUMEN

Este artículo sitúa el actual debate en torno a la migración, el desarrollo y el trabajo dentro del contexto de la globalización y la lucha contra la misma.

Se discute si la complejidad mundial está allanando el terreno para luchas mundiales laborales como la migración como nuevo elemento desestabilizador. Los sindicatos podrían adoptar un tono social y reconocer que los/las personas migratorias son trabajadores/as, o podrían tomar un giro xenófobo. Los sindicatos en los países del Sur se ven ahora como una fuerza política significativa tras muchas décadas de ajustes estructurales. En las actuales reacciones a la crisis mundial del capitalismo, los sindicatos tienen una oportunidad de presentar una alternativa radical al status quo. Este artículo examina la estrategia sindical oficial basada en la campaña de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) por el Trabajo Decente y sus limitaciones. Una perspectiva alternativa se articula sobre la base de los pasos que se están dando para ampliar las tradicionales estrategias sindicales en un intento de presentarse como una alternativa social alter-mundista.

INTRODUCCIÓN

En el 2001, el atentado de un pequeño grupo islamista de acción directa destruyó los símbolos de la dominación económica y militar de EEUU, dando lugar al desarrollo de una serie de complejos acontecimientos relacionados entre sí. La “guerra del terror” dio comienzo pero entonces tuvo su final en Irak, y pronto sucederá lo mismo en Afganistán. Pero, con una mirada desde el Sur, lo que ocurrió sencilla-

mente fue el final de la hegemonía ideológica norteamericana, similar a la pérdida de hegemonía del Imperio Británico. Apenas seis años más tarde, otra crisis de hegemonía tiene lugar en EEUU, esta vez detonada por otro simple mecanismo, esto es, la incapacidad de las familias más pobres de hacer frente al pago de las hipotecas de las viviendas que les habían endilgado los especuladores financieros.

Con la crisis de las hipotecas “subprime” en 2007, el fracaso de las principales instituciones bancarias como Lehman Brothers, el colapso del mercado en 2008 y la recesión global de 2009 otro monolito capitalista ha sido derribado y su hegemonía (aunque no necesariamente su dominio), prácticamente se ha desmoronado. Mientras la situación económica global se mantiene en permanente cambio y las consecuencias de la crisis son claramente inciertas, existe un consenso general de que el modelo económico predominante e indiscutible a lo largo de las décadas de los ochenta y de los noventa ha llegado a su fin. Robert Wade (2008) ha denominado a este período de transición “cambio del régimen financiero”.

Desde la crisis de los años treinta se puede decir que el capitalismo se ha embarcado en dos grandes regímenes políticos. El primero era el Keynesianismo que condujo a la creación del orden de Bretton Woods que duró aproximadamente hasta 1975. Su “liberalismo incrustado” (Ruggie, 1984) tuvo en cuenta la asignación de recursos, pero obligado por el proceso político, hubo de considerar las necesidades sociales. Este modelo fue seguido por el modelo neoliberal en el que la “hipótesis del mercado eficiente” (Farmer & Lo, 1999) estaba considerada más allá de toda duda.

Este enfoque proporcionó el fundamento para la globalización y la extensión del nuevo orden económico mundial,



facilitado en gran parte por el colapso repentino del orden alternativo comunista en la década de los noventa.

Sin embargo desde septiembre de 2008, los hechos indican que este modelo está agotado y no puede proporcionar la base para una recuperación sostenible de la crisis ni los cimientos para una nueva fase de acumulación de capital.

Cuando la crisis financiera comenzó a desarrollarse en septiembre del 2008, fue en general percibida como un fenómeno “Made in USA” y que impactó en todos los países del Sur incluyendo, tal y como Joseph Stiglitz nos recuerda, los que habían emprendido “sólidas” políticas macroeconómicas y una “buena” regulación del mercado financiero (Stiglitz, 2009). No existía la percepción de que esta crisis fuera el resultado de políticas macroeconómicas “equivocadas”, algo que se había repetido constantemente cuando las políticas económicas nacionales del Sur fueron acometidas en la década de los ochenta. La dependencia del desarrollo en el Sur quedaba clara ahora para todo el mundo (para conocer respuestas críticas a la crisis en el Sur ver Bello, 2009; Hausman, 2009; y Choike, 2009) y la atención se dirigió a los grandes desequilibrios en la economía global y a la omnipresente situación neocolonial de buena parte del Sur. También hacia un orden alternativo alter-mundista, a imagen y semejanza de la famosa Conferencia de Bandung en 1955, que dio origen al Movimiento de Países No Alineados. Cualesquiera que fueran las perspectivas para un Segundo Bandung en 2010 (ver Palat, 2008) está claro que el Sur está (re)encontrando un sentido de identidad en el transcurso de la gestión de los efectos de la crisis global. La arquitectura del sistema financiero global fue cuestionada. El enfado de los países del Sur se hizo evidente en la pre-



gunta retórica del Presidente Lula de si alguien había visto alguna vez algún gran banquero de raza negra.

La crisis económica global de 2008-2009 fue mayoritariamente observada a través de lentes occidentales. Ciertamente tendría algunos efectos colaterales desafortunados en el Sur, pero esto no se consideraba importante. Había otra versión, no obstante, que, más optimista, se aferraba a la esperanza de que el auge de las grandes economías del Sur como China, India y Brasil, no acusaría un impacto importante. En realidad, por supuesto, el sistema global financiero siempre fue la principal fuente de inestabilidad en el Sur. Cuando la crisis del este asiático en 1997 presagió lo que iba a suceder una década más tarde en el Norte, el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial (BM) respondieron con una llamada a una mayor apertura de los sistemas financieros nacionales y se mostraron horrorizados a cualquier posible restricción de movimientos del capital.

De alguna forma subestimado, Robert Wade ya había escrito en el 2006 que “Hay pocas evidencias para apoyar la propuesta de que abrir los mercados al capital generará un orden mundial más estable y equitativo; y muchas para apoyar, por el contrario, que incrementará la volatilidad y la propensión a la crisis financiera (Wade, 2006, p. 11). De hecho, hoy está bastante claro para todas las partes inmersas en este debate que el opuesto exacto es más verdadero.

Buena parte del discurso dominante sobre el Sur tiene un aire de irrealidad sobre esto. Diversos analistas afirman que China e India podrían ralentizar su crecimiento económico pero actuarían como motores de la recuperación mundial, y en el Sur el sector informal podría actuar como una red de seguridad para quienes están expulsados del



mercado laboral. “La situación en países desesperadamente pobres no es tan mala como pensarían”, declaró el ex Director Gerente del FMI (citado en Bremen, 2009, p. 30). En realidad la situación de los países más pobres del mundo ha pasado de mala a dramática. Piensen simplemente en los millones de trabajadores en la región costera de China que han sido forzados a volver a una ya empobrecida economía rural donde no existen puestos de trabajo. La tendencia global a un incremento de las desigualdades económicas (ver Arrighi et al., 2003) y a una mayor profundización en los niveles de exclusión social (Munck, 2005) documentados ya en la década de los noventa están ahora sufriendo una rápida aceleración.

El miedo de las clases dominantes a las “clases peligrosas” durante la Revolución Industrial se verá muchas veces aumentado a lo largo del desarrollo de la Revolución de la Globalización.

COMPLEJIDAD GLOBAL

Si bien existen numerosos debates en torno a la importancia de la globalización como un proceso complejo de muchos niveles, aún está escasamente teorizado. Lo global está más o menos dado por hecho y tiende a concebirse como algo mucho más unificado de lo que realmente es, prácticamente como una *deus-ex-machina* que desciende de las nubes. John Urry (2003) muy acertadamente nos orienta a enfocar mucho más sobre el complejo carácter de las emergentes relaciones mundiales. En vez de entender la globalización como una entidad única, unificada, inequívoca, el enfoque en su complejidad nos dirige hacia las relaciones entre estructura y proceso- un sistema y su entorno.



Para sostener la más antigua teoría de un “desarrollo desigual y combinado” (ver Van Der Linden, 2007) necesitamos estar mucho más alerta a las contradicciones en el nuevo orden mundial. En relación con el flujo de personas que llamamos migración, este enfoque entiende sus patrones como “una serie de olas turbulentas, con una jerarquía de remolinos y vórtices, con el globalismo como un virus que representa resistencia, y el sistema migratorio como una cascada que se mueve evitando cualquier equilibrio” (Papasiergiadis, citado por Urry, 2003: 62).

La movilidad es claramente la palabra clave, el motivo y la característica definitoria del nuevo orden mundial. Las corporaciones transnacionales fueron la fuerza motriz de la movilidad en la década de los setenta. Desde entonces las finanzas son los nuevos comunicadores fluidos y ahora las ideas y las personas se unen a ese mundo de flujos. Nada de esto es exactamente “libre y sin compromiso”, y mucho menos el trabajo. Discrepo en que Manuel Castells estaba equivocado al afirmar que “el capital y el trabajo viven en diferentes lugares y tiempos” (1996: 475). En la imagen por él descrita el capitalismo existe en un espacio de fluidos y vive a la velocidad de la luz en las nuevas tecnologías, mientras que el trabajo es principalmente local, existe en el espacio de lugares y vidas medidas por las unidades de tiempo tradicional. Incluso una década más tarde, esta afirmación parece extrañamente actual. Hoy la cuestión interesante no es si la movilidad existe, si no quién controla la movilidad laboral (Anderson, 2007: 6). Los/las trabajadores/as se mueven a través de las fronteras nacionales pero nunca llegan a estar estáticos. Mientras los mercados laborales en teoría no están regulados, el estatus de las personas inmigrantes puede variar a través de la acción, intervención patronal o a



través de las propias acciones. Claramente la movilidad no puede entenderse como un asunto de “o uno u otro”.

Otra palabra clave en el léxico de la economía política mundial del trabajo desde los ochenta es la flexibilidad. Para el capital global, la flexibilización del trabajo es un imperativo. Esto implica flexibilidad funcional, salarial y numérica. La flexibilidad espacial o geográfica del trabajo se requiere para alimentar este proceso de rápida crecimiento de la acumulación del capital: en 1970 había 82 millones de personas viviendo fuera de su país de nacimiento; en el 2000 esta cifra había ascendido a 175 millones. El avance hacia la flexibilidad laboral fue global en su naturaleza pero tomó diferentes formas en cada país en función del mercado laboral y de la fuerza del movimiento sindical en cada área. Este último responde a una campaña concertada por una “cláusula social” para ser incluido en acuerdos comerciales multilaterales con el fin de prevenir el “dumping social”. La OIT solicitó adhesiones para “convenciones centrales” como el derecho de organización y la abolición del trabajo esclavo. Diez años más tarde, no hay un acuerdo internacional claro para proteger las condiciones laborales.

Otra palabra que regresa es la “informalidad” y/o precarización. La informalidad es un término que data de los años sesenta y se refiere a los mercados laborales y procesos fuera del dominio del estado (Hilgers, 2008). Se asoció también al concepto de marginalidad. El trabajo precario – y los términos precarización y precariado (de proletariado)- es un concepto más moderno que destaca las formas de trabajo inciertas, difíciles e inestables a que las personas migrantes están sujetas. Abarca del trabajo agrícola estacional y temporal hasta el trabajo en el hogar, pasando por trabajadores de tiempos flexibles y autónomos. A escala glo-



bal, lo precario ya no está visto como una excepción. Para sus teóricos, “es un término de análisis para un proceso que apunta a un nuevo tipo de trabajo social” (Hagen, 2008). En particular el trabajo doméstico demuestra la naturaleza del nuevo trabajo precario en el que interactúan género, raza y el nuevo capitalismo (Rodríguez, 2007). Trabajo y sociedad, producción y reproducción, Norte y Sur, formal e informal, legal e ilegal ya no pueden ser rigurosamente separados.

MIGRACIÓN Y DESARROLLO

“Un fantasma recorre el mundo y es el fantasma de la migración” (Hardt y Negri, 2000: 213).

Este fue el apocalíptico mensaje de Hardt y Negri en su manifiesto comunista para el siglo XXI. Desde el otro extremo ideológico, se dice que el gurú neoliberal Milton Friedman ha afirmado: “Cuando menos se hable de migración, mejor”. Esta actitud es comprensible porque no hay razón lógica dentro del paradigma del libre mercado por la que, si los productos de consumo, las finanzas y las ideas cruzan libremente las fronteras, ¿por qué no iban a hacerlo las personas? La migración es, ciertamente, un asunto importante para los estrategas de la gobernanza, y de ahí que haya cierta especulación sobre el establecimiento de una Organización Mundial de Migración en la línea de la Organización Mundial del Comercio. No obstante, nuestro objetivo aquí está en la globalización y la migración desde la perspectiva del movimiento obrero, particularmente las perspectivas de la campaña por el “Trabajo Decente” de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) como una estrategia para el cambio social.

Vivimos en la era de la globalización, si bien en una donde la certeza de que “no hay alternativa” se ha evapo-



rado con la crisis financiera de otoño del 2008. Desde una perspectiva mundial, la globalización es, además de todo, una estrategia de desarrollo. Una plétora de publicaciones recientes (ver Leadbetter, 2002, Bhagwati, 2004, Woolf, 2004) ha fomentado la globalización como la respuesta a la pobreza mundial. Jagdish Bhagwati, en particular, defiende la globalización desde una perspectiva de desarrollo. En relación con las migraciones, Bhagwati argumenta que el futuro pertenece a aquellas naciones que sepan captar la realidad de la migración “y trabajar de forma creativa con los/las migrantes y la migración. Otras se quedarán atrás, implementando medidas restrictivas para controlar y cortar el nivel de migración. El futuro, sin duda, pertenece a las primeras” (2004: 218).

En la práctica, esto constituye una minoría entre los planificadores estatales, aunque bien puede ganar importancia con el tiempo. La migración aún simboliza la importancia (o la relativa debilidad) de la soberanía nacional implementada desde el control de las fronteras. La población migrante, podríamos decir, está en la mitad de camino entre fronteras, en parte en tránsito y en parte asentada. Se dice que la migración será un caso de análisis para los dirigentes de la globalización y será un elemento clave para determinar si se consigue una gobernanza sostenible a nivel global. También podríamos argumentar que la migración es un caso de análisis para el movimiento obrero contemporáneo. Históricamente, los sindicatos han mostrado hostilidad hacia la población migrante y no, a partes iguales (ver Penninx y Roosblad, 2000). La formación de una clase obrera y un movimiento obrero ha sido un proceso nacional, cuando no nacionalista. Los trabajadores/as pueden unirse para ejercer fuerza como colectivo, pero también han de estrechar



alianzas en base al género, la etnia/raza y la nacionalidad. Con el despliegue de la globalización y el nuevo y poderoso proceso de reestructuración del capital y desregulación del mercado, habrá una tendencia hacia tal reacción. La solidaridad podría verse cada vez más como algo que empieza en casa. En cualquier caso, hay signos –aunque aislados y esporádicos- de que muchos movimientos dedicados al trabajo se están orientando hacia los/las trabajadores migrantes de forma unificadora y solidaria. Los/las migrantes bien podrían aportar a los sindicatos una oportunidad de revitalización tras la larga arremetida neoliberal, especialmente ahora que el modelo de mercado no regulado ha implosionado. Abordar la migración de una forma igualitaria y democrática también puede revivir la autoridad moral del movimiento obrero en esferas más amplias de la sociedad. En términos de construir una hegemonía y articular un nuevo sentido común, la posición del movimiento obrero en relación con la migración podría formar parte de un nuevo renacer.

Es preciso abordar la separación conceptual y disciplinaria de la migración y los problemas del desarrollo. Esto es en parte debido a que especialidades académicas que tratan sobre fenómenos intrínsecamente relacionados se estudian de forma absolutamente aislada. Quizá el problema es más profundo de lo que parece a primera vista y refleja la eterna influencia del eurocentrismo en las ciencias sociales (ver Quijano, 2000). Aunque hay un interés creciente en la relación entre desarrollo y migración, éste es invariablemente desde la perspectiva del Norte, con un fuerte enfoque en la seguridad, en el control de las fronteras, la integración y la importancia de las transferencias económicas. En la década de los cincuenta, el desarrollo no se veía como algo



problemático, era el inevitable producto de un proceso de modernización. Durante muchas décadas, la práctica ha revelado que esto conduce al “desarrollo del subdesarrollo”, por decirlo de algún modo. Adoptar una perspectiva global y del Sur, significa mucho más que simplemente tomar el punto de vista de los países emisores. Stephen Castles y Raúl Delgado Wise señalan que “(i) significa desarrollar un análisis holístico e integrado que examine cada fenómeno específico (como la migración y el desarrollo) en el contexto más amplio de las dinámicas inherentes de las relaciones Norte-Sur” (Castles y Delgado Wise, 2007: 14). Esta tarea ahora exige adquirir conocimiento de las actuales complejidades a escala mundial y de la creciente incertidumbre en torno a los parámetros básicos del sistema capitalista desde la gran crisis financiera de octubre del 2008.

El discurso neoliberal asume una relación de mutuo beneficio entre la migración y el desarrollo; de hecho este ha sido el tema principal en los recientes debates sobre migración y formulación de políticas. El país emisor es visto como el principal beneficiario, y, sobre todo, las personas migrantes son consideradas como un obstáculo o incluso una amenaza para el Norte próspero y rico. Este discurso pretende enterrar cualquier análisis crítico sobre las causas profundas de la migración laboral a escala mundial, como el desarrollo desigual, la permanente dependencia del Sur con respecto a los regímenes capitalistas dominantes del Norte, o las políticas de globalización neoliberal. Las personas migrantes representan el retorno a la era colonial con patrones de trabajo forzado, en vista de que la exportación de trabajo barato y en precarias condiciones parece considerarse una vía legítima hacia el desarrollo. Las personas migrantes son vulnerables y están explotadas, sujetas a la



precarización y a la criminalización. La acumulación capitalista a escala mundial está profundizando esta tendencia hacia la expulsión de la fuerza de trabajo del empleo decente. Las remesas económicas que las personas migrantes envían a sus hogares se consideran una gran contribución al desarrollo, pero en realidad son solo la cara humana de un sistema inhumano que condena a millones de personas a una lucha cada vez más dura por la supervivencia.

VIEJO MUNDO/NUEVO MUNDO

Una entrevista realizada en el año 2003 al Presidente de la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres (CISL-o ICFTU, por sus siglas en inglés) sobre la economía informal y la migración era titulada: “Europa amenazada por la economía informal (CISL, 2003).

De manera implícita, las personas migrantes son también consideradas como una “amenaza” aunque CISL afirma que “las migraciones también traen aspectos positivos, como por ejemplo cuando Alemania invita a profesionales del sector de la ingeniería informática por la falta de personal cualificado (CISL, 2003). El problema que subyace en esta perspectiva es su eurocentrismo, que insiste en interpretar solo los patrones laborales de una pequeña parte del mundo, por un breve período de tiempo, como si fueran la norma. Ulrich Beck acuñó el término “Brasiliación” para describir como: “la estructura social en los núcleos industriales occidentales comienza a parecerse a los telares bordados del Sur, caracterizados por su diversidad, escasa claridad, y la inseguridad en las vidas y trabajos de las personas” (Beck, 2000: 1). Así, se considera que el aumento de los patrones de empleo “informal” y formas de trabajo precario es como si Occidente se igualara con el resto. Desde



una perspectiva global, esto no sería sorprendente y no deberíamos continuar centrando los patrones excepcionales de la Europa Occidental como si fueran la norma contra la que deberían medirse todas las demás experiencias.

La geografía de la globalización contemporánea guarda una estrecha relación con la historia de colonialismo e imperialismo incluso aunque esto no se haga explícito en las teorías sobre globalización. De similar manera, el hecho de que raza y etnicidad son elementos clave en la migración mundial no son normalmente destacados, ni siquiera en los estudios críticos sobre migración. Ciertamente estas divisiones no trazan tan clara y visiblemente los patrones migratorios como lo hacen los diferenciales riqueza/pobreza. Si aceptamos que no existe tal cosa como un verdadero mercado laboral mundial, entonces éste ha de ser segmentado, incluso segregado, en líneas de raza/etnicidad, entre otras.

Si la historia de un imperio fue la historia de una raza, la actual historia de la globalización, sus opositores (y resistencias) debe ser escrita en la gramática de la raza y la etnicidad. En cualquier caso, el modelo laboral dominante de migración no contribuye a deconstruir críticamente este proceso.

Como afirma Caroline Knowles, “trazar el mapa de los trayectos de la movilidad humana y las condiciones en que éstos se producen es una tarea urgente en el análisis de la gramática racial y étnica de la globalización” (Knowles, 2004: 124).

Con respecto a cómo la “raza” opera en relación con la “migración”, tal y como afirma Philip Marfleet, sencilla y claramente: “el control de la inmigración, racismo y exclusión son inseparables” (Marfleet, 2006: 289). En conjunto, las teorías sobre la globalización han descuidado la raza y la



etnicidad en su explicación sobre la construcción del nuevo orden mundial. Mientras el racismo y el “anti-inmigracionismo” no son, bajo ningún concepto, sinónimos, el debate sobre la racialización de las migraciones debe ser analizado, y tenido en cuenta, para tomar las medidas pertinentes. Los discursos racistas y los (a veces muy distintos) discursos xenófobos no son nociones diferenciales atávicas o intemporeales, si no más bien mecanismos de exclusión social.

Hemos de explorar los procesos particulares con que se construye y reconstruye el racismo en una era de inseguridad y cambios constantes. En el área del control de la inmigración en las fronteras nacionales, donde rara vez se toma en consideración el respeto a los derechos humanos, raza, etnicidad, y categorías nacionales son explícitamente utilizadas para filtrar y expulsar a quienes se considera indeseables, sucios, inservibles. Hoy en día, la diferenciación más clara es la del “otro” musulmán, considerado portador de las más retrógradas costumbres sociales, normas culturales e impulsos terroristas.

Ahora que estamos empezando a comprender cómo el viejo y el nuevo mundo están siempre/ya asimétricamente ligados, podemos volver a cómo los sindicatos y el movimiento obrero han afrontado los desafíos de este viejo/nuevo mundo.

Mientras los sindicatos dominantes en la esfera mundial (los de la Europa Occidental, dado su peso en la CIOSL) comenzaron a encarar la crisis del fordismo/keynesianismo/estado de bienestar en la década de los noventa, sus contrapartes en el Sur ya habían hecho frente a los ajustes estructurales más de una década antes. El sindicalismo social surgió en Brasil, Sudáfrica y Corea del Sur a principios de los años ochenta, como una respuesta innovadora



a la industrialización autoritaria. Si bien daba la impresión de que los/las trabajadores del Norte durante la era dorada del capitalismo eran pioneros indiscutibles de métodos organizacionales e innovación ideológica, éste ya no era el caso. La globalización integraba producción a una escala sin precedentes y unió los destinos de trabajadores de todo el mundo. En vez del clásico “imperialismo sindical”, los sindicalistas del Norte estaban buscando inspiración en los del Sur para hacer frente a la globalización.

Un giro en la actitud de los sindicatos dominantes se produjo entre 1995 y 2005. En 1995, CIO SL estuvo presente en la Cumbre Social de Naciones Unidas en Copenhague, y sufrió un serio revés al descubrir que había perdido su lugar de cabecera. Una década más tarde, los sindicatos se habían convertido en un elemento integral del Foro Social Mundial y sus filiales regionales. Los sindicatos parecían estar reconociendo que eran, una vez más, un movimiento social y no un interlocutor privilegiado del estado y el capital a puerta cerrada. En 1999, los muchos batallones del movimiento sindical en los Estados Unidos se unieron a los emergentes movimientos anti-globalización en Seattle, y se acuñó el eslogan “Camioneros y tortugas, unidos en la lucha”³. Por supuesto, esta “socialización” del movimiento obrero organizado estaba condenada a torcerse. En 1999 el abogado y diplomático chileno Juan Somavía fue elegido Director General de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), y prometió convocar al diálogo a las ONG con

3 N del T: ‘Teamsters-Turtles unite and fight’. Trabajadores del transporte (Teamster=Camioneros) se oponían a las políticas de la OMC que mermaban el derecho a la organización sindical. Por su parte los colectivos ecologistas (Turtles=Tortugas), disfrazados de tortugas, se oponían a las políticas medioambientales promovidas por la OMC que debilitaban la protección de estos animales. Tras décadas de desacuerdos, sindicalistas y ecologistas tomaban las calles juntos con reivindicaciones comunes.

esta organización tripartita. Sin embargo sus planes fueron bloqueados por la Sección Patronal de la OIT, y, más estrechamente, por su mal llamada Sección de Trabajadores.

¿TRABAJO DECENTE?

Ha habido un número importante de respuestas coherentes con los desafíos de la globalización, o mejor dicho, con su lado negativo. En cuanto a lograr una gobernanza mundial estable, ya estaba claro en el año 2000 que a menos que la globalización tuviera una “cara humana”, esto no sería sostenible. De esta forma, el Banco Mundial comenzó a preocuparse por tejer una “red de seguridad” mientras que el libre mercado implícito en la globalización excluía a millones de personas del derecho a un sustento básico. Pese al muy pregonado Consenso de Washington, que marcó la pauta en los años noventa en términos de una política económica centrada en la privatización, mercantilización y liberalización, estaba sujeto a revisión y crítica interna. Todas estas reformas desde arriba estaban diseñadas para hacer la globalización más aceptable, pero en la esencia no cambiaba nada.

En relación con el mundo laboral, la OIT avanzó un nuevo paradigma alternativo a través de su estrategia para lograr un “trabajo decente” en el año 1999. El trabajo decente se concebía como el principal pilar para el progreso social y económico en la era de la globalización, y un vehículo para cumplir con las aspiraciones laborales de las personas.

La OIT fue creada en 1919 para fomentar la mejora en las condiciones laborales e introdujo la economía en la sociedad. En términos Polanyianos, consistía en sacar al trabajo del mercado como un producto que podía ser comprado y vendido como cualquier otro. La OIT iba a establecer condi-



ciones laborales diseñadas para varios sistemas nacionales de regulación. Estos ayudarían a regular los mercados laborales nacionales y ofrecerían protección a los trabajadores, asumiendo que estarían contratados a jornada completa, y que serían, en su mayoría, varones. También de manera explícita se asumía que el modelo de la Europa Occidental de “partenariado social” era universal. Esta era la política laboral en la era keynesiana, basada en el pleno empleo y en la eficacia de las políticas macroeconómicas. Todo esto cambiaría en los años setenta cuando el keynesianismo fue barrido por la revolución neoliberal. En los ochenta, incluso en los núcleos industriales de Europa, la visión que la OIT tenía del mundo se había derrumbado en realidad. Abundaba el desempleo, y se culpó al modelo social de la crisis de “competitividad”, incluyendo la regulación preventiva que estaba en el núcleo de la razón de ser de la OIT y la vil interferencia por la que las instituciones consideraban que las negociaciones colectivas estaban distorsionando el mercado. La OIT desempeñó un modesto papel durante la desintegración del sistema soviético a finales de los años ochenta, a través del fomento de un modelo social de mercado, en oposición a los fundamentalismos del libre mercado. En cualquier caso, en los noventa, cuando ya dominaban la globalización y la flexibilidad del mercado laboral, la OIT comenzó a perder el rumbo. La campaña por el Trabajo Decente estaba diseñada para superar esta crisis; había sido asumida ampliamente, al menos oficialmente. Preocupada por mostrar el Trabajo Decente como un tema no ideológico, la OIT parece haber perdido la perspectiva. Como campaña, supone incluso un paso atrás con respecto a las históricas “directivas laborales” de la OIT ahora incluidas en difusos epígrafes que son parte de la legislación

internacional, como la prohibición de la explotación laboral infantil. El principal problema es que el mundo actual no es el de 1919, ni siquiera el de 1969, cuando la OIT recibió el Premio Nobel de la Paz. Como afirma Guy Standing: “la OIT fue creada como un medio para legitimar las demandas laborales, un sistema de relaciones patronal-trabajador para mejorar las condiciones laborales, y una forma de sacar el trabajo fuera del comercio internacional” (Standing, 2008: 380). Las relaciones laborales tripartitas a duras penas son el modelo dominante, la relación para mejorar las condiciones laborales sobrevive en muy pocos espacios, y el trabajo es, claramente, un producto de compra-venta dentro del mercado laboral mundial”.

Por supuesto, podríamos argumentar que el “trabajo decente” es mejor que la “carrera a la baja”. Es cierto que está motivado por una urgencia de reformación, pero aún podemos cuestionarnos si hay, o puede haber, un proyecto del movimiento obrero. Peter Waterman ha caracterizado la campaña por el Trabajo Decente como una “utopía nostálgica” (Waterman, 2008).

Es cierto que parte de un mundo de estados-nación y adecuadas relaciones industriales que, o bien están desapareciendo, o no han existido en la mayor parte del planeta. También es una utopía en el sentido de que parte del mito de que una era dorada de armonía social existió incluso en las tierras imperiales. Podríamos preguntarnos si la campaña por el Trabajo Decente, a pesar de sus limitaciones, podría desempeñar un papel en la “reducción de la pobreza y en una globalización justa e inclusiva” (OIT, 2008), como proponen sus defensores. En cualquier caso hemos de ser escépticos debido a la inherente debilidad de la OIT en relación con los dueños de la gobernanza mundial en la Or-

ganización Mundial del Comercio (OMC), el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional (FMI). La gobernanza mundial debe fomentar una “cara humana” si pretende legitimar su proyecto, esencialmente neoliberal. El proyecto de acumulación de capital y su campaña de legitimación social, son, en todo caso, parte integral de un programa de modernización capitalista que es perjudicial para el trabajo.

LAS PERSONAS MIGRANTES SON TRABAJADORAS

Ahora nos centraremos en el asunto de las personas migrantes como trabajadoras por diversas razones interrelacionadas. Este es un tema que resulta incómodo para los teóricos neoliberales. Se dice, que, su en un tiempo gurú Milton Friedman ha afirmado que “sobre migración, cuanto menos se hable, mejor”. Esto es comprensible ya que no parece haber una razón lógica por la que si el capital, las inversiones y las ideas fluyen libremente a través de las fronteras, no debería hacerlo también el trabajo. Hoy en día, la movilidad internacional está asegurada solo para una pequeña élite profesional cuyos conocimientos son requeridos en los países ricos.

Para la mayor parte de los trabajadores del mundo las fronteras nacionales son menos permeables en la era de la globalización que en el pasado. Se toman medidas de seguridad en relación con la migración y se despliega toda la parafernalia estatal de vigilancia y represión contra aquellos que lo único que hacen es tomar la palabra de la globalización y dejar sus tierras para mejorar sus condiciones de vida. Pese a los intentos de un debate sobre la necesidad de una Organización Mundial de la Migración, en consonancia con la Organización Mundial del Comercio, con el fin de regular la migración, lo más probable es que los dueños del



capitalismo mundial lo dejen de lado como un asunto descuidado y confuso. ¿No podría ser una oportunidad para los movimientos sociales, desafiando así el indiscutible papel del mercado no regulado?

Históricamente, el movimiento sindical también ha tenido dificultades para abordar el tema de la migración de acuerdo con sus principios básicos. Con demasiada frecuencia los activistas y analistas imbuídos por el espíritu del internacionalismo obrero olvidan cómo los mismos trabajadores se valen de formas de identidad ajenas a la clase para protegerse de la vorágine capitalista. Mientras el capital bien puede tratar al trabajo como un producto indiferenciado, los trabajadores invariablemente encuentran formas de vínculo como el género, el lugar, o la raza, para generar solidaridad en torno a su lucha sacando algo de ventaja dentro del caos creado por la modernización/globalización. Según Giovanni Arrighi, “como consecuencia, el patriarcado, el racismo y el chovinismo han sido esenciales en la construcción del movimiento obrero” (Arrighi, 1990: 93).

Esta historia a menudo es ignorada en los anales de la historia oficial de los sindicatos (y, lo que es más, por sus críticos), que tienden a difuminar el sexismo, el racismo y la xenofobia que son un elemento esencial en la mayoría de los movimientos sindicales. Reconocer esto es quizá el primer paso para abordarlo, y mucho mejor que seguir dependiendo de anodinas historias de solidaridad e internacionalismo.

Hay un debate convincente según el cual “la solidaridad con trabajadores migrantes está ayudando a los sindicatos a volver a los principios básicos del movimiento obrero” (David, n.d.).



Por un lado, los sindicatos han hecho frente al descenso de militantes e influencia en las dos pasadas décadas. Por otro, muchos sistemas sociales y políticos se encuentran privados de liderazgo en cuestiones relativas a la migración. A ambos lados del debate, los sindicatos tienen una oportunidad. En todo el mundo los sindicatos están organizándose con y en apoyo a los trabajadores migratorios (ver Kahman, 2002; Gray, 2007, Wrench, 2004, PICUM, 2005). Han hecho una causa común con ONGD y con asociaciones lideradas por personas inmigrantes, y trabajan por la organización sindical de estas personas (“obreros son obreros” es un eslogan común)

Por supuesto, un efecto de esta campaña es minimizar la capacidad de las patronales de usar trabajadores migrantes para recortar las condiciones salariales y laborales de los trabajadores nativos. En todo caso su impacto, como Davi afirma, es que “en respuesta a la globalización económica, los sindicatos están organizando una globalización de la solidaridad en defensa de las personas migrantes (David, n.d.).

Hay muchos ejemplos prácticos surgiendo en Europa, en particular, donde los sindicatos están abordando con formas innovadores las necesidades de los trabajadores migrantes. Es España, por ejemplo, Comisiones Obreras (CCOO) que tiene su origen en el Partido Comunista, ha establecido una red nacional (Centros de Información para Trabajadores Extranjeros - CITE) que sirve para asesorar a los trabajadores extranjeros en varios asuntos que van desde el visado, hasta la atención sanitaria, el idioma o problemas en sus lugares de trabajo. En el 2001, el gobierno español aprobó una Ley que criminalizaba la ayuda a trabajadores migrantes indocumentados. Dado que hay unos 750.000 trabaja-



dores indocumentados, esta ley es explícitamente ignorada por los sindicatos. Un portavoz de CCOO explica el tema de la inmigración: “necesitamos la inmigración. Los sindicatos deben cambiar y convertirse en proyectos multiculturales. Las personas en situación ilegal deben poder regularizar su situación...este es nuestro punto de vista” (Sahlström 2008). En estas declaraciones podemos ver cómo los temas por la migración, por ejemplo, en relación con la legalidad o en términos de lo que significa la solidaridad, puede terminar con viejas prácticas de los sindicatos que ahora resultan obsoletas. CCOO, sin duda, se ha convertido en el sindicato más ágil y políticamente creativo al comprometerse con los asuntos migratorios.

En Italia, la Confederación Italiana de Sindicatos del partido demócrata-cristiano ha establecido una red similar, a escala nacional y orientada a las necesidades de las personas inmigrantes, llamada Associazione Nazionale Oltre Le Frontiere (ANOLF), con delegaciones en Marruecos y Senegal. ANOLF trabaja para defender los derechos civiles de las personas inmigrantes, pero también trata de tender puentes (Sahlström, 2008) entre los sindicatos y otras organizaciones sociales. Para los sindicatos, apoyar la organización de las personas inmigrantes es un claro paso adelante en el camino hacia un sindicalismo social.

En términos generales, los sindicatos actúan con lentitud a la hora de acercar las demandas del movimiento obrero a las de los movimientos sociales. Así, en el año 1995 se descubrió que el 97 % de la Federación Americana del Trabajo-Congreso de Organizaciones Industriales (AFL-CIO) en Estados Unidos, sencillamente no contaba con una organización o programa de tipo comunitario (Tate, 2005: 92). La importancia de los sindicatos como una fuerza multi-ét-



nica, y capaz de abarcar todos los status, estaba claramente en cuestión. Pero al mismo tiempo, existía una campaña orquestada por muchas personas dentro del movimiento sindical para organizar, en particular, a los trabajadores migrantes. Las campañas orientadas a las personas inmigrantes para organizarse, unirse y reivindicar una mejora en sus condiciones, comenzó a extenderse. Con frecuencia una campaña que tenía su origen en una determinada comunidad étnica se extendía a todos los trabajadores migrantes. En muchos casos no eran los sindicatos los que hacían la organización, si no una plétora de organizaciones comunitarias híbridas, centros de trabajadores, grupos religiosos de base, o organizaciones nacionalistas. La forma de organización dominante era la que se basaba en estas redes variadas, con sus distintos militantes trabajando con o sin el movimiento sindical organizado. Lo que estas campañas tenían en común, como sugiere Vanessa Tate, “era una perspectiva organizativa agresiva, basada en las tácticas de los proyectos comunitarios y los movimientos sociales” (Tate, 2005: 191). Es demasiado temprano para determinar si este renacimiento a lo largo de la última década ha cambiado la opinión predominante en 1995 de que los sindicatos en EEUU existían para atender a usuarios varones, pero en cualquier caso ha cambiado la tendencia. A escala mundial vemos signos crecientes de un sindicalismo innovador y un movimiento obrero que destaca los asuntos migratorios, lo que supone tanto un desafío como una oportunidad para las reivindicaciones laborales (ver Kloosterboer, 2007).

En los próximos años la migración internacional del trabajo va en la dirección de convertirse en un asunto cada vez más importante, tanto en términos cuantitativos como cualitativos, y bien puede llegar a ser uno de los principa-



les rasgos definitorios del movimiento sindical. Un punto de inflexión fue la disputa en la compañía naviera Irish Ferries en Irlanda en el 2005 (ver Krings, 2007). Un grupo de marineros bien sindicado en esta compañía de Ferrys irlandeses se enfrentó a una patronal que, con el fin de recortar gastos, contrató los servicios de una agencia letona de trabajadores a quienes podía pagar menos de la mitad del salario mínimo legal. El sindicato irlandés tembló hasta los cimientos y crecían los rumores sobre el inminente despido de trabajadores nativos desplazados por extranjeros que saldrían mucho más baratos. Rápidamente la disputa se convirtió en un caso de estudio, ya que además implicaba al sindicato irlandés más grande (Sindicato de Servicios, Industria, Profesionales y Técnicos- (SIPTU)). Tuvieron lugar movilizaciones masivas y la patronal fue forzada a negociar por un gobierno comprometido con la base social. Sin embargo, la reacción de la población nativa estaba latente: en una movilización masiva convocada por los sindicatos para apoyar la causa de los trabajadores de Irish Ferries, podían leerse pancartas oficiales con el eslogan “No a los barcos de esclavos en el mar irlandés”, junto con otras bastante más rudimentarias que reivindicaban “Trabajos irlandeses para trabajadores irlandeses”. Al final, el movimiento obrero irlandés hizo de la mejora en las condiciones de los trabajadores migrantes una de las condiciones sine qua non en la siguiente ronda de negociaciones con gobierno y patronal que tuvo lugar en el 2006. Igualar las condiciones laborales al alza hizo que los trabajadores ganaran un mayor apoyo, como una estrategia sindical de miras que fue capaz de superar la tentación de culpar a los trabajadores “no nacionales” traídos por la patronal para recortar gastos.



PROTESTANDO CONTRA LA GLOBALIZACIÓN

Globalización, migración, y la necesidad de un “trabajo decente” son problemáticas inextricablemente unidas, o al menos deberían serlo. Para proporcionar respuestas al imperativo de un desarrollo mundial es esencial que sean abordadas de manera conjunta, en pleno conocimiento de su complejidad. Desde la perspectiva del movimiento obrero, la migración plantea un desafío, pero también una oportunidad. La era de los sistemas de relaciones industriales nacionales y el paradigma de desarrollo nacional ha sido desbancada por la globalización. Los sindicatos se están reestructurando a nivel local, nacional, regional y mundial. Son extremadamente conscientes de los asuntos del desarrollo global, no menos debido a la emergencia de China (seguida por India y Brasil) como un poder industrial mundial.

La “familia” Naciones Unidas abordará tanto el desarrollo como la migración dentro del contexto establecido por los mecanismos de gobernanza mundial. El movimiento obrero, comprometido a este nivel desde una perspectiva crítica, también avanza hacia un nuevo sindicalismo social que, necesariamente, tendrá en los trabajadores/as migratorios/as una de sus principales preocupaciones.

Hoy los sindicatos tienen una cúpula mundial organizada, la Confederación Sindical Internacional (ICTU/CSI), cuya instauración fue posible con el final de la Guerra Fría. ITUC, desde sus comienzos en 2006, ha buscado la consolidación de sus 175 millones de militantes y se ha erigido en la voz de los/las trabajadores en el debate sobre el futuro de la globalización. Por su parte, los antes denominados Secretariados Profesionales Internacionales (ITS, por sus siglas en



inglés), cuyos orígenes se remontan a los primeros tiempos de la organización de los/las trabajadores/as, tuvieron una segunda oportunidad cuando los sindicatos mundiales se organizaron en sectores especializados como el metal, educación, servicios públicos, ingenierías, transportes, etc.

En un sentido amplio, podemos afirmar que el movimiento obrero se está organizando para hacer frente a la globalización (consultar ITUC/CSI/IGB, 2009 para conocer su declaración en torno a la crisis económica). Los trabajadores son activos, tanto en el sentido marxista clásico con el proletariado emergente en áreas industrializadas del Sur, como en alianza con otros movimientos sociales, dada su participación al estilo Polanyiano en movimientos altermundistas que aúnan sectores de trabajadores/as marginales, empobrecidos y desposeídos por la globalización.

Si hoy el capitalismo mundial se caracteriza por un desarrollo tan desigual como en los tiempos de Marx, es improbable que veamos a los sindicatos mundiales alzarse completamente formados para hacerle frente. La globalización de la clase obrera no ha funcionado en el sentido que los marxistas asumían o esperaban. En vez de una generalización y homogeneización del proletariado industrial (de mediados del siglo XIX en Gran Bretaña), la proletarianización está teniendo lugar sin el proletariado marxista internacionalista y revolucionario. La diferencia, más que la homogeneización, parece ser la norma.

Enfocando sobre la complejidad espacial y social de las relaciones laborales transnacionales y su respuesta, nos movemos más allá del paradigma de la globalización como sujeto. Debemos prestar atención a John Urry cuando advierte que “muchos análisis de la globalización abordan de manera insuficiente el complejo carácter de las relaciones



sociales emergentes” (2000: 39). Esto es menos cierto hoy, con estudios sobre globalización de segunda o tercera generación abordando redes mundiales, comunidades y un mayor conocimiento de la complejidad mundial.

En la nueva geografía del trabajo, también se pone más atención e interés en comprender por qué “construir solidaridad a través del espacio- especialmente a escala internacional- no es un asunto sencillo, antes bien está cargado de complejidades (Herod 2001: 218).

Por encima de todo debemos tener en mente que la práctica del trabajo transnacional “es tanto sobre geografía como lo es sobre clase” (Herod, 2001: 218). Una estrategia general para el movimiento obrero adecuada a la era de la globalización debe, ineludiblemente, ser simultáneamente local-nacional-regional-mundial en sus atribuciones, y debe ser consciente y abierta a todos los niveles mientras trabaja, en la práctica, a uno u otro nivel espacial, como el local o el nacional. El nuevo capitalismo a todos los niveles requiere una respuesta del movimiento obrero a todos los niveles capaz de desnaturalizar el espacio y convertirlo en ventaja para los trabajadores/as.

Finalmente, con el fin de desarrollar un nuevo paradigma para el movimiento obrero y el desarrollo mundial, quiero desarrollar (al menos en estudios sobre el movimiento obrero) la cuestión del post-colonialismo y la perspectiva de los pueblos sometidos que se ha desatendido.

Desde los ataques en Wall Street y el Pentágono en el año 2001 y los eventos ocurridos a escala mundial desde entonces, surge una nueva cuestión colonial. La intrusión del mundo colonial en el corazón del poder financiero y militar del 11 de septiembre condujo inevitablemente al retorno del colonizador al mundo post-colonial. Este “retorno



de lo colonial” como Boa Santos afirma, puede ser entendido como “una metáfora para aquellos que perciben sus experiencias de vida como si estuvieran teniendo lugar al otro lado de la línea y se rebelan contra ella” (Santos, 2007: 55). Para Santos, quienes sufren “exclusión radical y son legalmente inexistentes” son los terroristas, los trabajadores/as migrantes, y los/las refugiados/as. Propongo ampliar la categoría para abarcar a los cada vez más trabajadores del mundo que están siendo desposeídos, excluidos y marginados por una máquina de acumulación de capital basada en el concepto de auto-regulación del mercado que no puede existir durante más tiempo “sin aniquilar la sustancia humana y natural de la sociedad”, como Polanyi proféticamente anunciaba (2001: 3).

Se dice que estamos en una era de transición de paradigmas, o, en términos de Gramsci, una en la que lo viejo está muriendo pero lo nuevo está por nacer. El largo enfrentamiento entre Oriente y Occidente está conduciendo a la pérdida de posiciones de este último, mientras que el orientalismo cierra el círculo. La histórica lucha entre el Norte y el Sur está experimentando un crecimiento en el nivel de protesta en la región Sur, especialmente en América Latina. Como Boa Santos ha afirmado, “la nueva subjetividad emergente es la subjetividad del Sur, y florece en el Sur” (Santos, 1995: 186). La subjetividad es un elemento clave y que se encuentra al frente de la progresiva transición de paradigmas. Nos permite romper decisivamente con cualquier resto de eurocentrismo y articular una emancipación mundial basada en las poblaciones mayoritarias del mundo. Este nuevo Sur no es solo una región geográfica, si no, más bien, una metáfora cultural para todas las clases sometidas, regiones, vecindarios y hogares. Este proyecto de transfor-

mación representa un claro rechazo al universalismo imperial de tan eurocéntricas nociones como una “sociedad civil mundial” y una recuperación de las luchas, aspiraciones y proyectos anti-hegemónicos que actualmente existen en todas las sociedades civiles.

REFERENCIAS

Anderson, B. (2007). *'Battles in Time: The Relation between Global and Labour Mobilities'*, WP-07-55, University of Oxford: COMPAS.

Arrighi, G. (1990). *'Marxist Century, American Century: The Making and Remaking of the World Labour Movement'*, New Left Review, No. 179, pp. 29-63.

Beck, U. (2000). *'The Brave New World Of Work'*. Cambridge: Polity Press.

Bello, W. (2009). *'Alternative view of the Economic Crisis, Focus on the Global South'* available at: <http://banglapraxis.wordpress.com/2009/02/11/walden-bello-interviewed-by-the-bbc-alternative-views-of-the-economic-crisis/>

Bhagwati, J. (2004) *'In Defense of Globalization'*. Oxford: Oxford University Press.

Bremen, J. (2009). *'Myth of the Global Safety Net'* New Left Review No 59 (September – October), pp. 29-36.

Castells, M. (1996). *The Rise of the Network Society Volume I: 'The Information Age: Economy, Society and Culture'*. Oxford: Blackwell.

Castles, S. and R. Delgado Wise. (2007). *'Migración y Desarrollo: Perspectivas desde el Sur'*, in S. Castles and R. Delgado Wise (eds.). *Migración y Desarrollo: Perspectivas desde el Sur*. México: Universidad Autónoma de Zacatecas.

Choike. (2009). *'The Global Financial Crisis: Implications for the South'*, [www.choike.org/\(2009\)/eng](http://www.choike.org/(2009)/eng).

David, N. (n.d). *'Migrants get unions backs to basics'*, Trade Union World.

Farmer, Doyne J and Andrew W. LO. (1999). 'Frontiers of finance: Evolution and Efficient Markets'. Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States of America, 96(18).

Gray, K. (2007). 'From Human to Workers Rights: The Emergence of a Migrant Workers Union Movement in Korea', Global Society, Vol.: 21, No. 2, pp. 297-315.

Hagen. (2008). 'Precarious, Precarization, Precariat?' This Tuesday: Logs on migration, labor, transnational organizing, available at: <http://thistuesday.org/node/93>.

Hausmann, R. (2009). 'Dealing with the global crisis: A view from the South' Vox: Research-based policy analysis and commentary from leading economists, available at: [http://voxeu.org/index.php?q=node/\(3092\)](http://voxeu.org/index.php?q=node/(3092)).

Hardt, M. and A. Negri. (2000). 'Empire'. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.

Herod, A. (2001). 'Labor Internationalism and the Contradictions of Globalization' Antipode, 33(3), pp. 407-26.

Hilgers, T. (2008). 'Recentring Informality on the Research Agenda', Latin American Research Review, 43(2), pp. 212-28.

ICFTU. (2003). 'Enlarged Europe under threat from the informal economy', Interview by Anne Renault of President Zdenek Malek., ICFTU Online.

International Labour Organization. (2008). 'Measurement of Decent Work'. Geneva: ILO.

Kahman, M. (2002). 'Trade Unions and Migrant Workers: Examples from the Unites States, South Africa and Spain'. Brussels: ICFTU.

Kloosterboer, D. (2007). 'Innovative Trade Union Strategies'. Utrecht: FNV.

Knowles, C. (2004) 'Race and Social Analysis'. London: Sage.

Krings, T. (2007). 'Equal rights for all workers: Irish trade unions and the challenge of labour migration', Irish Journal of Sociology, 16(1), pp. 43-61.

Leadebetter, C. (2002). 'Up the Down Escalator: Why the Global Pessimists are Wrong'. London: Penguin.

Marfleet, P. (2006). *'Refugees in a Global Era'*. Houndmills: Palgrave.

Munck, R. (2008) (ed.). *'Globalization and Migration: New Issues, New Politics'*, special issue of Third World Quarterly, Vol.: 38, No. 1.

Palat, R. A. (2008). *'A new Bandung?: Economic growth vs. distributive justice among emerging powers'*. Ravi Arvind Palat Futures, 40(8), October, pp. 721-734.

Penninx, R. and J. Roosblad. eds. (2000). *'Trade Unions, Immigration and Immigrants in Europe, (1960)-(1993)'*. Oxford: Berghahn Books.

Polanyi, K (2001) *'The Great transformation: The political and economic origins of our time'*. Boston: Beacon Press

Platform for International Cooperation on Undocumented Migrant (PICUM). (2005). *'Ten ways to Protect Undocumented Migrant Workers'*. Brussels: PICUM .

Quijano, A. (2000). *'Coloniality of Power, and Eurocentrism in Latin America'*, International Sociology, 15(2), pp. 215-232.

Rodriguez, E.G. (2007). *'Hidden Side of the Economy'*: on Transnational Migration, Domestic Work, and Unprecedented Intimacy', (mimeo).

Ruggie, J. (1984). *'International Regimes, Transitions and Change: Embedded Liberalism in the Postwar Economic Order'*, International Organizations, 36: pp. 397-415.

Sahlström, O. (2008). *'Migration- a lever for union renewal?'* [www.eurozine.com/articles/\(2008\)-07-22-sahlstrom-en.html](http://www.eurozine.com/articles/(2008)-07-22-sahlstrom-en.html) Put full citation

Standing, G. (2008). *'The ILO: An Agency for Globalization?'*, Development and Change, Vol.: 39, No. 3, pp 355-384.

Sousa Santos, B de. (2007). *'Beyond abyssal thinking'*: From global lines to ecologies of knowledges Review XXX, 1

Stiglitz, J. (2009). *'Made in USA'* Crisis now affecting developing countries < SUNS # (6659), 13 March.

Urry, J. (2003). *'Global Complexity'* Cambridge: Polity.

Van Der Linden, M. (2007). 'The 'Law' of Uneven and Combined Development', *Historical Materialism*, 15(1), pp 145-65. It is not referenced in the text

Wade, R. (2008). 'Financial Regime Change?' *New Left Review* No 53 (Sept/Oct), pp5-21.

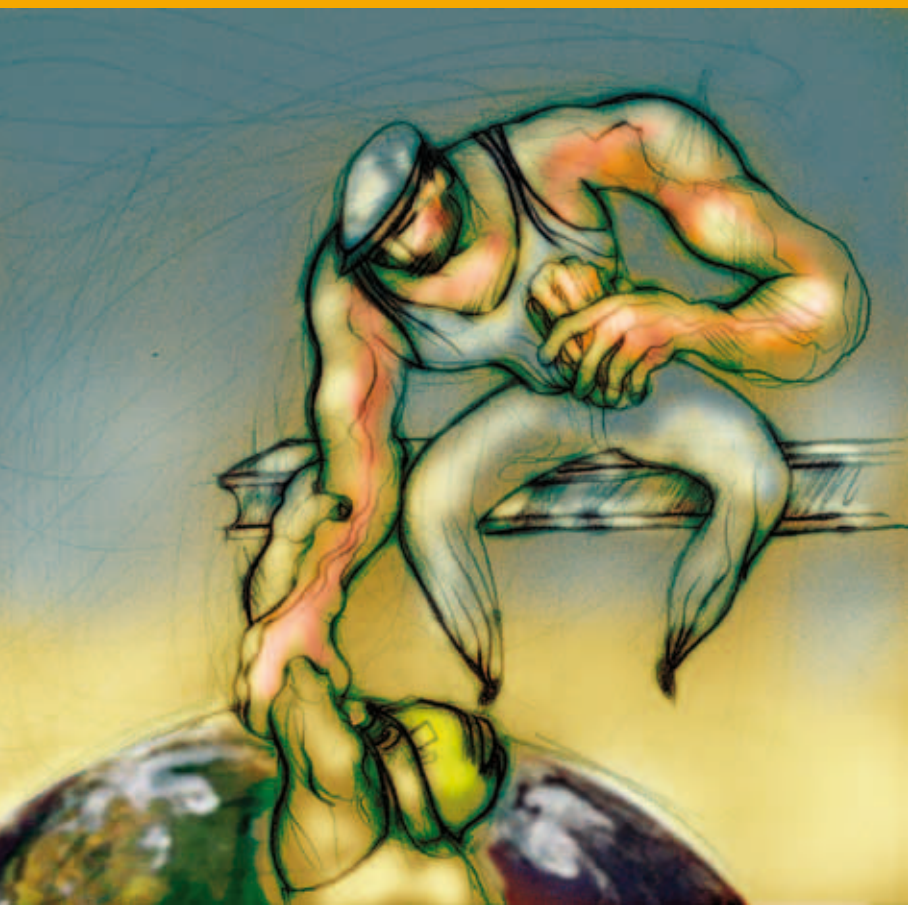
_____.(2006). 'Choking the South: World Finance and Underdevelopment', *New Left Review*, 39 (March-April), pp115-127.

Waterman, P. (2008). 'Needed: A Global Labour Charter Movement'. < Mimeo > .

Woolf, M. (2004). 'Why Globalization Works'. New Haven: Yale University Press.

Wrench, J. (2004). 'Trade Union Responses to Immigrants and Ethnic Inequality in Denmark and the UK: The Context of Consensus and Conflict', *European Journal of Industrial Relations*, 10(1), pp. 7-30.





5. ¿MÁS ALLÁ DEL NORTE Y EL SUR? MIGRACIÓN, INFORMALIZACIÓN Y REVITALIZACIÓN DE LOS SINDICATOS

RESUMEN

Podríamos argumentar que la gran confusión económica global desatada por la crisis bancaria del año 2007 estaría conduciendo a una profundización de la globalización, más que a su repliegue. Quizá estamos yendo hacia un mundo “más allá del Norte y el Sur”. Después de todo, algunos de los países BRIC (Brasil, Rusia, India y China) están abocados a formar parte del grupo de poder del nuevo orden mundial.

La crisis económica parece haberse agudizado en los viejos núcleos industriales del capitalismo en el Norte, mientras en el Sur una nueva y dinámica fase de desarrollo se vislumbra en el horizonte (Munck 2010 a). Mi enfoque en este asunto es de abajo hacia arriba, es decir, preguntando si podría revitalizarse el movimiento obrero a través de ser forzado a tratar con nuevas prácticas laborales y un incremento del flujo internacional de trabajadores.

El primer epígrafe de este artículo, *La reestructuración del trabajo*, repasa los acontecimientos importantes relativos a las condiciones laborales a lo largo del último cuarto de siglo. Flexibilización, informalización, desregulación y el surgimiento de lo que se ha dado en llamar “precariedad” o el “proletariado precario”, por así decirlo. Podría decirse que este es un proceso a escala mundial que no puede ser confinado al llamado “mundo subdesarrollado” o al Sur. Así en el epígrafe *El movimiento obrero*, abordo el asunto del incremento del flujo internacional de trabajadores en las décadas recientes. En teoría este proceso conducirá a una

merma de las condiciones laborales garantizando la ventaja del sistema capitalista tras la introducción de competitividad entre los trabajadores. También podemos ver cómo el trabajo precario está con frecuencia acompañado por una ciudadanía precaria para la mayor parte de las personas migrantes. Pero, por otro lado, ¿qué pasaría si los incipientes pasos hacia la revitalización de los sindicatos- *El resurgimiento del movimiento obrero*, el tercer epígrafe que aquí se presenta- empieza a conducirnos a la práctica de “el internacionalismo empieza en casa”, y a la priorización de la organización de esta nueva precariedad? Como en anteriores secciones, considero que las principales lecciones a este respecto provendrán del Sur, donde los sindicatos han abordado de forma creativa los flujos de migración internacional en el pasado. Si algo hemos aprendido desde la crisis mundial de 2008-2009 es que deberíamos ahora desplazar los términos de análisis “más allá del Norte y el Sur” y construir un movimiento social mundial que es la respuesta inevitable a la dominación del libre mercado en los últimos 25 años.

LA REESTRUCTURACIÓN DEL TRABAJO

“La consecuencia no buscada de la utopía neoliberal del libre mercado es la “Brasiliación” del Occidente....la expansión de empleo temporal y precario, la falta de estabilidad y la informalidad han penetrado en las sociedades occidentales que eran hasta entonces los bastiones del pleno empleo” (Beck 2000:1)

Cuando los sociólogos alemanes comienzan a preocuparse por la “brasiliación” de una sociedad considerada hasta entonces desarrollada, avanzada y de pleno empleo, podemos asumir que algunos cambios significativos se están produciendo. Las relaciones de producción precarias,

inseguras e informales que se contaban en una décima parte de las personas contratadas en la Alemania de los años sesenta, hoy han ascendido a un 40 %. ¿Nos muestra Brasil lo que será el futuro de Alemania en una dramática inversión del dicho marxista de que la Inglaterra industrializada nos mostraría lo que le esperaba al resto del mundo?

Antes de la occidentalización de la distinción entre el sector formal y el informal en la década de los setenta (ver Hart 1973) ya existía en América Latina un encendido debate en torno al concepto de “marginalidad”. La teoría de modernización dominante a lo largo de los años cincuenta y sesenta lo tuvo difícil para dar explicaciones sobre el amplio número de inmigrantes desempleados en torno a las capitales, en viviendas provisionales y que parecían, en todos los sentidos, “marginales”, ajenos a la supuesta modernización de la sociedad.

Incluso desde el ámbito marxista, autores como José Nun (1969), afirmaban que las personas pobres eran “disfuncionales” dentro del sistema de desarrollo capitalista.

A diferencia del clásico marxista “ejército de reserva industrial”, la nueva inmigración urbana empobrecida no era ni siquiera potencialmente útil, y era, sencillamente, marginal al régimen de acumulación del capital. Gradualmente se fue construyendo una crítica sobre esta perspectiva de modernización marxista, que fue reemplazada por una perspectiva mejor fundada.

Fue el teórico social brasileño Chico de Oliveira quien de forma más clara mostró en su “Crítica de la razón dualista” (Oliveira 1972) que las actividades del llamado sector marginal fueron, de hecho, generadas por sistema capitalista moderno y beneficiosas para él.



El comercio a pequeña escala facilitó la distribución de mercancía y el auto-abastecimiento de los barrios de chaboleros le ahorró al capital el coste de las viviendas de los trabajadores. En un enfoque más amplio, el sector urbano informal (tanto la pequeña burguesía autónoma como el proletariado informal) debería considerarse que remitían a la acumulación capitalista a través de sus altos niveles de auto-explotación.

En vez de abordar el “sector informal” (un término que sugiere una unidad y coherencia que en realidad no tiene) deberíamos, quizás, poner más atención al proceso de informalización, una tendencia acentuada en la era de globalización con el aumento de la desregulación laboral y la desposesión de los/las trabajadores/as.

En un sentido más amplio podemos mostrar que el dualismo explícito de la distinción formal/informal adolece de varias debilidades de análisis. Plantea dos sectores estancos que simplemente no pueden ser diferenciados en la práctica, y no contempla categorías de empleo híbridas o intermedias.

Esto no significa negar la importancia de una relación no regulada/informal de producción y una generación de ingresos que no es “marginal” al desarrollo capitalista, si no un elemento esencial de su dinámica. Esto no es una desafortunada continuación de la era pre-moderna, o el dudoso privilegio de las economías “subdesarrolladas”. Más bien es clave en el despertar del poder social del movimiento obrero y de la atomización de la fuerza de trabajo. El Banco Mundial está sencillamente equivocado en teoría y práctica cuando afirma que: “El sector informal se hunde con el desarrollo (Banco Mundial 1995:35). Un desarrollo desigual del capitalismo ha llevado producción de alta tecnología al



Sur, pero al mismo tiempo reproducirá y expandirá prácticas del llamado trabajo informal a lo largo y ancho del orbe. Hoy podemos referirnos a una clase obrera mundial informal, siguiendo a Davis, “es una clase social sin precedentes, que supera el billón de personas, y crece a gran velocidad” (Davis 2007:178). La crisis en los años ochenta condujo a un masivo incremento del llamado trabajo informal que era todo lo que había entre los colectivos trabajadores pobres y las hambrunas en el Sur. Pero también estaba provista con lo que Davis denominaba “una sigilosa fuerza de trabajo para una economía formal” (Davis 2007:178) en el Norte con la apariencia de un Wal-Mart y otras compañías multinacionales creando cadenas de producción que se adentraban profundamente en el sector informal del Sur. Lo que hoy vemos es un patrón más allá de la división formal/informal (Norte/Sur), con un continuum que se enraíza cada vez más profundamente, en la fuerza de trabajo informal del Sur y en las economías en recesión del Norte.

En términos de desarrollar una perspectiva del movimiento obrero en relación a esta nueva clase obrera informal a escala mundial, necesitamos ir más allá de la eterna concepción eurocéntrica de que es únicamente un fenómeno del Sur. En el 2004 la Organización Internacional del Trabajo (OIT) desarrolló un estudio a escala mundial sobre la seguridad económica, y descubrió que tres cuartos de la población del planeta vivían en situación de inseguridad económica (OIT 2004). El término “precariado” (una mezcla de la clásica noción de “proletariado” con el adjetivo añadido de la precarización, que está creando una vida más precaria) está esencialmente diseñado para captar la norma, cada vez más extendida, de trabajo inseguro. Hay poca seguridad en términos de ocupación laboral (tener un pues-



to de trabajo), de derechos laborales, y, de hecho, en términos de la propia vida e integridad física, en cada vez un mayor número de trabajadores. Hoy, con el impacto de la recesión de los años 2008-2009 y la conmoción de los mercados financieros, cada vez está más claro que el “precariado” y la inseguridad laboral irán en aumento. Sin exagerar mucho, Peter Hall-Jones ha afirmado recientemente que “el precariado se está convirtiendo en la norma, no en la excepción” (Hall-Jones). Durante décadas la OIT ha utilizado la categoría de “trabajo atípico” pero, ¿captaba realmente la nueva norma de trabajo contingente, precario, inseguro? Esto implica que si luchamos por el “trabajo decente” una norma pre-existente de trabajo “típico” podría restablecerse con relaciones tripartitas estables entre sindicatos, gobiernos y patronales. De hecho, es dudoso si la percepción que la OIT tiene sobre el mundo del trabajo fue alguna vez precisa incluso para los núcleos industriales de Escandinavia en el auge del boom de post-guerra. Es cierto que hoy lo atípico predomina en forma de desempleo, trabajadores por cuenta propia, agricultura de subsistencia, trabajadores “free lance”, etc.

Volviendo a Brasil, ¿cómo respondieron los sindicatos a la informalización del trabajo y al incremento del “precariado”? Recordemos que, en la década de los ochenta, Brasil contaba con uno de los sindicatos más fuertes del mundo, que dio paso al auge del Partido de los Trabajadores y a la presidencia de Lula desde el 2003 al 2010. El desarrollo capitalista en Brasil durante la década de los noventa condujo a una reestructuración considerable del movimiento obrero con una mayor deslocalización, tele-trabajo, flexibilización y especialización en el sector formal. Mientras que los sindicatos han conservado la capacidad de movilizar a



los/las trabajadores/as, han sufrido una gran desorientación a causa de este proceso de reestructuración. Las tasas de empleo han caído vertiginosamente en el sector formal, y con ellas la militancia sindical. La norma absoluta en las directivas es la de la subcontratación de empresas, y con la deslocalización, el control más allá de las fronteras está fuera del alcance de los sindicatos. Decir que esto ha creado un impasse para los sindicatos es, ciertamente, quedarse corto.

Como afirma José Ricardo Ramalho: “La precariedad laboral se ha extendido en Brasil y la mayor parte de los sindicatos han sido incapaces de desarrollar nuevas formas de acción. De hecho, su supervivencia como organizaciones está en juego” (Ramalho 1999:171). Mientras que el movimiento obrero organizado en Brasil solo puede reivindicar al Partido de los Trabajadores como único representante, su influencia es cada vez más restringida por la reestructuración antes mencionada, y por el auge del “precariado”. Hay sectores en los sindicatos que se han sobrepuesto al corporativismo y asumido los problemas laborales en su sentido más amplio, incluyendo sectores no organizados por sindicatos. Con respecto a esto, para responder a la actual crisis probablemente es necesario un reflorecimiento de la orientación que tenían los sindicatos de trabajadores del metal a finales de los años setenta, con su práctica de “sindicalismo de movimiento social”, que veía el trabajo en un contexto amplio, incluyendo a la comunidad, y no solo el lugar de trabajo.

Los sindicatos con frecuencia son burocráticos (véase la famosa “ley de hierro de la oligarquía” en relación a los sindicatos de Roberto Michel), y pueden, sin duda, firmar acuerdos de “Luna de miel” con las patronales, o desarrollar relaciones corruptas con gobiernos. En cualquier caso, han



sido severamente afectados, casi a escala universal, por los últimos 25 años de reestructuración del capital y descomposición del movimiento obrero. A pesar de sus fracasos, argumentaría que los sindicatos siguen siendo la principal representación de los intereses de la clase trabajadora y, aunque de forma irregular, conservan la capacidad de reinventarse a sí mismos. Mientras que la respuesta de los sindicatos ha sido lenta, ahora podemos apreciar un intento coordinado de ir más allá del empleo formal. Así, en muchos países vemos sindicatos que organizan trabajadores “free lance” (por ejemplo, los principales sindicatos de medios de comunicación en Canadá), trabajadores de agencia (en la mayor parte de los países escandinavos), autónomos (Holanda), mujeres por cuenta propia (el sindicato SEWA en la India), trabajadores/as inmigrantes (España e Italia), y por supuesto, el creciente número de personas que engrosan las listas del desempleo en muchos países. Por fin vemos la posibilidad de un movimiento que vaya más allá de la corriente burocrática que dispersa y resta poder al movimiento obrero.

EL MOVIMIENTO OBRERO

“Un fantasma recorre el mundo y es el fantasma de la migración. Todos los poderes del viejo mundo están aliados en una operación despiadada contra él, pero el movimiento es irresistible” (Hardt y Negri, 2000: 213).

El fantasma del comunismo ya no recorre el mundo, ahora su papel ha sido asumido por el “precariado” mundial en lo que Hardt y Negri llaman su “irreprimible deseo de moverse libremente” (Hardt and Negri 2000: 213). Mientras que el éxodo puede considerarse como una poderosa forma de lucha de clase contra el nuevo orden imperial aún



es claramente una forma de lucha espontánea, incluso inintencionada. La movilidad y la migración se consideran un trastorno de los límites disciplinarios. Es cierto que el trabajo está en movimiento en muy diversas maneras, y trasciende incluso más allá del más riguroso control fronterizo del estado más capitalista.

A un nivel más prosaico, la migración puede considerarse como parte integral de la regulación del mercado laboral en la era de la globalización. Las economías del, en un pasado, próspero Norte aún dependen de la disponibilidad de la mano de obra migrante. Estos trabajadores son con frecuencia más vulnerables y carecen de muchos derechos básicos.

Como apunta Harold Bauder, “la migración internacional es una herramienta reguladora del mercado laboral” (Bauder 2006:4) permitiendo a las patronales bajar los sueldos y las condiciones laborales a través de la introducción de fuerza de trabajo migrante “barata y flexible”. ¿Estamos siendo testigos del surgimiento de lo que Pierre Bourdieu definió como “ejército de reserva de trabajo” (Bourdieu 2002:40) a nivel global? Si este es el caso los movimientos sindicales deberían responder con una política inclusiva hacia los/las trabajadores/as migrantes y no mediante un proteccionismo nacional como ha sucedido tantas veces en el pasado (ver Penninx y Roosblad, 2000).

El concepto “precariado” presentado en la sección anterior está haciéndose evidente con el surgimiento de un nuevo trabajador precario en tiempos de recesión. Estos trabajadores son la punta de la ofensiva capitalista neoliberal contra los derechos laborales. Por supuesto los sindicatos y otros movimientos sociales pueden responder de diferentes maneras. Pueden incorporar a estos trabajadores a

sus organizaciones y presionar para obtener mejoras en los derechos laborales en una carrera contra el neoliberalismo, o, por el contrario, pueden seguir la corriente del discurso racista y xenófobo y contribuir a actitudes discriminatorias en los lugares de trabajo. En cualquier caso, la precariedad (como informalización o irregularización) no debería ser entendida como una simple oposición binaria frente al mítico estatus laboral estable-formal-regular, si no como un proceso con muchos niveles y dimensiones que afecta a todos/as los/las trabajadores/as (ver Goldring y Landholt 2010)

Para muchas personas migrantes hoy en día, trabajo precario está unido a ciudadanía precaria. Los franceses sin papeles son un claro ejemplo de la nueva fuerza de trabajo, móvil, temporal y desechable. Las categorías de ciudadanía son probablemente la principal fuente de división dentro de la fuerza de trabajo mundial. La segmentación del mercado laboral puede estar directamente relacionada con los diferentes estatus de ciudadanía.

Van Parijs llega a afirmar que dicho estatus ha ejercido una influencia notablemente más poderosa en la distribución de bienes que la riqueza o el currículum profesional (Van Parijs 1992: 162).

Podemos, sin duda, ver un avance coordinado desde el año 2001 (con el 11S y la llamada “guerra del terror”) hacia lo que solo puede denominarse irregularización de la ciudadanía, ya que las fronteras antes seguras entre el ciudadano autóctono y el foráneo desaparecen cuando el estado de excepción se convierte en la norma.

La pregunta obvia es “¿Qué hay que hacer?”. Podríamos reclamar una re-regulación del mercado laboral, como los lúcidos sectores capitalistas están haciendo en relación con las finanzas.



La campaña por el Trabajo Decente de la OIT proporciona una respuesta coherente a las demandas del “precarizado” mundial. Muchos gobiernos nacionales y la Oficina Internacional de Migraciones prometen proporcionar una clara ruta de acceso a la ciudadanía para las personas migrantes. Aún así, la “gestión de la migración” como un proyecto global es un elemento esencial de la nueva estrategia neoliberal para salvar el globalismo del capitalismo no regulado.

En realidad nunca hubo una era dorada en la que los derechos laborales de todos/as fueran respetados, un estado al que ahora podemos volver. En cualquier caso, la crisis mundial de 2008-2009 ha posibilitado una protesta mucho más legítima al “no hay alternativa” aceptado como norma y la reconstrucción de una perspectiva laboral democrática donde los puntos de vista globales, regionales, nacionales y locales estén sincronizados.

La crisis económica mundial está teniendo un efecto importante en los trabajadores más allá de las fronteras nacionales, y no podemos predecir el resultado final. En el pasado la contratación de trabajadores migrantes ha sido muy susceptible a los ciclos económicos. Desde 2008-2009 hemos sido testigos de un descenso de las migraciones irregulares en particular, y una aguda disminución de los remesas de dinero.

Las industrias en las que predominaban las personas migrantes, como la construcción o servicios, han sido particularmente vulnerables a esta recesión económica. En cualquier caso, ahora parece claro que no podemos establecer sin más paralelismos con la depresión de los años treinta o incluso con la crisis capitalista occidental de 1973 en términos de su impacto sobre los/las trabajadores/as migrantes.



El mundo de 2008-2009 es mucho más integrado que lo era entonces, por lo que la recesión económica es más global y no hay un puerto seguro al que las personas migrantes puedan retornar.

La globalización ha creado un mundo mucho más integrado económica, social y espacialmente. Las diásporas por el trabajo han formado densas redes sociales íntimamente integradas en la expansión espacial del capitalismo global. Es a través de estas redes, como David Harvey afirma, que “vemos ahora los efectos del colapso financiero que llega hasta el último rincón de la África rural o de la India campesina” (Harvey 2010:147).

El impacto en las remesas económicas enviadas por las personas migrantes a sus familias, es de crucial importancia para el desarrollo, y un asunto especialmente sensible. El régimen de gobernanza global post-crisis podría coger el toro por los cuernos en este sentido. Tal y como apuntan Castles y Vezzoli, podríamos ver “nuevos patrones de migración, nuevos países emisores y receptores y el auge de un nuevo orden migratorio” (Castles y Vezzoli 2009:74). Cualesquiera las variables que surjan, lo único cierto ahora es que la migración no es un chorro que las políticas puedan abrir y cerrar a voluntad como si fuera un grifo. Si hubiera un estado global verdaderamente efectivo, en realidad, un movimiento obrero global fuerte y reconocido sería necesario para abordar el asunto de las migraciones globales. Por el momento parece improbable que el flujo de personas sea sujeto de regulación como, por ejemplo, la OMC hace con el comercio. En todo caso, y según Natasha David, “en respuesta a la globalización económica, los sindicatos están organizando una globalización de la solidaridad en defensa de las personas migrantes” (David 2002:74). Esto está suce-



diendo de manera desigual a lo largo y ancho del planeta. Los sindicatos sudafricanos reaccionaron con decisión contra la persecución de personas inmigrantes en el 2008. Los sindicatos franceses, por otra parte, han estado a veces al frente de los ataques sobre inmigrantes. Pero es imposible rehuir la existencia de la migración, y será imposible un sindicalismo coherente y una estrategia de renovación democrática si no se tiene en cuenta a las personas migrantes.

El compromiso de los sindicatos con los/las trabajadores/as migrantes se tratará más a fondo en la próxima sección, en la que se exploran diversas formas de sindicalismo social y comunitario.

Pero manteniéndome en el tema del avance de los trabajadores/as me gustaría recordar que buena parte de las migraciones son internas, tanto como internacionales. Así es que, mientras que existen probablemente unos 200 millones de migrantes transnacionales (esto es, personas que viven fuera de su país de nacimiento) hay unos 100 millones de migrantes internos en China y la increíble cantidad de 300 millones (30 % de la población) en la India. Deberíamos ser muy cautelosos en lo que puede ser situar una barrera conceptual artificial entre migrantes nacionales e internacionales. La “era de la migración” también es claramente una era de masivos flujos de población *dentro* de los países, especialmente en el Sur, que es probablemente el espacio en que tendrá lugar la próxima fase de acumulación del capital.

La migración- en toda su complejidad- está así íntimamente ligada a las perspectivas para un desarrollo global. Los gobiernos nacionales actualmente ponen el foco en la relación migración internacional-desarrollo, el tema de los envíos económicos, la llamada fuga de cerebros y el posible



fomento de la migración circular. Desde la perspectiva de los sindicatos y los movimientos obreros- especialmente en el Sur- debería considerarse igualmente importante. Muchos movimientos sindicales fueron creados en torno a la incorporación de migraciones internas en el movimiento obrero. Se convirtieron en principales adalides del desarrollo- a través de su fuerza de trabajo, y en promotores esenciales de la democracia y la liberación nacional. En la era actual el necesario estímulo del internacionalismo obrero no debería impedir la implicación del movimiento en la promoción de un desarrollo nacional democrático en aquellas partes del mundo en las que ha impactado histórica (y hoy, negativamente) la incorporación dentro de la economía mundial basada en parámetros injustos y de dependencia.

EL RESURGIMIENTO DEL MOVIMIENTO OBRERO

“En su esencia, el capital es global...como norma, el trabajo es local...el trabajo está disgregado en su ejecución, fragmentado en su organización, diversificado en su existencia, dividido en su acción colectiva” (Castells 1996:475).

En uno de sus escritos posteriores Castells presenta una postura aún más categórica: “El movimiento obrero parece estar siendo históricamente desbancado” (Castells 2004: 425). En la primera sección de este capítulo hemos examinado el proceso de informalización que disgrega el movimiento obrero y fragmenta sus organizaciones. En la sección que examina los avances de los obreros hemos mostrado que mientras el trabajo podría ser predominantemente local, también fluye dentro y entre países. Lo que esta sección abordará es el desafío más amplio planteado por Manuel Castells, es decir, que el movimiento obrero está hoy efectivamente superado en la era de un capitalismo en



red. Podemos empezar reconsiderando el rol contradictorio de los sindicatos en las sociedades capitalistas. Perry Anderson escribía que “los sindicatos son esencialmente una representación de facto de la clase obrera en su lugar de trabajo” (Anderson 1977:335). Ellos simplemente reflejan la división capitalista del trabajo y su única arma es su ausencia (la huelga). Contra esta concepción negativa (que indudablemente refleja una determinada realidad social) podemos contraponer una visión de los sindicatos como escuelas de socialismo. Gerald Friedman, en “Reavivando el movimiento obrero”, se ha referido recientemente a cómo el movimiento obrero, durante más de un siglo “se ha estado construyendo cada vez con más fuerza, haciendo a la sociedad más democrática, más respetuosa con los colectivos más empobrecidos, y poniendo las reivindicaciones por los derechos humanos por encima de las de la propiedad capitalista” (Friedman 2008:10). Este punto de vista parece demasiado alejado de la otra visión, más negativa, señalada anteriormente, pero puede que sea contradictoria sin ser incompatible con la clásica visión de sindicalismo económico. Hay un antiguo póster de un sindicato de los años veinte que muestra a un sindicalista con dos cara; una enterrando a un capitalista y la otra haciendo de su doctor. Esta misma es la actual contradicción del sindicalismo bajo el capitalismo.

También necesitamos entender que los sindicatos no llegaron a formarse completamente con sedes nacionales y estructuras burocráticas. Desde el comienzo la dimensión internacional fue crucial y los/las trabajadores migrantes fueron esenciales. Como Van der Linden señala, “impresores y mineros fueron pioneros en la formación de los Secretariados Profesionales Internacionales en 1860” (Van der



Linden 2003: 158). Los trabajadores de la imprenta eran profesionales muy cualificados, de gran movilidad, y por tanto con conexiones transnacionales que venían de muy atrás en el tiempo. Los mineros británicos mostraban gran interés en establecer alianzas internacionales con sus homólogos europeos, dado que sus condiciones laborales y salarios eran mejores. El flujo migratorio era considerado como algo normal, y los casos de xenofobia eran poco habituales; el internacionalismo y sus sentidos económico y político no estaban siendo forzados. Este internacionalismo temprano tendría, en cualquier caso, corta vida mientras la formación del estado comenzaba a conducir a una integración nacional de las clases obreras europeas en particular. Así, en un cierto punto de la historia, los sindicatos fueron “nacionalizados”, convirtiéndose en un elemento esencial de la cohesión social y política dentro de las fronteras de un estado nación dado. Cuando estalló la I Guerra Mundial en 1914, esta integración nacional condujo al colapso casi total del internacionalismo obrero y socialista en Europa. Desde ahora, las organizaciones nacionales y la búsqueda de mejoras sociales a través del estado nacional, se convertirían en la forma dominante de sindicalismo. El internacionalismo quedaría relegado a actividades rituales en los congresos de sindicatos. El sindicalismo nacional (incluso nacionalista) tomó un cariz diferente en el Sur. Allí, particularmente después de la II Guerra Mundial, los sindicatos se convirtieron en muchos casos en integrantes vitales de los movimientos de liberación nacional en África y Asia, mientras que en América Latina lideraron el desarrollo nacional económico. Dada la naturaleza asimétrica del sistema mundial- colonialismo, imperialismo, globalización- esta contradicción difícilmente nos sorprende, y necesitamos formas

de mantener en primera plana la división Norte/Sur incluso si estamos yendo más allá de esta definición en términos de estrategias y categorías de análisis.

Hoy, tras más de 25 años de globalización, podemos plantearnos si los sindicatos y el movimiento obrero realmente son tan obsoletos como Castells afirma. En primer lugar, el número de trabajadores se ha incrementado significativamente en esta fase de crecimiento capitalista desde los 1,8 billones en 1980 hasta unos 3,6 billones en 2002 (ILO: LABORSTA). Mientras que los sindicatos nacionales han descendido en número de militantes en la mayor parte de los países, el sindicalismo internacional está más unido políticamente que nunca antes desde sus orígenes. Mi propio análisis (ver Munck 2010 b, 2011) me lleva en la misma dirección que Peter Evans, quien recientemente ha afirmado que estamos siendo testigos de una “movilización transnacional en arco ascendente más que hacia el descenso que predecían la tesis del némesis [ó castigo merecido]” (Evans 2010:367).

Que ha habido un lapso de tiempo de 25 años entre la ofensiva capitalista y la recomposición del movimiento obrero no es sorprendente y encaja con el patrón de las olas de recomposición del movimiento obrero de los siglos XIX y XX (ver Arrighi 1996: 348). Vemos claros movimientos hacia la revitalización más o menos en todo el mundo. Existe una clara comprensión de que la globalización y sus impactos son un elemento clave de los sindicatos en todas partes. Nuevos vínculos a través de las fronteras nacionales están proliferando, tanto a nivel regional como mundial (por ejemplo TLC, UE, MERCOSUR, etc). También es evidente una interacción mucho mayor con los movimientos sociales y las ONGD (por ejemplo, en torno a los derechos labora-



les). El material académico en torno a la revitalización de los sindicatos va en aumento, y ha avanzado en áreas estratégicas en la organización de nuevos sectores, acciones políticas, reforma estructural de los sindicatos, creación de alianzas, y por último, pero no menos importante, en la solidaridad internacional (Frege y Kelly 2004). Buena parte del Nuevo Sindicalismo de finales del siglo XIX que alcanzó a trabajadores sin o con escasa cualificación, en vez de a la élite más formada, el nuevo sindicalismo de hoy llega a mujeres trabajadoras y no solo a hombres, y se está reinventando para superar su obsolescencia.

El sindicalismo social era una estrategia particular liderada sobre todo por sindicatos del Sur en la década de los ochenta del siglo XX. Mientras que el sindicalismo económico se centraba en los/las trabajadores/as como vendedores de su fuerza de trabajo y el sindicalismo político ponía el foco sobre el estado-nación para avanzar en la causa de la clase trabajadora, el sindicalismo social reconoce que los trabajadores son parte de una sociedad y han de organizarse más allá del lugar de trabajo.

El nuevo sindicalismo social nació claramente en Sudáfrica, durante el apartheid, y en Brasil bajo la dictadura militar. En los ochenta, los sindicatos buscaban alianzas con un sector más amplio de la comunidad, con organizaciones religiosas de base, campañas temáticas, etc. Un equivalente democrático era el denominador común, y también emergió una democracia sindical interna. A finales de los noventa, algunos analistas reivindicaban “un sindicalismo social mundial” (Moody 2000). En un contexto diferente estas iniciativas del Sur iban encaminadas a ser absorbidas por la corriente de movimientos sindicales antes conservadores. Una de las formas más espectaculares de revitalización sin-



dical tuvo lugar en Estados Unidos, que fuera en el pasado la personificación del sindicalismo de negocios. La victoria en 1995 de la lista de candidatos “New Voice” (Nueva Voz) de John Sweeney fue un momento decisivo en las políticas del laborismo de EEUU y abrió las puertas a una nueva forma de pensar. Fue en relación con el sindicalismo comunitario- enfocado en particular hacia trabajadores/as inmigrantes- que la revitalización del movimiento obrero encontró en EEUU su máxima expresión (ver Ness 2005). Los sindicatos comunitarios en el contexto estadounidense parecían actuar como instituciones mediadoras estableciendo pequeños puentes con comunidades específicas más allá de restringirse al lugar de trabajo. Así, no son sindicatos en el sentido tradicional, si no que emergen de movimientos solidarios, organizaciones religiosas de base, y servicios comunitarios de asesoría legal o social. Conscientes de la importancia crucial del estatus legal para los trabajadores migrantes, tienen, como Janice Fine apunta, “tantas probabilidades de centrarse en organizarse para cambiar las políticas migratorias como en los asuntos del mercado laboral” (Fine 2005:154).

También hay claras evidencias de que los colectivos empobrecidos de EEUU se están sindicando, y de que los sindicatos han aprendido lecciones de los movimientos locales de mujeres, colectivos afro-americanos, granjeros mexicanos, etc. Como Vanessa Tait afirma, “los sindicatos de trabajadores pobres valoran la acción directa, la flexibilidad y la colaboración, más que los métodos burocráticos y legalistas en los que se habían basado los sindicatos tradicionales” (Tait 2005: 310). En la actual recesión económica existirá una enorme presión sobre las alianzas sociales y el proteccionismo por lo seguro será una reacción esperada.



En cualquier caso, existen signos de que la fusión de los movimientos sindicales y sociales continuará y “el próximo resurgimiento”, como Dan Clawson lo denomina, verá “una combinación de compromiso sindical y representatividad democrática con la imaginación y la energía de los nuevos movimientos sociales” (Clawson 2003:196). El sindicalismo social del Sur de los años ochenta habrá encontrado, por lo tanto, un valioso sucesor en el Norte.

En Gran Bretaña también se han dado interesantes avances en lo que llaman sindicalismo comunitario. El énfasis se colocó en asegurar nuevos/as militantes y emplear nuevos métodos organizativos. Yendo más allá del lugar de trabajo y los mecanismos tradicionales para la negociación colectiva, particularmente en la capital, Londres, los sindicatos comenzaron a calar en los/as trabajadores/as migrantes no organizados/as. La campaña lanzada en Londres en el 2001 sobre el salario mínimo contempló un intenso trabajo en las bases y entre sindicatos para crear un “sindicalismo comunitario” que apoyaba principalmente a las personas inmigrantes con escasos ingresos. En la capital los sindicatos fueron lentos a la hora de unirse a lo que había sido descrito como “organizaciones de base con socios locales surgidas ad hoc, espontáneas, localizadas o geográficas” (Holgate 2009:66) pero la inercia burocrática fue superada y en el proceso se descubrieron los atisbos de lo que podía ser una nueva forma de sindicalismo. Como Jane Willis afirma, este nuevo sindicalismo comunitario en el Reino Unido es incipiente pero está permitiendo a los sindicatos encontrar una causa común con grupos consolidados a su alrededor, religiosos, étnicos y de otras afiliaciones, “vinculando la lucha por la redistribución con la del reconocimiento, la universal con la particular, y la económica con la cultural” (Wills 2001:469).



Mirando al pasado veíamos una era pre-nacional de generación de un movimiento obrero, mirando al futuro... ¿podemos concebir una mayor renovación o revitalización del sindicalismo como movimiento social? Primero necesitamos reconocer, como hiciera Karl Polanyi, que el propósito de los sindicatos es “exactamente el de interferir en las leyes de la oferta y la demanda con respecto a la fuerza de trabajo, y sacarla de la órbita del mercado” (Polanyi 2000: 186). Si la desmercantilización del trabajo- mejor que la obtención del mejor precio por la fuerza de trabajo- se convierte en la fuerza motora de los sindicatos, éstos se encontrarán en la primera línea de un movimiento social mundial mucho más amplio contra la depredación del mercado. Esto tendría que suceder a todos los niveles de la actividad humana desde lo local hasta lo global. Tan pronto como los sindicatos y el movimiento obrero en general asuma esta tarea, estarán en disposición de representar, una vez más, una verdadera alternativa anti-hegemónica.

ÚLTIMAS IDEAS

Más allá del análisis realizado acá sobre informalización, migración y revitalización de los sindicatos, algunas ideas generales me vienen a la mente:

1. Hemos ido más allá de la concepción de Norte/Sur como si fueran universos separados con formas de desarrollo capitalista con fundamentos diferentes. El crecimiento del capitalismo en los últimos 25 años, para bien o para mal, ha generado un sistema claramente unificado. Este hecho está corroborado por la recesión mundial de los años 2008-2009 donde no había, literalmente, un lugar donde esconderse.



2. El capitalismo no es un monolito, y su crecimiento es enormemente contradictorio. No lo es menos según el hecho de que su última fase dinámica asociada con la globalización ha generado una expansión masiva del movimiento de la clase obrera. Mientras la clase obrera no está necesariamente cavando la tumba del capitalismo, su interés social (así como el de supervivencia), les pone en oposición al orden dominante. Esto proporciona una oportunidad para la revitalización de los sindicatos.
3. La globalización ha abierto tantas puertas como ha cerrado para los movimientos sociales. Esto no significa que la sola respuesta del movimiento obrero será suficiente para hacer frente al orden capitalista mundial. Una respuesta integrada a todos los niveles, desde lo local, a través de lo sub-regional, nacional, y regional hasta lo global desafiará el asumido conocimiento superior del capitalismo, que cree saber qué es lo mejor para la humanidad.
4. La voluntad política y la toma de decisiones es ahora crucial y nada hay predestinado en este inestable interregno del orden mundial capitalista. Para dar un ejemplo a escala nacional, la clase obrera en Argentina casi dobló su número entre 1930 y 1945 como consecuencia de la industrialización por sustitución de importaciones (ISI). Socialistas y comunistas dieron la espalda a los migrantes internos, que crearon la nueva clase obrera. Un oscuro oficial del ejército Juan Perón fue ayudado solo por el sector sindicalista, y desde entonces hemos tenido una clase obrera peronista. Las cosas podían haber sido diferentes.



5. La migración laboral será inevitablemente utilizada por los capitalistas para minar las condiciones de trabajo. En cualquier caso, la nueva migración también es una gran oportunidad para el movimiento obrero. Si pone en práctica la creencia de que “el internacionalismo empieza en casa”, contrata a personas migrantes y defiende su causa, se asumirá una transformación democrática a más amplio nivel. Ahora no es el momento de defender intereses creados, si no, más bien, de tratar de conquistar una mayor democratización de la agenda política.
6. La estrategia más arriesgada que ahora podría asumir el movimiento obrero es precisamente aquella de actuar “como si nada” y esperar pasivamente que la normalidad se reanude pronto, en cualquier momento. Ahora la opción más prudente es la de aprovechar el momento, asumir riesgos, perseguir alianzas que nunca antes habían existido (como la de los Camioneros y las Tortugas en Seattle en 1999- sindicalistas y ecologistas-), y estudiar qué une al movimiento obrero con otros movimientos sociales, en vez de analizar qué les separa. Ahora hay mucho más en juego y necesitamos ser audaces.



REFERENCIAS

- Anderson, P. (1977) *'The Limits and Possibilities of Trade Union Action'* in T. Clarke and L. Clements (eds) *Trade Unions Under Capitalism*. London: Fontana. pp333 – 350.
- Bauder, H. (2006) *'Labor Movement. How Migration Regulates Labor Markets'*. Oxford: Oxford University Press.
- Beck, U. (2000) *'The Brave New World of Work'*. Cambridge: Polity Press.
- Bourdieu, P. (2002) *'Against the Policy of Depoliticization'*, *Studies in Political Economy*, Vol. 69, pp. 31-41.
- Castles, S. and Vezzoli, S. (2009) *'The global economic crisis and migration: temporary interruption or structural change'* (www.emi.ox.ac.uk).
- Castells, M. (1996) *'The Rise of the Network Society'*. Oxford: Blackwell.
- Castells, M. (2004) *'The Power of Identity'*. Oxford: Blackwell.
- Clawson, D. (2003) *'The Next Upsurge: Labor and the New Social Movements'*. Ithaca and London: Cornell University Press.
- David, N. (2002) *'Migrants get unions back to basics'* *Labour Education* 129, Geneva: ILO.
- Davis, M. (2007) *'Planet of Slums'*. London and New York: Verso.
- Evans, P. (2010) *'Is it Labour's Turn to Globalize? Twenty – first Century Opportunities and Strategic Responses'*. *Global Labor Journal*. Vol. 1. No. 3.
- Fine, J. (2005) *'Community Unionism and the Revival of the American Labor Movement.'* *Politics and Society*. Vol. 33. No. 1. pp153 – 199.
- Frege, C. and Kelly, J. (eds.) (2004) *'Varieties of Unionism: Strategies for Union Revitalisation in a Globalising Economy'*. Oxford: Oxford University Press.
- Friedman, G. (2008) *'Reigniting the Labour Movement. Restoring means to ends in a democratic Labour Movement'*. London and New York: Routledge.

Goldring, L and Landholt, P (2011) *'Caught in the Work-Citizenship Matrix: The lasting effects of precarious legal status on work for Toronto immigrants'*, Globalizations: Special Issue on Migration and Citizenship

Hall – Jones, P. (2009) *'Precariat meet'n'greet'* (www.newunionism.worldpress.com/2009/11/22/precariat/#more-3767)

Hardt, M. and Negri, A. (2000) *'Empire'*. Cambridge Mass and London: Harvard University Press.

Hart, K. (1973) *'Informal income, opportunities and urban employment in Ghana'*. Journal of Modern African Studies. 11. pp. 61 – 89.

Harvey, D. (2010) *'The Enigma of Capital and the Crisis of Capitalism'*. London: Verso.

Holgate, J. (2009) *'Contested Terrain'*: London's Living Wage Campaign and Tensions Between Communities and Union Organising in J. McBride and I. Greenwood (eds.) Community Unionism. A Comparative Analysis of Concepts and Contexts. London, Palgrave, pp. 49 – 74.

ILO: LABORSTA (<http://laborsta.ilo.org/>)

King, R., R. Sheldon, and J. Vullnetari (2008) *'Internal and International Migration: Bridging the Theoretical Divide'*, Working Paper No. 52, Sussex Centre for Migration Research, University of Sussex.

Moody, K. (1997) *'Workers in a Lean World. Unions in the International Economy'* London and New York: Vesso.

Munck, R (2010 a) *'Globalization, Crisis and Social Transformation: A View from the South'*, Globalizations, Vol 7 No. 1/s Special Issue Globalization and Crisis, pp. 235-246.

Munck, R. (2010b) *'Globalisation and the Labour Movement: Challenges and Responses'* Global Labour Journal. Vol. 1. No. 3.

Munck, R (2011) *'Unions, Globalisation and internationalism: results and prospects'*, in G.Gall, R. Hurd, A. Wilkinson (eds.) International Handbook on Labour Unions. London: Elgar.

Ness, I. (2005) *'Immigrants, Unions and the New US Labor Market'*. Philadelphia: Temple Unions Press.



Nyers, P. (2010) ‘*Forms of Irregular Citizenship*’, in Vicki Squire, ed., *The Contested Politics of Mobility: Borderzones and Irregularity*, London: Routledge.

Nún, J. (1969) ‘*Superpoblación relativa: ejército industrial the reserva y masa marginal*’ *Revista Latinoamericana de Sociología*. No. 2.

Oliveira, F. (1972) ‘*A economia brasileira: crítica a razão dualista*’. Estudos CEBRAP. No. 2.

Penninx, R. and Rusblad, J. (eds.) (2000) ‘*Trade Unions, Immigration in Europe, 1960 – 1993*’. New York and Oxford: Berghann Books.

Polanyi, K. (2000) ‘*The Great Transformation. The Political and Economic Origins of our Times*’. Boston: Beacon Press.

Ramalho, J.N. (1999) ‘*Restructuring of Labour and Trade Union Responses in Brazil*’ in R. Munck, and P. Waterman (eds.) *Labour Worldwide in the Era of Globalisation*. London: McMillan.

Tait, V. (2005) *Poor Workers’ Unions. rebuilding labor from below*. Cambridge, Mas: South End Press.

Van Parijs, R. (1992) ‘*Citizenship exploitation. Unequal exchange and the breakdown of popular sovereignty*’ B. Barry and R. Goodin (eds.) *Free Movement. Ethical issues with transnational migration of people and money*. Hemel Hempstead: Harvester

Van der Linden, M. (2003) *Transnational Labour History*. Aldershot: Ashgate.

Wills, J. (2001) ‘*Community Unionism and Trade Union Renewal in the UK: Moving Beyond the Fragments*’. *Transactions of the Institute of British Geographers*, Vol. 26. No. 4. pp.465 – 489.

World Bank (1995) ‘*World Development Report 1995. Workers in an Integrating World*. New York: World Bank.

RONALDO MUNCK es Director de Compromiso Cívico y Global en la Universidad de Dublín, y profesor visitante de Sociología en la Universidad de Liverpool. Ha trabajado e investigado en su región natal, América Latina, así como en Sudáfrica, Europa Occidental y Norteamérica. Durante muchos años ha trabajado sobre temas de desarrollo internacional y sobre el movimiento obrero internacional. Sus publicaciones incluyen “Teoría crítica sobre el desarrollo: Contribuciones a un nuevo Paradigma” (Londres, 1999) y “Globalización y Trabajo: La Nueva “Gran Transformación”” (Londres, 2002). Más recientemente ha publicado “Globalización y Protesta: El Nuevo Gran Movimiento Altermundista” (Routledge, 2007) y “Globalización y Migración: Nuevos Desafíos, Nuevas Políticas (Londres, 2008). El Profesor Munck está actualmente investigando sobre la respuesta de los sindicatos a las migraciones, y es coeditor de una nueva revista online irlandesa sobre asuntos migratorios; “Translocations” [<http://www.translocations.ie/>].



asociación paz y solidaridad asturias



GOBIERNO DEL PRINCIPADO D'ASTURIAS
CONSEJERÍA DE BIENESTAR SOCIAL Y VIVIENDA

